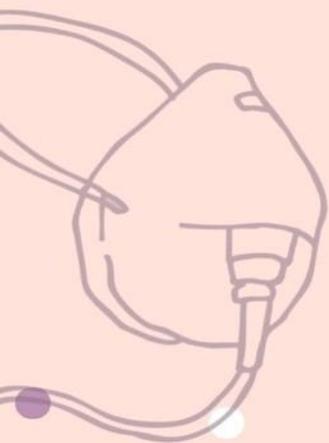




Hasta que  
el cielo se  
apague



HASTA QUE  
EL CIELO SE  
APAGUE

N. T. OTO

Nadie en este mundo ni en ningún otro podrá afirmar nunca con seguridad que no tiene ningún defecto. Esas eran las palabras que mi madre me decía cuando era pequeña, y yo las repetía una y otra vez, como un mantra. No entendía entonces a qué se refería, pero ahora, ya pasado el tiempo, puedo alcanzar a ver el propósito de aquella oración.

Hoy cumplo veinte años, y mi padre, como siempre, se muestra más entusiasmado que yo misma. En ocasiones tengo la tentación de pedirle que se relaje, que me pone de los nervios, pero luego recuerdo el verdadero motivo de celebración y me callo para mirarlo con compasión.

Hace siete años perdió a mi madre por lo mismo por lo que me perderá a mí. Una enfermedad que afecta en su mayoría a los hombres, a uno entre cien mil. La suerte, como veis, está de nuestra parte. Si ya es complicado acertar a la diana con tal probabilidad mínima, imaginad lo complejo que debe de ser siendo, además, mujeres.

Mi madre siempre lamentó haberme tenido, haberme condenado a sufrir, pero por aquel entonces ella desconocía su enfermedad y su gravedad, y yo no puedo reprochárselo. Tal vez, incluso se lo agradezco. Cuando sabes que vas a morir —que vas a morir en un plazo de uno a setecientos treinta días—, la vida no pasa como para las personas corrientes, la vida se ralentiza, te muestra cosas extraordinarias, te permite disfrutar de cada corriente de viento y de cada gota de lluvia. Mi padre siempre reza por un milagro; yo le digo que existe ya milagro en la propia vida.

—Vamos, ábrelo —me dice. Está mirando el paquetito que se encuentra estratégicamente colocado sobre la mesa del comedor.

Yo le digo que espere con la mano mientras trago el trozo de tortita.

La rutina es la misma cada año: me levanto de la cama y bajo a desayunar. Cuando llego al comedor, siempre hay un regalo sobre la mesa esperando, pero yo nunca lo abro; yo siempre espero a que mi padre me lo diga. Y siempre lo hace a mitad del desayuno. Un día me atragantaré y la enfermedad maldecirá por haberle quitado el protagonismo de mi muerte.

—De acuerdo, ¿qué es esta vez? —le pregunto. Y él, como siempre, se encoge de hombros.

Mi padre es un hombre de costumbres. Un gran hombre de costumbres. Y no lo digo únicamente por su enorme corazón; mi padre es alto, de hombros anchos y brazos largos. Sirvió a la marina hasta que mi madre empeoró, y, cuando murió, me sacó del colegio, tal vez para llenar su vacío, y me educó en casa. Me diagnosticaron hace dos años FPI —Fibrosis Pulmonar Idiopática—, la misma enfermedad que se llevó a mi madre, y desde entonces tratamos de llevar una vida corriente. No ignoramos la realidad, pero ¿por qué estar hablando de ello constantemente? En fin, no aporta valor.

—Veamos, ¿qué suena? —muevo la caja, pero no suena nada.

—Daniela, ábrelo de una vez —me dice, impaciente.

Retiro el papel de regalo, descubriendo tras él la imagen de una cámara instantánea.

—¡Papá, es genial!

Le abrazo con fuerza, pero su abrazo es más fuerte y más largo.

—Voy a enseñársela a Cat.

Cat es mi vecina y mi mejor amiga. Bueno, mi única amiga, para qué engañarnos. Mi época en el colegio estuvo protagonizada por la enfermedad de mi madre, y ello no me permitió profundizar en las pocas amistades que mi introvertida personalidad me concedió. Pasé, por tanto, por allí como pasa un avión por el cielo y después desaparecí. Ella fue la única persona que me acompañó en aquel triste viaje y quien aún hoy me sigue acompañando.

—¡Dani! —exclama al abrir la puerta. Y me arrastra al interior con una fuerza anormal para su tamaño de metro cincuenta. Me besa y abraza con cariño mientras me felicita.

Caterina Bell es una chica de dieciocho años tan intensa, alocada, atrevida, extrovertida y decidida, que su pequeño tamaño crece con todas esas virtudes hasta igualar el mío, diez centímetros superior. Si el Yin y el Yang tuvieran rostros, sin duda serían los nuestros.

—Siéntate. Mi madre no nos molestará —dice mientras me echa sobre su cama y empieza a sacar ropa de su armario, ropa fresca, que para eso es verano—. Tenemos que celebrar tu cumpleaños. Saldremos esta noche y estrenaremos esa cámara. ¿Quieres ir a algún sitio en particular? Evitaremos lugares con humo; esos pulmones hay que mantenerlos sanos durante el mayor tiempo posible.

Cat sabe que estoy enferma, pero le da igual. Ella siempre me ha tratado como una chica corriente, a pesar de mis ingresos esporádicos en el hospital y de ser consciente de mi no muy lejano final. Ella siempre dice que viva mientras lo esté, y yo, por lo general, suelo obedecer.

—No sé si me dejará mi padre, Cat. Te recuerdo lo que pasó la última vez.

Ella pone los ojos en blanco y se sienta en el suelo para mirarme desde allí abajo, hecha una bola, con las manos entrelazadas alrededor de sus piernas.

—La última vez —dice, con un tono de obviedad que te anima a creer todo lo que va a salir de sus labios— fue un contratiempo tras otro. Nos dejamos mi móvil en el taxi, nos perdimos al volver, había demasiada gente... Incluso yo, que no tengo los pulmones como estropajos, sentí que me faltaba el aire.

—Bien, pues habla tú con él.

—De acuerdo. Pero tú tendrás que apoyarme.

—Hecho.

Se levanta del suelo y se dirige con seguridad a la puerta. Yo, como siempre, admiro su determinación desde las sombras mientras camino tras ella. Pero, por primera vez, se detiene en seco antes de alcanzar su destino.

—¿Crees que me odia por lo que te pasó?

—¿Mi padre? ¡Cat, claro que no! Mi padre te adora.

—Bien, pues vamos. —Cat nunca tarda mucho en despreocuparse—. Hablemos con él y después nos ponemos a Malcolm para relajarnos.

Yon Malcolm. Cat está loca por él. Y no es para menos: veinticuatro años embutidos en un cuerpo y una cara perfecta. En fin, es actor; de eso vive. Y, aunque suelo colocar en una misma caja a todas las personas del mundo por aquello de los principios que te regala saber que vas a morir —que vas a morir en un plazo de uno a setecientos treinta días—, he de decir que Yon Malcolm es un ser de otro mundo que no podría de ninguna manera estar en una caja tan corriente. Si Yon Malcolm tiene que habitar una caja, la caja será —dice Cat— de *oresmerbí*. Oro, esmeralda y rubí. Un elemento único. Como él. E imposible. Como él. Porque sus ojos no son castaños ni verdes, son *verdaños* —a Cat le encanta hacer palabras sin sentido uniendo otras—, su piel no es pálida ni morena, su sonrisa no es muy abierta ni muy pequeña, su pelo no es negro ni pardo. Yon Malcolm es, así, un chico de ojos *verdaños*, piel *palena*, labios *abieños*, y pelo

*pargro*. Vamos, un engendro, para quien la oiga.

Cuando mi padre nos ve aparecer juntas, se huele algo. Porque es exmarine, y los exmarines saben hacer esas cosas. Y se pone rígido y saca pecho, preparado para defender sus ideas, decisiones y cualquier cosa que nos proponamos atacar. No está, por supuesto, preparado para las súplicas, ojos vidriosos, y excusas bien elaboradas de Caterina Bell. Así que lo único que puede hacer como consuelo a su orgullo es ponernos de forma estricta una hora de regreso. Las once están bien, pero a Cat le parecen mejor las doce. Y a mi padre, tras tres minutos y veintiséis segundos, también.

Cat estudia ingeniería aeroespacial. Yo estudio música. Cat sueña con pisar Marte. Yo sueño con tocar Preludio n.º 1 en do mayor de Bach como Bach. Y cuando salimos de su casa a las nueve de la noche para coger un taxi, ella con un vestido corto y yo con unos vaqueros negros, se ve la diferencia. Sus expectativas son altas, las mías simples. Ella busca la excelencia, yo busco la comodidad.

—¿Tienes el móvil? —me pregunta.

—Sí.

—¿La cartera y el DNI?

—Sí.

—¿Ánimos?

—Mayores que un bar; menores que una discoteca.

—Perfecto.

Y le dice al taxista el destino. No lo conozco, así que aún no me quejo. La queja me la guardo para cuando estemos en la puerta. Porque sé que Cat no visita lugares corrientes, sino extravagantes, y es lo que menos me apetece en este momento.

Me quejo dos veces. Y las dos veces me ignora. Siempre sucede igual, pero la costumbre no cambia, porque si no, no sería una costumbre. Y al final de la noche reímos o lloramos, no hay término medio, porque nosotras no lo tenemos. Me pregunto qué tocará hoy. La última vez reímos, a pesar de todo, y mi padre lloró. Pero él no cuenta porque él no es nosotras.

Nos toca esperar porque en el club hay aforo máximo.

—Qué raro, este lugar nunca está tan lleno —comenta Cat desde lo alto de sus tacones de diez centímetros. Hoy me saca treinta.

—Podemos ir a otro sitio.

—Ni hablar. Hemos venido aquí y aquí nos quedamos. Además, estás guapísima. Hoy ligas.

Yo me encojo de hombros. He heredado los ojos claros de mi padre y los labios carnosos de mi madre. Me considero guapa, pero Cat me considera guapísima. Yo discrepo. También discrepo de enrollarme con un chico una noche y morirme después. No es correcto, y se lo recuerdo. Pero ella se ríe y me dice que un rollo de una noche no es casarse.

—No vas a casarte con él —me dice—. Creo que deberías experimentar todas las emociones y sensaciones antes de irte —Cat siempre habla de mi muerte como si fuera un viaje—, como todo el mundo.

—Ya veremos.

Pero nunca lo vemos.

Cat ha pedido una sala privada para que el humo del tabaco —prohibido en lugares cerrados, algo ignorado por ciertos jóvenes— no me toque, y beberemos y bailaremos. Yo dudo que pueda

hacer esas cosas sin ahogarme, pero lo intento. Me gusta bailar, pero en mi casa, no delante de cien personas a través de una cristalera, como si fuéramos animales de exposición en un ritual de apareamiento, llamando la atención del macho —de los machos— de aquel zoo. De ser Cat menos llamativa, tal vez habríamos pasado desapercibidas, pero solo su melena destaca demasiado. Es blanca. Pero blanca de verdad. Su pelo siempre ha sido rubio, pero el verano pasado se tiñó como festejo por el fin del instituto, y ya aquel rubio oscuro jamás regresó.

Pronto siento ganas de hacer pis. Le pido a Cat que no me acompañe, que llama mucho la atención y me agobia y me asfixia. Así que Cat me acompaña hasta mitad del camino para perderse después por la sala. Una *putivuelta* la llama, porque parece una puta buscando clientes. A mí me parece despectivo para las de nuestro género, pero no me quejo, porque ya estoy acostumbrada a esa palabra.

Antes de llegar al baño, mi aliento sufre algunas interrupciones. Me siento un instante en una silla. Malditos pulmones.

—Disculpa —me dice una voz. Me suena esa voz. Pero es de chico, y yo nunca he conocido ni hablado con ninguno. Me doy la vuelta para atender el llamamiento, y lo veo. Sus ojos *verdaderos*, su piel *palena*, sus labios *abieños*, y su pelo *pargro*—, estás encima de mi chaqueta.

Yo me quedo paralizada. Tal vez unos segundos, tal vez unos minutos. El tiempo es a veces subjetivo.

—Joder —musito finalmente, y salgo corriendo. ¿Por qué? No lo sé. Porque soy gilipollas. ¿Pero qué iba a hacer? Mi subconsciente opina que disculparme habría estado bien. Yo le mando callar, porque era una pregunta retórica y no necesitaba ninguna respuesta.

Mierda, me falta el aire. Salgo a la calle por la puerta trasera y respiro. ¿Dónde está Cat?

La puerta se vuelve a abrir y, creyendo que es ella, me quejo de mi reacción al haber visto a Yon Malcolm.

—A mí me ha parecido simpática. Estoy más acostumbrado a gritos histéricos, fotos o incluso a veces peticiones de besos. Pero nunca había escuchado palabrotas.

Me vuelvo al instante.

—Qué coño... —vuelvo a musitar.

—Yon —me tiende su mano—, encantado.

Yo le miro con desconfianza. Mi madre siempre decía que no debía fiarme de los desconocidos. Él para mí no lo es, en lo abstracto. Aquí y ahora está siendo muy sospechoso. De hecho, doy un paso atrás, por si acaso. ¿Por qué iba él a acercarse a mí?

Él sonríe.

—¿Me tienes miedo? —Aparta su mano. He perdido la oportunidad de tocar a Yon Malcolm.

—No, es solo... No te conozco.

—Por eso me estoy presentando.

¿Y por qué se presenta, si sabe que sé quién es?

—¿Por qué me dices tu nombre, si ya lo sé? —le digo.

—Es lo que se hace cuando uno se presenta. ¿Nunca te has presentado a alguien?

—Pues... —No, obviamente, ¿a quién demonios iba a presentarme? —Claro que sí, a mucha gente.

Él amplía su sonrisa. No me cree. Qué mal se me da mentir.

—¿No vas a decirme tu nombre?

—¿Para qué? — ¿Querrá saber quién soy para acosarme? ¡Por Dios, pero qué digo! La formación de mi madre en materia de prevenciones me ha trastornado.

—No lo sé.

No lo sabe. Voy a empezar a caminar hacia la puerta de nuevo para volver con Cat.

—Querría dirigirme a ti de alguna forma. Pero... ¿vas a dejarme aquí hablando solo? —me pregunta, riendo, aunque en el fondo parece algo incrédulo... Yo creo que he entrado en shock; no es normal que tenga delante de mí a Yon Malcolm y no aproveche para disfrutar de su compañía, algo a lo que él se ha ofrecido.

—Tengo... Me estoy haciendo pis.

Él me mira, pero no dice nada más. Yo doy pasos dubitativos sin dejar de mirarlo igualmente. Sus ojos muestran curiosidad, tal vez interés. Los míos pavor. Y, como es natural, choco con la puerta, porque no veo nada de lo que está frente a mí. La abro y salgo corriendo.

Melena albina, melena albina, melena albina. Melena albina. Me dirijo hacia ella. Pero, vaya, tiene compañía. Se está literalmente comiendo los morros con un tío. Las ganas de hacer pis regresan. Yo decido dar media vuelta y visitar el baño antes de enfrentarme a aquella situación. En el baño de chicas no hay peligro, porque solo hay chicas. Y allí me tomo mi tiempo para pensar. Yon Malcolm me ha hablado, se ha presentado, y ha sido amable. A su cuerpo y su rostro perfecto ahora se suma su personalidad. Pienso en aquello que decía mi madre sobre los defectos y creo por primera vez que se equivocaba. Porque ese chico es y está bueno de cojones. Es imposible que crea que tiene algún defecto. Me arrepiento de no haber aprovechado la oportunidad de hablar. Pero ha sido tan raro que me ha resultado imposible detener el radar de peligro inyectado a fuerza en mi cerebro por mi madre. No hay persona amable que se acerque a alguien desconocido sin un motivo. Los motivos pueden ser buenos, pero también malos. Está en ti reconocerlos. Un motivo. ¿Qué motivo podría tener Yon Malcolm para hablar con alguien como yo?

Cuando salgo del baño, la mano de Cat se aferra a mi muñeca y me arrastra junto con ella a un rincón oscuro. A mí casi me da un infarto antes de reconocerla. Está nerviosa. Pálida. Está nerviosa y pálida. Y borracha. Ha visto a Yon Malcolm.

—Dani, he visto a Yon Malcolm. ¡Está aquí! ¡Me lo han dicho esos chicos! —Señala a los chicos—. Toda esta gente ha venido aquí por él. Vamos, vamos a pedirle una foto.

—Ve tú.

—Pero ¿qué dices? —Cambia su cara. El entusiasmo se ha transformado en preocupación, la preocupación que puede sentir una persona borracha—. ¿Estás mal? ¿Los pulmones? ¿No puedes respirar bien?

Yo la freno antes de que siga delirando, y le explico que no me apetece hablar con él ni tratarlo porque puede ser un rematado imbécil y no volverme a caer bien. Cat alega que no ha escuchado cosa más estúpida en su vida y unas mejillas coloradas y dos minutos más tarde, está diciendo su nombre tras él.

Yon, que está sentado a la barra charlando con un —parece— amigo, se gira con el ceño algo fruncido. Debe de estar hasta los cojones de la gente, pero trata de disimularlo como bien puede. Cuando sus ojos se posan en mí, sin embargo, sonrío abiertamente. Yo me escondo ridículamente detrás de Cat.

—Hola, Yon —empieza ella, nerviosa. Arrastra las palabras. ¿En qué puto momento ha bebido tanto? Ha debido de ponerse ciega a chupitos en el espacio de tiempo entre mi ausencia y nuestro reencuentro frente al baño—. ¿Podemos hacernos una foto contigo?

—Por supuesto. —Sonrisa *abieña*.

Cat saca la cámara instantánea de mi cumpleaños y pide —con su mirada de cordero— al amigo de Yon que nos haga la foto. Mi cámara, por supuesto, se cae de sus manos, presa de su

alcoholismo. Por suerte, Yon Malcolm, además de guapo y simpático, tiene unos reflejos que —de verdad— no son normales, y la coge al vuelo ante nuestras miradas de simples mortales.

—¿Te encuentras bien? —le dice a Cat, devolviéndole la cámara. Como si nada. Si hubiera hecho eso yo, estaría ya en la otra punta de la discoteca celebrándolo como un gol en el último minuto de una clasificatoria. *Yo aquí*, diría, señalando el suelo. Y después acunaría un bebé invisible y formaría un corazón con mis manos.

Pero, como no he sido yo, me callo y bufo.

—No —digo, interponiéndome en la trayectoria que sigue la cámara a las manos de mi amiga—. Ya la cojo yo. Ponte, anda, Cat.

Yon me mira.

—¿No quieres salir tú también en la foto? —me pregunta. Pero el tonillo de sorna lo conozco bien, así que cuando me hace esa pregunta, sé que me está tomando el pelo.

—No, gracias. —Con delicadeza, alargo mis dedos corazón para sostener la cámara al mismo tiempo que le dedico dos peinetas.

Cat parece desconcertada por mi respuesta. Yo me prometo a mí misma explicarle todo a la vuelta. Cuando entienda yo primero qué demonios estoy haciendo. Aprieto el botón y el flash los ilumina. La fotografía sale lentamente de la cámara para llegar a las manos impacientes de Cat. Yo siento vergüenza. Algo incomprendible. Pero luego comprendo: siento vergüenza por dar esa importancia desmedida a una persona corriente solo por ser conocida. Y entonces comprendo otra cosa: Yon Malcolm puede estar perfectamente en la misma caja de cartón que el resto del mundo.

—¿Cómo os llamáis? —pregunta. Listillo. Sabe que Cat se lo dirá.

Y se lo dice.

Y él tiende su mano. Toma 2.

Y yo, por no ser antipática, que ya bastante he sido, se la estrecho después de Cat. Y no me explico por qué ahora me desagrada tanto.

Mi subconsciente me mira como si fuera estúpida, y me explica con palabras lentas algo muy coherente para él: Yon ha hecho lo que ha querido, debe de conseguir todo lo que quiere, y ha conseguido de ti lo que antes le has negado. Eso es todo. Y yo tengo que darle la razón.

Pero al menos le he estrechado la mano con la misma euforia con la que se pisa una mierda.

—¿Puedo invitaros a algo? —nos dice.

—Nos tenemos que ir —respondo.

Él me mira y me desafía. Pero me desafía con travesura, como un niño de ojos nobles que no quiere comerse el bocadillo. Tiene buen corazón, pero está muy mal acostumbrado. Aquí el bocadillo se come, y se come con ganas.

—¿Soléis venir mucho por aquí, Daniela? —me pregunta.

—No. —Por nada del mundo querría encontrármelo de nuevo. Primero, porque creo fervientemente que nuestra corta conversación en la parte de atrás del club ha sido ridícula, torpe y vergonzosa. Y, segundo, porque es jodidamente guapo. Y los chicos guapos no se acercan a una chica desconocida por motivos buenos. Los chicos guapos se acercan por motivos de bragas. Eso, o la sociedad mete mucha mierda en la cabeza.

Yon me mira, y sonrío. Sé que sabe que no quiero cruzarme con él de nuevo. Yo miro mis pies, porque sus ojos son demasiado bonitos.

—Parece que no le caigo bien a tu amiga, Cat —dice el muy imbécil.

—¡Qué tontería! Si ve todas tus películas —responde la otra. La madre que la parió.

—¿Ah, sí? —me pregunta él. El radar *sorna* suena de nuevo—. ¿Y qué te parecen?

—No son malas. Tenemos que irnos.

Le doy un codazo a Cat. Ella se queja, porque ella no quiere irse, porque está compartiendo tiempo con Yon Malcolm, algo que a mi yo del pasado también le entusiasmaría. Pero la yo de ahora ha vivido una escena vergonzosa en la parte de atrás del club y ya no quiere seguir tiñendo sus carrillos de rosa fucsia. Ahora solo quiere apoyarlos en la almohada de su cama.

—Está bien —consiente Cat, poniendo los ojos en blanco como el alcohol le permite, arrastrando cada vez más las palabras. Sé que me pegará tortazos en los brazos en el taxi de vuelta—. Ha sido un placer, Yon, a ver si volvemos a vernos.

—SíhasidounplacerYon —digo yo apresuradamente mientras la arrastro con prisa por todo el club hasta la salida. Eso, como es de esperar, pasa factura a mis pulmones. Necesito un instante para recuperarme.

Respiro el fresco aire de la calle. Y Cat me pega el primer guantazo.

Después ella llora. Y yo, como es natural, me río.

Tardamos mucho en ver un taxi. Mucho para mí esta noche es más de cinco minutos. Porque tengo la vaga sensación de que nos siguen, y yo solo quiero llegar a casa. Cat sigue lloriqueando mientras caminamos calle abajo, lamentando en voz alta no habernos quedado más tiempo, alcoholizada perdida. Yo le digo que ya es hora mientras saco el móvil para pedir un coche, cansada de andar sin sentido. Ella me dice que desde cuándo soy tan obediente. Y yo tengo que callarme, porque cuando tiene razón, la tiene.

—Míralo por el lado bueno: tienes una foto —trato de animarla.

Ella dirige hacia mí su mirada de *odierer*. Es la mirada que pone cuando me odia sin dejar de quererme. No suele ponerla mucho, pero si la pone, la recuerdas. Porque sus ojos se empequeñecen para convertirse en una sombra muy siniestra.

Me quita el móvil de un tirón.

—¡Caterina!

—*Explata* —dice, amenazando con lanzar mi móvil contra la carretera. Yo supongo que quiere decir “explícate”, así que me explico.

—Había hablado con él antes de presentarnos. Había hecho el ridículo y me daba vergüenza. Por eso quería irme. Dame el móvil.

Pero Cat sigue lanzándome ese rayo invisible e intimidante que sale de sus pupilas sin inmutarse. Yo creo que el alcohol ya le ha subido a la cabeza por completo y la ha trastornado. Pero el repentino pitido de un coche la sobresalta y la despierta de su estupidez de golpe. Yo me tapo la boca con la mano para no reírme en su cara mientras, de otro tirón, recupero mi móvil. Pero cuando veo que el Audi Q7 negro que ha pitado se detiene junto a la acera más adelante y que de él sale Yon Malcolm, la que se ríe en mi cara es ella. Y ella no se molesta en taparse. Hasta que tiene que vomitar en una esquina lo que no ha vomitado desde que cumplió dieciséis años. Entonces sí, ahí sí se tapa, porque no quiere que la miren. Yo le sujetaría el pelo, pero creo que prefiere llenarse de mierda antes que Yon Malcolm la vea en ese estado.

—¿Qué...? —alcanzo a decir cuando le veo. Él se queda junto al coche. Creo que teme un rechazo, y eso, sorprendentemente, me provoca ternura—. ¿Ahora tienes miedo tú? —pregunto con extraña inocencia, teniendo en cuenta que ahora le guardo algo de tirria. Entonces sonrío, y ya sí, se acerca.

Vaya, sí que intimido cuando quiero.

—¿Nos estás acosando? —digo cuando llega a mi altura.

Él sonrío.

—He visto a tu amiga algo perjudicada. ¿Necesitáis que os lleve a algún sitio?

—No, hemos pedido un taxi.

—¡Mentira! —logra balbucear mi cuestionable amiga en una pausa entre arcadas.

La mato. Si no la mata el alcohol, la mato yo.

—No la hagas caso, está borracha y no se da cuenta de nada —le digo a Yon.

—Pues parece que el coche está tardando, ¿por qué no lo anulas y me dejáis ayudaros?

Yo me quedo callada el tiempo suficiente para permitir que Cat se reponga —como puede reponerse un borracho—, se coma un chicle de fresa, y se dirija a Yon para aceptar su mano con la ilusión propia de una niña en Navidad. Esto cada vez me parece más triste. Y cuando Cat se tambalea y se medio mata contra la acera, me parece más triste aún. Yon no tarda ni medio segundo en cogerla en brazos para meterla a los asientos de atrás de su coche, con la facilidad de quien coge un trozo de papel. Ella se queja y balbucea piropos a diestro y siniestro. Yo le digo que se calle de una vez, que parece tonta.

—Ella no es así, eh —intento defenderla. Sé que no querría dar esa imagen a Yon Malcolm.

—El alcohol hace maravillas —se ríe él. Y yo también me río, porque es muy gracioso. Después me abre la puerta del copiloto—. Tengo a tu amiga detrás, ya no puedes escabullirte.

Sinceramente, creo que estoy soñando. Le miro con cuidado. Sus pupilas están enormes. En los sueños no se puede ver esa clase de detalles, así que la idea desaparece de mi mente rápidamente. Tiene razón, no puedo abandonarla borracha sin saber qué será de ella. Así que me meto en el coche de Yon Malcolm solo por Cat, no porque yo quiera. Y pienso que esta es sin duda la situación más surrealista que he vivido y viviré en mi vida. Y lo sé porque moriré pronto —dentro de uno a setecientos treinta días— y eso no da margen para una situación más surrealista que esta. Así que me resigno y rezo por que no nos secuestre, porque aún no sé cuál es *el motivo* —ese que le ha llevado a hablarme, a presentarse, a seguirnos y a llevarnos a casa—, y eso puede traernos problemas.

Pero Yon Malcolm resulta ser un buen chico. Nos pone la frecuencia de radio que queremos; la calefacción o el aire, lo que prefiramos; por este camino o por otro, lo que prefiramos. Y así hasta que llegamos al número veintidós de nuestra calle. Cat ha hablado —balbuceado— mucho, Yon ha hablado poco, y yo no he hablado nada. Y cuando nos bajamos del coche, Cat se da cuenta de algo.

—Qué tarde. Me voy. Adiós Yon. Felices últimos minutos de tu cumple, Dani, te veo mañana.

Y se va. ¡Y se va! Y la muy zorra ahora sí que puede caminar sin caerse y hablar sin arrastrar palabras. Me pregunto si ha estado fingiendo solo para conseguir lo que quería de Yon Malcolm, o si el trayecto en coche y un pequeño sueño de cinco minutos la han revivido.

Sea como sea, me quedo a cuadros. No me da ni tiempo a seguirla. Se ha ido literalmente corriendo. Cuando me recupero de la sorpresa, me giro hacia Yon, que ha salido del coche para despedirnos. Para despedirme.

—¿Hoy es tu cumpleaños? —me pregunta. La calle está desierta y callada.

—Eh... sí. Un poco.

—¿Un poco?

Yon sonríe *abieñamente*. Es una sonrisa torcida, desenfadada, que ilumina. Y con ella no parece Yon Malcolm, parece un chico corriente. Que está muy bueno, eso no se lo quita nadie. Pero cuando se acerca a mí, esa cara perfecta a mi cuerpo le da igual, y pone contra mi voluntad un pie hacia atrás, preparado para correr. Por si acaso, que nunca se sabe.

—Lamento haberte intimidado antes —me dice—. ¿Crees que no soy de fiar? —Apoya su cadera en el coche, a mi lado. Y mi pie se relaja un poco.

—Nunca se sabe.

—Bueno. ¿Podemos empezar de cero? —Tiende su mano. Toma 3—. Yon Malcolm.

Esta vez se la estrecho porque quiero, no por presión. Sus dedos son suaves y firmes. La aparto un segundo después, mejillas encendidas. Y miro hacia otro lado.

—Daniela Blanco —digo atropelladamente. Mis pulmones se agitan un poco, por eso de los

nervios de estar hablando con una fantasía.

—¿Ahora te fías de mí? —me pregunta. Sonríe mucho, y eso me agita más. Pero, claro, él no es consciente de que puede matarme.

—Querer estrechar mi mano tres veces no es muy normal —comento, porque muy normal no es.

Pero él alega que se cuenta hasta tres cuando se quiere hacer algo, y que, por eso, algo de sentido tiene. Yo no puedo debatirle esa verdad.

—Así que en este momento es tu cumpleaños, en estos dieciséis minutos que quedan para las doce.

—Sí, pero yo ya llevaba en el mundo cuatro horas, así que técnicamente mi cumpleaños ya ha pasado. He cumplido veinte años a las siete de la tarde. Bueno, siete y veinticuatro minutos. Sería más acertado decir entonces que es el día de mi cumpleaños. Eso sí. —*Cállate ya, deja de decir sandeces*—. Si quieres puedes felicitarme por mi cumpleaños de las siete.

Él se ríe. Yo también me río. Su risa es fresca y contagiosa. Qué guapo es, madre mía. Sigo pensando en lo surrealista que es tener frente a mí a Yon Malcolm. Y lo surrealista que es que Cat se haya ido de esa forma, con lo loca que estaba por tratar con él.

—De acuerdo, pues felicidades por tu cumpleaños de las siete y veinticuatro minutos —dice, aún con esa sonrisa *abieña* en sus labios—. ¿Te apetece pasear?

Yo me quedo callada.

¿Pasear?

¿Pasear? —pregunto.

—Por aquí, durante estos quince minutos que quedan para las doce. Según los balbuceos de tu amiga durante el trayecto, tu padre te espera a medianoche.

—Bueno, eh... —Está todo bastante oscuro y no hay ni un maldito alma. Podría hacerme algo. Aunque, tal vez, por el susto, sufriera un desmayo y se quedara él con las ganas de meterme mano a la fuerza—. Vale —dice mi subconsciente, harto de esperar a que termine de pensar gilipolleces.

Yon comienza entonces a caminar, y yo con él.

—¿Te gusta la noche? —me pregunta. Qué pregunta más rara. Quizá quiera romper el hielo.

—Depende —le respondo—. Si estoy sola, me da miedo. En la oscuridad siempre pasan cosas malas.

—¿Crees que va a pasarte algo malo conmigo?

—No lo sé. No te conozco. Solo conozco tus caras de mentira.

—¿Caras de mentira?

—Esas que salen en las películas que no son tú mismo.

—También hago entrevistas. Ese sí soy yo.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—Porque en público siempre mostramos lo mejor de nosotros o lo que otros esperan de nosotros. Son capas que se quitan o se ponen, según la gente que te escuche o te mire. Tu capa pública dice que eres desinhibido, sociable y algo picaflor. Viene bien para promocionar tu próxima película, el thriller con un golfo de protagonista.

—¿Y crees que no soy así?

—No lo sé. Has salido con las actrices Adriana Logan, Teresa Miranda, etcétera, y últimamente se te veía con la modelo rusa Sveta Petrov.

Yon sonrío. Esta vez no es una sonrisa *abieña*. No sé cómo calificarla, pero me parece algo triste. Yo quiero darle golpecitos en el hombro, a modo de consuelo, pero no tengo tanta confianza, así que choco tontamente mi brazo con el suyo, no sé en sentido de qué.

—Ninguna de mis relaciones han sido sinceras —dice—, pero a las personas les gusta pensar que los protagonistas de las películas se han enamorado en la vida real, que lo que ven en la pantalla es real, que las miradas son reales, que los besos son reales. Así que es eso precisamente lo que les damos, porque vende.

—¿No has salido con ninguna de ellas entonces?

—Nunca he tenido una relación, Daniela.

Vaya, eso sí que no me lo esperaba.

—Yo tampoco —musito. Esperaba que no me oyera, pero entonces tendría que haberlo dicho para mí misma. Así que, como es natural, escucha mi triste lamento, porque el silencio es un chivato.

—Habrás tenido pretendientes.

—No salgo mucho. —*Porque estoy enferma y voy a morir.*

—Yo tampoco suelo hacerlo, por la intensidad de las personas. Siempre acojo a mis fans con gusto, pero me pesa en ocasiones no poder disfrutar de un momento de paz. Todo el mundo a mi alrededor me asalta y me agobia —dice con pesar. Y se vuelve hacia mí—. Pero esta noche, una chica me ha mirado, ha soltado un taco, se ha ido corriendo, y se ha negado a hablar y a compartir tiempo conmigo.

Yo presiono un labio contra otro para impedir que una sonrisilla asome para sonrojarme. A veces las sonrisas son muy de colorear. Yo creo que se aburren porque no salen mucho.

—¿No te caigo bien? —me dice.

—Te admiro en la pantalla. Pero en la realidad es diferente. Eres un chico común que no conozco, que me ha asaltado en un club y nos ha perseguido con un coche.

Yon se ríe. Pero yo no me río, porque es raro de cojones y da miedo, aunque sea Yon Malcolm. Y de pronto me pregunto qué hago paseando con él. Pero llegado a este punto, después de hablar un rato, creo que sí que puede ser alguien de fiar. Podría haberme arrinconado ya en un callejón y haberme metido la lengua hasta la campanilla, pero es majo y no lo ha hecho.

—Creo que estoy acostumbrado a obtener todo de todos. No se me da bien encajar negativas. Perdóname si te he hecho sentir incómoda.

—Vale, pero no te perdono tanta sorna con la foto. Eso ha sido pasarse.

Porque se ha pasado, y hay que decirlo.

—Lo acepto, pero tú me has rechazado desde el minuto uno sin conocerme. Eso también es pasarse, ¿no crees?

—Bueno, te has comportado como un psicópata, yo diría que te merecías más desprecio y he sido benevolente. Deberías agradecer que haya aceptado tu ayuda.

—La ha aceptado tu amiga.

—Cat estaba borracha, yo tenía todo el control sobre ella.

—Qué extraño, a mí me ha parecido ver lo contrario.

Yo me callo, porque tiene razón, y no hay respuesta en el mundo que pueda cambiar eso. Cat es Cat, y aquí la que manda es ella y no hay más que hablar.

—¿Y a ti? ¿Te gusta la noche? —le pregunto, por cortar el hielo otra vez, que parece que crece como loco cuando nos quedamos en silencio. El hielo es un canalla.

—Sí. A veces la noche también trae cosas buenas —me responde, y me mira. Me mira como diciendo “te he conocido a ti”, y yo me sonrojo, como buena chica que no ha conocido chico en su vida—. Aunque las cosas buenas no suelen durar.

Vaya, qué comentario más deprimente.

—Te equivocas. Las cosas buenas duran eternamente.

Él me mira con curiosidad, así que yo sigo hablando.

—Las recordamos —apunto—. Las malas nunca se recuerdan, o se evita hacerlo.

—Pero no puedes disfrutar de ellas en el presente.

—Eso no significa que se hayan acabado.

Yon se queda pensando. Suelo dejar pensando también a Cat y a mi padre. Ellos dicen que vivo en una burbuja, y yo les digo que sí, en la burbuja de los enfermos de FPI.

—De acuerdo, entonces cambiaré mi queja: las cosas buenas duran poco en el aquí y ahora. Porque aquí y ahora disfruto de tu compañía. En siete minutos ya no seguiré disfrutándola.

Toma hostia de realidad. Por hablar. Si es que no me puedo quedar callada.

Siete minutos y adiós Yon Malcolm. Siete minutos y una corta vida para recordarlos. Ahora su

queja me parece más coherente. Aunque permanezca el momento en mi memoria, ya no podré hablarle más, ni verle más, ni escucharle más. Me resigno, conformándome con contemplarle en el cine en una pantalla gigante, muy idílico, pensando que yo estuve el día de mi veinte cumpleaños dieciséis minutos hablando con él. Y encima no puedo chulearme con nadie, porque no tengo amigos.

—Pero podemos aprovecharlos para que en nuestros recuerdos vivan más a gusto —me dice.

Y yo me río, porque esta situación me acaba de recordar a una escena de una de sus películas.

—¿Por qué te ríes?

—Porque en *Y que lluevan estrellas* paseabas al final de la película con Sheila Núñez y bailabas con ella por lo largo y ancho de la calle después de declararle tu amor.

—¿Quieres bail...?

—¡No! —digo apresuradamente, antes siquiera de que pueda terminar la frase.

—¿Por qué no?

Trato de buscar en el laberinto de mi mente una excusa decente para mi negativa. Barajo entre “no hay música”, “me da vergüenza” o “me duele un pie”.

—Me duele un pie.

Yon se ríe y me tiende su mano.

—Si es solo un pie podemos apañarnos.

Yo miro a mi alrededor. ¿Qué demonios estoy buscando?

Mi subconsciente está mirándome empanado.

—Yo no... —empiezo.

—No sabes bailar.

—No... —Pero aun así tomo su preciosa y esbelta mano con firmeza y me dejo llevar por él hasta sus brazos.

—¿Puedo...? —dice, mientras su mano derecha se posa delicadamente en mi cintura y su mano izquierda eleva la mía—. ¿Ya no me tienes tanta tirria? —me dice, con la voz muy bajita, como si quisiera que quedara entre nosotros, que no se inmiscuyera la farola cotilla, la papelera parlanchina y el buzón acosador.

—Esto es algo... algo surrealista.

Vaya, mis pulmones. Qué oportunos. El aliento me falla un poco, pero me repongo rápido. Mi cuerpo sabe cuándo quiero hacer una pausa de mi realidad mortal, es muy listo.

—A mí también me lo parece —se ríe. Pero no se detiene. Su balanceo es muy relajante. Menos mal que no he bebido, si no, podría quedarme frita sobre su pecho fácilmente. Jo, qué alto es. Mi cabeza está justo debajo de su barbilla. Encajamos como un Tetris.

—¿Por qué sigues aquí? —le pregunto. Porque, ahora que lo pienso, no entiendo nada de lo que está pasando.

—Si te digo la verdad, Daniela, no tengo ni idea.

Vaya, él tampoco lo sabe. Miro mi reloj con miedo. Menos un minuto.

—Tengo que irme —susurro. Porque no tengo fuerzas. Pero no por la enfermedad (que también), sino por una extraña aura que nos ha envuelto.

Yon detiene su movimiento y libera mi cintura y mi mano.

—Bien —dice, poco convencido. Creo que él tampoco tiene fuerzas—. Buenas noches, Daniela. Ha sido un placer conocerte.

Yo sonrío. Él sonrío. Y me marchó, como Cenicienta, a las doce en punto. Pero yo no dejo atrás un zapato de cristal. Yo dejo atrás la mirada de un chico normal puesta en una chica normal.

La gente dice que no existe la magia, pero yo acabo de vivirla.

Mi padre me espera despierto, como siempre. Él dice que son cosas de padres que no entenderé hasta que tenga hijos —por no decir que no entenderé nunca—, pero yo sé que en todos sus actos siempre hay algo más. Salgo por la puerta y él no sabe si volveré. La probabilidad de que muera un joven corriente durante una salida nocturna engloba la de la muerte por atropello, por accidente de coche, por atraco, etcétera. Pero a mi probabilidad hay que sumarle también el fallo pulmonar inminente. Así que, definitivamente, sí, mi padre se queda despierto por la muerte accidental corriente, pero más por la muerte por FPI. Que a mí no me engaña.

Le doy un beso en la frente y me siento en el brazo del sillón que él ocupa. Está leyendo *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, su preciada primera edición de colección de un valor indecente. Yo le digo que eso debería estar detrás de una mampara de cristal, para mirarse, pero no para tocarse. Él piensa que, si es un libro, tiene que leerse, que es para lo que se ha escrito. Para mirar una portada ya tiene las fotos de internet.

—¿Lo has pasado bien? —me pregunta mientras se levanta con la intención de irse a la cama. Conmigo en casa, ya nada le impide obedecer al llamado de su almohada, que le está gritando como loca. Es muy impaciente.

Yo me pierdo un momento en los cinco minutos previos a mi llegada, y al perderme, encuentro de pronto una necesidad que nunca he tenido hasta hoy.

—Sí, ha sido divertido. Voy a ver una película para dormirme —le respondo—. Te quiero mucho, papá.

Él sonríe, porque también me quiere, pero no es momento aún para decirlo con palabras. Mi padre no me ha dicho nunca que me quiere, ni lo hará. Hasta que llegue el momento. Porque las palabras que se dicen normalmente no pueden usarse después para expresar un sentimiento mucho mayor. Si mi padre dice que está *triste* hoy, no podrá estar *triste* el día que muera.

—No te duermas tarde.

Yo niego con la cabeza mientras pellizca mi mejilla y se marcha. Enciendo la televisión y busco en todas las plataformas de *streaming* el final de la película que acabo de vivir.

Ahí está. *Y que lluevan estrellas*. En la portada, Sheila Núñez y Yon Malcolm miran hacia el cielo de una noche despejada. Le doy al *play* y rebobino hasta los últimos quince minutos. En esa escena, Aithor (Yon) aparece frente a la casa de Clara (Sheila), su único y verdadero amor, amigos desde la infancia, para confesarle sus sentimientos, para decirle que, a pesar de todo, nunca ha dejado de quererla. Ella llora y él la abraza, y bailan a paso lento, bajo una melodía preciosa, y las estrellas brillan antes de que un fundido a negro dé paso a los créditos.

Me fijo en los ojos de Yon, con esa mirada tan intensa, una mirada que hace que te preguntes si está realmente actuando o ama con todo su corazón a la chica que tiene delante. Y yo no entiendo cómo todas las que se enrollan con él en las películas no se vuelven locas por tenerlo a su lado en la vida real. Porque mira que es guapo... Pero, claro, a ver quién se cree ahora que siente algo por ti, con lo bien que se le da actuar. Puede regalarte el oído y convencerte fácilmente de que

eres especial, llevarte a la cama, echarte un polvo, y a otra cosa. A mí, un poco más, y me gana. A lo mejor por eso no ha tenido ninguna relación, porque se dedica a otras cosas.

Pero mi subconsciente opina diferente, opina que me ha tratado con amabilidad e interés sincero y que deje de lamentarme. Yo hago un mohín, porque me cuesta creerle. ¿Por qué iba alguien como él a perder su tiempo con una enferma?

Pero, claro, él no sabe que estoy enferma.

Decido que es mejor ahorrarme las hipótesis y meterme en la cama para, con un poco de suerte, soñar con él y volver a disfrutar de esa fantasía vivida.

—No grites, que me duele la cabeza —me dice Cat. Vaya resaca tiene. Pero a mí eso ahora mismo me da igual, porque su comportamiento de anoche fue totalmente censurable, y así se lo digo—. Te pones muy madre por las mañanas.

He entrado a su habitación hará como cinco minutos, básicamente para reprocharle haberme dejado tirada en la calle. Pero ella alega que a Yon se le veía interesado en mí y que tendría que haber aprovechado para meterle mano, que una no siempre tiene esa suerte. Ahí es cuando mi espíritu de guerrera inusual ha gritado que está loca y que la ha trastornado el alcohol, que no debería beber tanto, que ya está bien la tontería. Pero me ha callado con un cojinazo.

—No hice mucho ridículo con él, ¿no? —me dice, pasando olímpicamente de mis quejas. Porque sabe que, si no las hace ni caso, desaparecerán solas. Y desaparecen, porque con Cat no me sale quejarme mucho: temo a sus cojines y las peligrosas cremalleras de sus fundas, que me pueden dar en un ojo y dejarme tuerta.

—No —respondo. No le puedo decir que, vomitada y casi estampada su cara contra el suelo, Yon tuvo que cogerla y meterla en su coche. Porque no lo superaría.

—Bien, veamos. —Coge su portátil y se sienta en su cama, justo a mi lado, donde me ha dejado sentada el cojinazo de antes—. En internet viene de todo. Seguro que aparecen los lugares que el buenorro de Yon Malcolm suele visitar.

—¿Qué? No, no, no, no.

Cat ni me mira. Ella a lo suyo, como si yo no existiera.

—Mira, aquí no hemos estado aún. Podemos ir este viernes. Tengo que irme ya a la uni, ¿lo hablamos luego?

Yo me niego una y otra vez a perseguir a Yon Malcolm como fanáticas desquiciadas mientras Cat se cambia de ropa y me arrastra fuera de su casa.

—Te quiero, Dani, lo hago por ti.

Besa mi mejilla y se marcha corriendo. Yo, como anoche, me quedo a cuadros. Mi interior sigue con su tema, con el “no, no, no, no, no” continuo. Yo bufo y pego una patada a la pared del pasillo, porque no tengo nada más a mano.

Dejo caer mis pies por el balcón de mi habitación, como siempre, vacilando a la Muerte, porque ya somos muy amigas, y nos retamos mutuamente. Ella siempre hace amagos de matarme. Yo le digo que no se ponga tonta, que me tiro de un sexto piso y aquí termina el juego. Entonces se relaja y se tira algún mes sin hablarme. Es muy quisquillosa.

Mi padre ha salido con un amigo a tomar un café, por aquí por el barrio. Al principio, cuando me diagnosticaron la enfermedad, no se separaba de mí. Era una maldita sombra pegada a mi culo. Si yo iba con Cat, él iba con Cat. Si yo iba a comprarme un helado, él iba a comprarse un helado. Hasta que me puse firme, entonces admitió que le daba miedo. Yo le dije que a mí también, pero que no iba a estar lo que me quedara de vida lamentándome en un rincón. Si no, ¿qué clase de vida era? Aunque fuera corta, tenía todo mi derecho a disfrutarla. Entonces él ladeó la cabeza y cortó el

cordón umbilical. Y yo respiré —nótese la ironía—, cogí a Cat de la mano, y nos fuimos a tomar un refresco y una hamburguesa, de esas con mucha grasa.

Miro al cielo, nublado, lloroso. A la gente no suele gustarle este tiempo, sobre todo siendo verano. No se dan cuenta de que las nubes son fruto del calor, de que lo que hay allí arriba es algo majestuoso. El techo de esta parte del mundo está formado ahora por pequeñas gotas de agua o cristales de hielo suspendidos en el aire. Eso es lo que yo veo; un mar en el cielo. Pero el resto de las personas parece siempre molesto con ese mar, y a mí me da pena.

Un silbido desde la calle interrumpe estos pensamientos tan profundos que me nacen de vez en cuando. Yo me quejo un poco de lo escandalosa que es a veces la gente. Pero no puedo seguir cagándome en ellos en silencio porque los ojos de Yon Malcolm me están mirando unos veinte metros más abajo. Estoy descalza, con un moño que parece un nido de pájaros, y con un pijama con forma de oso panda. Creo que eso resume bastante bien lo que siento cuando le veo.

Recojo mis piernas rápidamente y me escondo, como buena cobarde. Miro un poco por encima, de soslayo, a ver si se va, porque —mi subconsciente se ríe de mí muy alto— creo que no me ha visto. Pero Yon parece compartir el chiste con mi subconsciente, porque también se ríe. Y no se va. Le da igual que la poca gente que pasa por esta pequeña y poco importante calle se le quede mirando. Le da igual que empiecen a caer unas tímidas gotas que ya se aburrían de estar danzando por ahí arriba. Le da igual que el viento sople de vez en cuando más fuerte. Yo creo que es un poco cabezota. Pero me doy cuenta de que estoy haciendo lo mismo aquí en mi balcón que él allí en la calle: no dar mi brazo a torcer. Él espera que yo salga. Yo espero que él se marche. Esto es un partido en toda regla, y a mí, que no me gusta nada perder en el Catán, pues no me va a machacar en esto, que también soy muy buena.

Con lo que no cuento es con que la señora Pinilla, que vive en el tercero, salga del portal, que Yon meta el pie para impedir que la puerta se cierre, que calcule con intrigante exactitud en qué piso vivo, y que llame a mi puerta.

Yo maldigo a la señora Pinilla.

¿Sí? —digo, como si no supiera que es él.

¿Pero qué demonios hace en mi casa? ¿Está loco? Esto es acoso.

—Te dejaste algo en mi coche —me dice su voz al otro lado de la puerta. Yo pongo el ojo en la mirilla.

Vaya, parece que al final sí que me dejé mi zapato de cristal. En forma de *smartphone*. Porque, claro, la historia tiene que actualizarse al siglo XXI. Si tuviera amigos con los que hablar, me habría dado cuenta de que me lo dejé. Qué triste ha sonado eso.

Abro un poco la puerta, una pequeña rendija por donde creo que cabrá el maldito teléfono, y alargo los dedos para que me lo dé. Escucho su risa, y mi sonrisa sale sola, porque entiendo que mi comportamiento es demasiado patético.

—¿Me lo das? —le pido.

—¿No vas a abrirme la puerta? —me pregunta. Está alucinando, como anoche en el callejón del club cuando me fui corriendo. Aunque en esta ocasión parece más inclinado a centrarse en la parte divertida de mi comportamiento que en la extraña.

—¿Para qué? Solo quieres darme mi móvil, ¿no?

—Sí, bueno —se traba un poco el pobre. Se lo estoy poniendo algo difícil—, no tenía en mente algo así... —Vuelve a reírse, algo incrédulo. Yo abro un poco más la puerta, para que se me vea un ojo y medio carrillo, y ya es mucho.

—Esto es lo máximo que abriré —le informo, para que le quede claro.

Él me tiende entonces el móvil, y cuando voy a cogerlo, lo sujeta un poco, para que le mire mientras me quejo en silencio de lo tramposo que es. Y, entonces, me sonrío. Me sonrío como jamás vi sonreír a Yon Malcolm en ninguna de sus películas. Y el mundo es algo más claro y bonito. El hoyuelo de mi carrillo se chiva de que yo también sonrío, y me libera de esa trampa, haciendo que Yon suelte mi preciado teléfono de una vez. El hoyuelo es un buen amigo.

—¿Está tu padre en casa? —me pregunta.

Yo cierro un poco la puerta. Porque si le da por empujarla y meterse hasta la cocina, yo tengo todas las de perder.

—Sí —miento, que nunca se sabe.

—¿Puedo invitarte a algo?

—No tengo... no tengo ropa limpia. — *¿Qué?* —. O sea, quiero decir, que no puedo.

—Porque no tienes ropa limpia... —repite, como si tratara de comprender un jeroglífico.

—Exacto.

Mi subconsciente me ladra irritado. Yo le contesto con la misma irritación que voy a palmar en poco y que no pretenderá que le deje tirado. Además, que si me da una insuficiencia respiratoria con él, se queda con eso para toda la vida.

Pero mi subconsciente no parece estar muy de acuerdo conmigo, porque piensa que todo el mundo va a morir, aunque yo lo haga más pronto. Y esa verdad no se la puedo debatir. Pero Yon

tiene tiempo de sobra para hacer lo que quiera. Puede hasta equivocarse. Yo tengo muy poco margen. Si me equivoco, me he equivocado toda mi vida. Él solo se equivocaría un ratito.

—Tengo... tengo que irme —digo finalmente—. Porque está... está puesta la lavadora, por eso de la ropa sucia.

—¿Y cuánto crees que le queda a la lavadora?

—Pues bastante, a ver, es de esas lavadoras nuevas, que tienen tantas funciones. A lo mejor se tira todo el día rodando...

—¿Entonces por qué tienes que irte con tanta prisa?

Yo resoplo. Mira que cansa esto de inventarse excusas. Me cansa tanto, que me rindo. Pero eso no es perder la partida. Me retiro porque quiero.

—No quiero ir contigo a ningún sitio —confieso.

No lo he dicho con tanta dureza como parece. Si no, Yon no estaría sonriendo.

—¿Por qué no? —Da un pequeño paso hacia la rendija donde está mi ojo.

Yo le miro desde abajo, como un pájaro caído de un nido.

—Llamas mucho la atención.

Eso es verdad. La llama.

—Pero eso no es culpa mía.

—Tú decidiste ser actor. Algo de culpa tienes.

—¿No saldrás conmigo?

—No.

—Tengo gafas de sol y una bufanda.

Una bufanda en verano.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que tu excusa no me vale.

—¿Por qué quieres invitarme? Yo no te he dado nada.

—¿Por qué tendría que querer algo de ti para invitarte a salir?

—Siempre se quiere algo de alguien.

—¿Y qué quieres tú de mí?

—Que me dejes cerrar la puerta.

Yon sonrío.

—Yo quiero conocerte. Eso es lo que quiero que me des.

—¿Por qué?

—¿Siempre te preguntas todo?

—Habitúo a hacerlo cuando un desconocido me invita a salir.

—Desconocido... —dice, pensativo—. A veces se me olvida... —se interrumpe.

—¿Que eres un ser humano?

Se ríe y asiente con una humildad que a mí me deja rota, porque su carita es muy chulesca, pero por dentro parece hecho de regaliz.

—Espera un momento —le digo.

Y le cierro la puerta en las narices. Porque no hay otra forma de llamar a cerrar la puerta a un palmo de su cara.

Después, sonrío.

Me dirijo a mi habitación y me cambio de ropa. Con el pelo no puedo hacer nada, solo recoger los mechones rebeldes detrás de las orejas, a ver si así se calman, que hoy tienen el día tonto. Le envío después un mensaje a mi padre para avisarle de que voy a dar una vuelta, y regreso a la puerta. Por un momento creo que Yon se ha ido, pero está esperando como niño formal, espalda en la pared.

—Vale, puedes conocerme hoy. Pero solo hoy —le digo. Y echo la llave a la puerta—. ¿De acuerdo?

Él asiente, con la llave de mi casa amenazando con saltarle un ojo. Y, entonces, la guardo en el bolsillo de mi pantalón y llamo al ascensor. Él me mira de reojo. Lo sé porque yo también le miro, y, claro, a veces las miradas coinciden.

—¿Por qué eres tan desconfiada?

—Yo no soy desconfiada.

Yon se acerca un par de centímetros. Yo, como es natural, me pongo colorada y me alejo enfurruñada. Qué infantil me pongo a veces. Pero es que tener a Yon Malcolm tan cerca es algo extraordinario, y a mí me afecta, porque bajo la guardia y puede pasar de todo. Que mis pulmones ya no son lo que eran.

—Lo siento —se ríe.

Yo tuerzo el morro y cuento hasta tres para no meterme en casa. Porque, aunque haya mil *peros*, salir con Yon Malcolm no pasa todos los días.

Nos metemos en el ascensor en silencio. Y no sé qué sucede. El ambiente parece cargado, extraño. Me siento incómoda. He visto situaciones así en las películas, pero siempre he creído que esas sensaciones no existían. Ahora todo cobra un poco más de sentido. El mundo parece más grande, y las posibilidades también.

Yon, por el contrario, parece relajado. Claro, él está acostumbrado. Cuantas más cosas se viven, más curtido estás. La vida es como montar en bici. A veces cuesta arriba, otras cuesta abajo. Y me doy cuenta de que ambas tienen un significado malo. Como en la vida. Ni muy embalados, ni muy pausados. Nos gusta pedalear en plano.

—¿Te apetece algo en especial? —me pregunta cuando salimos.

Yo respiro. Respiro como me permiten mis pulmones, que ellos mandan. Y miro a Yon entonces mientras camina. Parece tan seguro de sí mismo que a mí me absorbe la voluntad por completo. Su mirada se fija en ocasiones en el cielo nublado, otras en las pocas personas que van y vienen, y otras en mí. Sus ojos ya están ocultos tras esas gafas de sol de las que me ha hablado antes, pero la bufanda brilla por su ausencia, y se lo digo, porque aquí las cosas se cumplen.

—La tengo en el coche.

Y vamos al coche.

Me resulta bastante cómico verle con ese trapo por el cuello y hasta la nariz en pleno mes de julio. Trato de ocultar mi risa entre mis manos, pero se me escapa, como buena rebelde, entre las

comisuras de los labios.

Yon me tira la bufanda a la cara. Pero mi risa no se corta. Creo que me ha dado un ataque. Eso es malo. Los pulmones se quejan, aunque aguantan. Son buenos soldados.

—Si no vas a ponértela, tendrás que llevarme a un sitio donde no te reconozcan —le digo, tosiendo un poco. Porque, aunque aguanten, su dolor tienen.

Yon sonrío. Sonrisa *abieña*. Qué bonito se pone así. A mí me deja tonta.

—Tendríamos que salir del país.

—Eso ha sido un poco prepotente.

—La prepotencia se basa en la realidad.

—Pero está feo.

—Creo que conozco un lugar.

Y vamos a ese lugar. En coche, porque está algo lejos. Yo creo que, si mi padre se enterara, le daría un ataque. A mí creo que ya me ha dado, un ataque de inconsciencia. Porque estoy en el coche de un desconocido, del que no sé más que las mentiras que salen en la tele. Me pregunto si habría hecho lo mismo de no ser Yon Malcolm. Mi respuesta es un *no* muy rotundo. Qué cabrón es a veces mi subconsciente, se la tenía preparada.

Yon me abre la puerta. Como un caballero. Algo quiere.

—Gracias —le digo.

Estamos en las afueras, en un barrio más anciano que joven. Toda persona que pasea por las aceras —las pocas que hay— tienen entre sesenta y cinco y ochenta años por lo menos. Entonces comprendo que a las personas mayores no les interesa quién es o no Yon Malcolm. Eso me da más paz.

Hasta que Yon se quita las gafas y me mira con esos ojazos *verdaños*, y pienso que Cat tiene razón al catalogarlos con ese adjetivo que nadie más comparte.

—Quiero merendar —le pido. Porque se lo pido, no se lo digo.

Él asiente, con una seriedad de adulto que me hace gracia. Y me toca suavemente el brazo para que comience a caminar con él. Yo tiemblo un poquito, porque es la primera vez que me toca desde ayer. Y si me toca y yo lo siento, quiere decir que es real. Eso me da algo de miedo.

Mientras caminamos hacia a saber dónde, me pregunta si me gusta más el dulce o lo salado. Yo pienso un poco en esa pregunta, por si tiene trampa.

—Depende.

—¿De qué?

—De qué sea lo salado y qué lo dulce.

—¿Un croissant o una empanadilla? ¿Palos de regaliz o patatas? ¿Chocolate o embutido?

—Uno, dos, uno.

—¿No te gusta el regaliz?

—Me gustan más las patatas. Tú eres más de dulce.

—¿Por qué crees eso?

—Porque solo te has interesado por mi rechazo al regaliz.

Yon sonrío. Mira hacia la otra acera y luego me mira a mí.

—Iremos a un bar. Si te parece bien.

—Solo si tienen gofres.

Yon vuelve a sonreír, me toma de la mano con cuidado, por si de una sacudida se la quito y me marcho dignamente, y me guía por la carretera, evitando que nos atropellen, hasta el local de la esquina que espera pacientemente nuestra llegada.

Yo me siento algo exhausta después de la carrera y, para qué mentirnos, porque me ha cogido

de la mano la fantasía que tengo delante de mí.

Entramos y nos sentamos en una mesa junto a la pared. No hay nadie —por eso de que a la gente no le gustan los mares del cielo—, así que tenemos a nuestra entera disposición al único camarero del bar. Este ya no es tan mayor, pero, aun así, siendo adulto de edad avanzada, tampoco le interesa un actor de veinticuatro años. Eso me relaja. Porque para él acaban de entrar a la cafetería dos jóvenes corrientes. Ni uno es tan estrella ni la otra tan enferma.

Ojalá fuera todo así de simple.

Nos atiende con familiaridad, y entonces comprendo que es alguna especie de conocido de Yon. Y cuando se ponen a hablar en eusquera lo confirmo. Yon no tiene acento del norte, pero sé que nació allí, porque su vida privada es pública. El camarero, por el contrario, tiene un acento muy marcado.

—Así que Daniela —me dice de repente, con una sonrisa de oreja a oreja. Yo me pregunto qué demonios habrán hablado y pienso en lo maleducados que son por dejarme deliberadamente al margen—. ¿Qué quieres tomar?

—Un gofre. Y un descafeinado.

Él asiente, toma nota y se marcha.

Yo miro a Yon con un mohín de reproche claro, para que sepa lo mal que me ha parecido su actitud. Pero él, en lugar de mostrarse arrepentido, se ríe. Y es que así no se puede.

—Perdónanos, me ha preguntado quién eras y yo se lo he explicado.

—Podría habérselo explicado yo también.

—Le interesaba algún otro detalle más —dice, y antes de que pueda preguntar por ello, continúa por otro camino. Qué listillo...—. Es mi tío Antxon, por parte de padre. Su gemelo.

—¿Y se parecen?

Sé que la pregunta parece absurda, pero hay gemelos que no son idénticos según avanzan en edad. Que no soy tan tonta.

—Se parecían.

Su sonrisa triste me revela más que su respuesta. ¿Yon es huérfano de padre? Eso sí que no es público. Parece que tiene más privacidad de la que pensaba. ¿Qué más cosas ocultará? De repente, Yon Malcolm no me parece tan Yon Malcolm.

—Lo siento —musito.

—Ya ha pasado tiempo. —Vuelve a sonreír—. ¿Por qué no me hablas de ti?

De mí. ¿Y qué le cuento? Tengo fibrosis pulmonar idiopática y eso hace que no haya tenido vida y, por ende, que no tenga nada que contar. Podría decirle eso.

—¿Qué quieres saber?

Pero no lo hago.

—¿A qué te dedicas? ¿Qué has estudiado? ¿Eres de aquí?

—Yo... estoy en una fase de tránsito. —*¿Tránsito?*—. Así que no me dedico a nada y lo único que estudio es música de forma autodidacta. Sí, soy de aquí. —Medito un momento—. Mi madre también murió. Hace siete años.

A Yon eso le sorprende.

—Lo siento, Daniela. —Él también medita—. ¿Hablamos de algo más agradable?

Me río, porque estaba pensando en lo mismo.

—¿Cómo está tu amiga? —me pregunta.

—Con resaca. Aunque... creo que sigue teniendo alcohol en la cabeza. Parece una psicópata.

Está... investigando tus salidas nocturnas por webs de fans. A lo mejor se ha trastornado, pero tú no la hagas caso eh, que ella dice muchas tonterías. Todo lo que te pueda decir si alguna vez te encuentra es mentira, seguro.

Me miro las manos, que tengo sobre las piernas. ¿Por qué demonios hablo tanto? Yon parece divertirse. Debería molestarme que se divierta a mi costa, pero la verdad es que me hace escupir endorfinas como si fueran gotas de agua en una tormenta o dientes de león en un día de viento.

—¿Qué crees que me dirá? —me pregunta.

Antxon llega para servirnos en ese momento. Respiro un poco, tratando durante ese tiempo de inventar alguna tontería que cuele. Pero su tío es muy rápido. Vaya manejo tiene. No me deja ni un minuto, la madre que lo parió.

Pongo las manos alrededor de la taza. Por mucho verano que sea, me encanta disfrutar del calor de un café recién hecho. Yon también parece disfrutar con lo mismo, porque me imita de buena gana. Y espera pacientemente sin decir nada más a que no me escabulla de su anterior pregunta. Yo maldigo por lo bajo. Y, después, respondo.

—Pues no lo sé, alguna cosa... Algo sobre mí.

Temo que la retrasada de mi amiga le diga que me gusta, que por qué no nos vamos a dar una vuelta solos, que nos dejemos de tonterías y nos liemos de una vez. Porque eso es muy de ella. Y yo puedo matarla después, pero lo dicho ahí quedaría.

—¿Y qué me diría sobre ti?

Insiste. ¿Por qué insiste?

—¿Por qué te interesa tanto?

—Curiosidad.

Yo trato de pensar, pero es que esos ojos sobre los míos no me dejan. Parecen pistolas de pintura que colorean a su antojo mis mejillas. Yo finjo no darme cuenta, pero Yon no está ciego, claro. Él comprende que, como mindundi que soy, no puedo escabullirme de los efectos de tener a un chico guapo delante.

Mi subconsciente se queja de la infravaloración.

—Creo que eres un poco egocéntrico —le suelto.

—Suelo ser el centro de atención a cada sitio que voy. Me han malacostumbrado.

Doy un trago a mi descafeinado y un bocado a mi gofre. Me mancho de sirope las comisuras de los labios. Yon me tiende un papel con una sonrisilla burlona. Por un momento pienso que me va a limpiar él, pero creo que se corta un poco, porque darme la mano vale, pero quitarme el chocolate de los labios es pasarse, que nos conocimos ayer.

Yo me giro un poco para restregarme el papel por la boca, por eso de la vergüenza que da la falta de confianza. Si estuviera con Cat, le lanzaría el papel manchado y ella me tiraría un trozo de gofre a la cara. Pero estoy con Yon Malcolm, así que lo dejo en la mesa.

—Creo que eres la primera persona que me suelta en la cara todos los defectos que tengo. ¿Ves alguna virtud en mí? —me dice de repente.

Vaya, es consciente de sus defectos. Las palabras de mi madre siguen a salvo.

—Tienes muchas virtudes por fuera. Por dentro no lo sé. No te conozco.

—No me conoces, pero me has llamado ya mentiroso, prepotente y egocéntrico en el poco tiempo que hemos hablado desde anoche. Debo de ser una persona horrible para ti.

—También he pensado que eres un acosador.

Yon se ríe.

—Y si piensas todas esas cosas, ¿por qué has aceptado venir conmigo?

—Porque no conseguía echarme de mi casa.

Yon me mira con interés, un interés muy profundo. Me pone nerviosa. Su mirada es intensa, y siento cómo llega hasta mí y se cuela con facilidad en mi interior a través de mis pupilas. Yon deambula a placer por mis músculos, mis huesos, mi piel. Y mis pulmones. Y ellos se quejan por la intrusión, porque ya bastante mal están como para que venga alguien a joderlos. Así que tratan de expulsarlo como pueden, con tos, cerrándose al aire que insiste en entrar. Me levanto de la silla y salgo al exterior, ante la sorpresa de Yon.

Me tapo la boca, pero mis pulmones me amenazan con hacerme desaparecer. Escupo sangre. La verdad es que esta enfermedad da bastante asco.

Yon me sostiene antes de que caiga. Parece realmente preocupado. Y eso, por alguna tonta razón, me hace llorar. Entonces pierdo el conocimiento.

Despierto en una sala blanca. No entiendo por qué todo en los hospitales es siempre tan blanco. ¿No se dan cuenta de que molesta, de que la luz brilla más reflejándose en las sábanas y las paredes? Debería ser todo oscuro. Tengo que decírselo a alguien. Tengo que decirle a alguien que se replantee la ropa de cama del hospital y la pintura de las habitaciones. Por suerte, hay una persona al lado de mi cama, aunque creo que no la conozco de nada. Pero se lo diré igualmente.

—Quiero sábanas marrones.

La doctora —porque tiene que ser una doctora, con esa bata blanca que lleva— me mira como si estuviera delirando. Pero después sonrío.

—¿No te acuerdas de mí?

Recuerdos, recuerdos. Viajemos hacia atrás, hacia el último percance que me llevó al hospital de la mano de Cat, en una salida nocturna. ¿Quién me trató? ¿Quién me trata siempre? Mi doctora... doctora Lourdes Ortega. Pero tiene el pelo diferente.

—Se ha cortado el pelo —le digo.

Ella sonrío más.

—¿Cómo te encuentras?

—Viva.

Me acaricia la mejilla con la parte exterior de su dedo índice y se marcha después de auscultarme. Yo me doy cuenta entonces de que estoy respirando oxígeno de un cilindro colocado al lado de mi cama. Mis pulmones se ponen muy dramáticos cuando quieren. Yo les digo que se calmen, que aún podemos estar un ratito más en este mundo tan bonito.

Recuerdo entonces a Yon. Por muy acosador, mentiroso, prepotente y egocéntrico que sea, no he buceado aún entre sus virtudes. Me hubiese gustado descubrirlas, pero ya no tendré la oportunidad. Y me da pena que se haya quedado con la idea de que era un imbécil.

Mi padre aparece en escena algo agitado. Sé que trata de parecer tranquilo, pero a mí no me engaña, que son dos años y dieciocho ingresos. Ya nos conocemos.

—¿Estás bien?

Yo asiento, porque hablar con ese cacharro en la boca es una mierda.

—Cat está fuera. Está hablando con el chico que te trajo al hospital.

—¿Chico?

—Un tal Yon. —A mi padre no le gusta la televisión ni el cine, él es más de libros.

—Yon... ¿sigue aquí?

Qué chico más raro. Claro, como es actor, debe de gustarle el drama.

—¿Lo conoces? —me pregunta.

No le ha dicho que estábamos juntos en el bar. Más raro aún. Quizá se avergüence de mí. O quizá —que es lo más probable— le dé miedo mi padre. Claro, es que mi padre intimidada, es muy militar.

—Sí... estaba con... con él.

Mi padre se queda alucinando. Normal, es que no es propio de mí esas tonterías de chicos. Sobre todo porque nunca he conocido a ningún chico.

—¿Qué hora es? —le pregunto. Parece una pregunta que no importa mucho, pero en realidad sí.

—Las cinco de la madrugada. ¿Podrías... explicarte, cariño?

Diez horas. Diez horas inconsciente y ahí sigue. ¿Pero a este qué le pasa? ¿No tiene vida? Las cinco de la madrugada. ¿Habrá dormido? ¿Se habrá ido y habrá vuelto después, o llevará desde que me desmayé hasta ahora a dos pasos de mí?

—Es un chico... que conocimos... la noche pasada Cat y yo.

—La noche pasada. —Mi padre se queda pensando, porque no está curtido en esto de las salidas con chicos. No sabrá bien qué decir—. Y has salido por la tarde con él.

Yo asiento.

—¿Te gusta o algo?

“O algo”. Me río por no llorar.

—No, es... simpático y me ha... invitado a un gofre. Pero nada más.

Mi padre se levanta con cara de ir a hablar con él seriamente. Yo le detengo, no vaya a ser que lo espante, que soy yo la que quiere hablar con él seriamente. Le digo que se quede quietecito en la silla y, mientras se queja, le pido a una enfermera que vaya a buscar a Cat y a Yon. La enfermera es joven, así que se vuelve medio loca por Yon Malcolm. Digo medio porque está trabajando y tiene que contenerse. Así que una foto es suficiente. Ya veremos cuando acabe el turno si no le come la boca.

—Dani —dice Cat, y se me echa encima, como un perro que ha echado de menos a su dueña y no es suficiente con menear la cola.

Yon está detrás, bastante tranquilo, esperando. Yo en su lugar estaría algo perdida, pero él mantiene la calma. Porque sabe lo que haré a continuación.

—¿Me dejáis... un momento con él?

A Cat no le hace falta más. Coge de la mano a mi padre y le arrastra al pasillo como si fuera un muñeco de trapo, y eso que él le saca dos cuerpos y dos cabezas. Pero es que mi padre es un buenazo.

—Sí que tienes mala cara —me dice Yon, sonriendo, cuando nos quedamos solos.

Yo le miro atentamente, tratando de descubrir en sus ojos qué sabe y qué no, qué piensa, cómo va a actuar, qué va a decir. Parece algo preocupado, pero trata de disimularlo. Yo me pregunto por qué iba a estar alguien que acaba de conocerme preocupado por lo que me pase.

—¿Qué haces aquí?

Se ríe.

—Habría sido raro traerte a un hospital y marcharme después.

—Habrías parecido sospechoso.

—Me has pegado un buen susto.

—¿Por qué?

—Creo que has dejado de respirar durante quince segundos.

—He tenido ratos peores. Pero esa no era mi pregunta.

—No lo sé, Daniela. Me gustas.

—¿Te gusto? ¿Por qué... te gusto? No me conoces.

—Por eso quiero conocerte. Pero comprendo que tú no quieras lo mismo. No estoy acostumbrado a que me digan que no, pero puedo aceptarlo —dice, risueño. Pero su risa no es risa franca, que se le ve el plumero. Está frustrado.

—Yon, yo... querría conocerte también —le concedo, a ver si me voy a morir ahora con una

mentira en mi boca—. Pero... no sería justo. Solo necesito darte una razón para que no vuelvas.

—Podría darte diez más para quedarme.

—Tengo FPI. Me quedan dos años de vida.

Quedarse blanco es decir poco. Yon Malcolm se queda transparente.

—Eso es imposible —dice—. Tienes veinte años. Esa enfermedad aparece a edades avanzadas.

Me sorprende que conozca la enfermedad, no mucha gente sabe que existe y mucho menos a qué inocentes suele afectar.

—Ya, es... una mutación de un gen heredada por mi madre —le respondo.

Yon Malcolm se rasca la cabeza, camina hacia la nada y vuelve, mira al techo, por la ventana. Y, por fin, regresa a la Tierra, donde nos habíamos quedado. La mirada que me echa es bastante peculiar. Podría decirse que es una mezcla entre pesar, rabia, lástima, más rabia, pena, más rabia. Demasiada rabia, diría yo...

—Márchate, Yon —le pido.

Él niega con la cabeza. Creo que aún no es capaz de articular palabra. Es normal, a ver qué le dices a una chica moribunda. Yo, la verdad, me iría solo por la indecisión. *Lo siento*, diría. Y chao.

—Discúlpame, no me esperaba... —dice. Se corta un poco. Está buscando las palabras. A ver qué me suelta, qué intriga—. ¿Por qué quieres que me vaya?

—¿Por qué no quieres irte?

Vuelve a rascarse el pelo. Debe de ser difícil. Si él me hubiera dicho eso, me habría quedado a cuadros, y quizá hasta habría llorado. Pero, claro, yo le conozco desde hace más tiempo, de las pelis. Él sabe que existo desde la noche anterior.

Ocupa la silla de mi padre y se acerca a mí. Parece que pasan horas hasta que habla de nuevo. En ese tiempo yo he podido guardar hasta el más mínimo detalle de su retrato en un cajón de mis recuerdos, por si de aquí a que me muera me quedo ciega.

—A mi padre le diagnosticaron cáncer de hígado hace cinco años —me suelta—. Terminó muriendo un año después de una fibrosis pulmonar por la metástasis. —Se queda callado. Mira la bombona de oxígeno y cierra los ojos. Le está costando. No puedo evitar buscar su mano con la mía, y, cuando la estrecha, puedo sentir en sus dedos el dolor de su muerte—. Yo estaba en una grabación cuando murió, Daniela.

Creo que cuando pasan estas cosas, el dolor se convierte en un lazo de unión. Y no importa si no conoces a esa persona, no importa si es la primera vez que la ves. Siempre que das el pésame, no puedes evitar tocar. Una mano, un brazo, un hombro. Un abrazo. Un beso.

Un pésame nunca se da vacío.

Así que ninguno de los dos pensamos que darnos la mano es algo raro. Porque en nuestras manos ahora no hay más que pésames, pésame por una muerte pasada y pésame por una futura.

—Lo siento mucho, Yon —le digo, y estrecho un poco más fuerte sus dedos.

Dos lágrimas escapan de sus ojos, tímidas, pero decididas a llevarse un poco de ese daño que le atormenta. De los míos solo escapa una, llevando la empatía a cuestas. Esto sí que es drama, y

no el de sus películas.

Me retira —inocentemente— de mi mejilla esa lágrima aventurera y me sonrío. Esa sonrisa me llevará a la tumba.

—Negarme a conocerte no cambiará tu realidad, ni la mía —continúa—. Si me dejas, me gustaría acompañarte.

—¿Y si me enamoro de ti? —pregunto, en apenas un susurro. Mi subconsciente se queda de piedra y mira alrededor, confuso. La vergüenza ha cogido la puerta y se ha marchado. La madre que la parió.

—Creo que corremos el mismo riesgo, Daniela.

—Nunca me he enamorado.

—Yo tampoco.

—Podrías evitarlo. Ya sufriste... una pérdida.

—Y volveré a sufrir más. Así es la vida. Mi madre, mi tío Antxon, algún amigo, tal vez. Mi perro.

Yo sonrío. No sabía que tuviera perro. Me pregunto por primera vez qué sé realmente de Yon Malcolm. Que es vasco, que empezó en el cine a los trece años con un papel pequeño en una película navideña, sus relaciones, que han resultado ser falsas, y su buen humor, que esconde la tristeza de la muerte de su padre. En resumen, nada.

—Empecemos entonces por... el principio —me rindo—. ¿Yon Malcolm es... tu verdadero nombre?

Él sonrío.

—Yon Lizarraga.

—¿Por qué usas entonces Malcolm?

—Es el segundo apellido de mi padre. Creyeron que era más internacional. Ya ves, me han cambiado hasta el nombre.

—Vaya, eres más... sugestionable de lo que creía.

—Cada vez tengo más opciones de insultos. ¿Qué llevamos por ahora?

—Acosador.

—Bueno, de eso no puedo defenderme. Desde que te sentaste la pasada noche encima de mi chaqueta, he estado yo encima de ti.

—Prepotente.

Yon sonrío. Su sonrisa sigue siendo algo triste. Aún no ha superado nuestra conversación sobre su padre y sobre mí. Pero, claro, ha sucedido hace dos minutos. Necesitará alguna hora más.

—Eso puedo aceptarlo a medias. —Se levanta de la silla y se sienta sobre la cama. Este chico no tiene vergüenza—. Yo me llamaría sincero.

—Alardear no es sinceridad.

—¿Cuándo he alardeado?

—Alardeas de tu fama.

—Creo que has oído más queja que alarde de mí.

Me callo, porque razón tiene. El único alarde que he escuchado es su comentario sobre los pocos lugares del país que tiene para esconderse de las locas que lo persiguen. Pero eso es un hecho. Sus quejas sobre ello han sido más sentidas. Él quiere paz, pero no se la dan. Mira que es pesada la gente.

—De acuerdo, ¿y qué hay del... egocentrismo?

—Tal vez sí que me sienta el centro de atención, pero es lo que he vivido desde pequeño. Puedo corregirlo, pero me llevará un tiempo. —Se ríe—. Contigo, sin embargo, se me quita de

golpe. Mira que quiero llamar tu atención, pero no hay manera. Me lo pones muy difícil.

Yo sonrío, un poco tímida, y doy gracias a la mascarilla de oxígeno por disimular mis emociones. Mi boca, sin embargo, me traiciona, porque está hoy algo traviesa. A veces se pone muy rebelde. No puedo ni contenerla cuando empieza a moverse.

—Mentiroso. Sabes que no es verdad.

—Me querías echar de tu casa.

—Los sueños se viven mientras duermes, no mientras vives.

—¿Crees que soy un sueño?

—Yon Malcolm sí. Yon Lizarraga es solo un chico guapo al que he conocido hace cinco minutos. A lo mejor es una pesadilla.

Yon se ríe.

—Guapo —repite. La vergüenza ha abierto la puerta y se ha asomado. Mi subconsciente le dice que haga el favor de marcharse de nuevo, que estaba muy bien sin ella—. ¿Crees que puedo ser una pesadilla?

—De momento te la estás ganando.

—¿Y qué tengo que hacer para evitarlo?

—Por ahora, dejarme respirar. Después ya iremos viendo.

Él sonrío. Su sonrisa ahora parece más animada. He temido desde el primer segundo que le he revelado mi enfermedad que sus ojos me miraran con lástima, como quien mira a alguien que está sufriendo un destino que no quiere, desesperado, dolido. Pero creo que comprende que no es mi caso. Creo que sabe lo que siento, aunque le sorprenda.

—¿Puedes llamar a Cat y a mi padre?

Yon asiente, besa mi mano con caballerosidad y tímido atrevimiento, y sale.

Yo sigo creyendo que es un poco prepotente.

Salgo del hospital al día siguiente, por la mañana. Decidieron dejarme en observación veintiocho horas más, para ver cómo reaccionaban mis pulmones sin esa dichosa bombona. Yo no he podido evitar felicitarles, porque los dos se han portado bastante bien, a pesar de su condición de mierda.

La doctora Ortega me ha hablado antes de salir. Sé que los médicos suelen adornar las malas noticias, pero como yo le he dicho que hable claro, que lo mejor es ir siempre directo al grano, me ha dado una hostia en forma de radiografía. La madre que la parió, ni la he visto venir. Medio año de golpe me ha quitado, así por las buenas. Yo he temblado un poco, para qué mentir. Estamos en julio, lo que quiere decir que las Navidades del año que viene pueden ser muy negras. Le he dicho a la doctora que, si no me puedo morir después, a ver si puede ser antes, que esas fechas le vienen mal a mi padre.

—Lo siento mucho, Daniela —me ha dicho.

Y yo, doctora, y yo.

A mi padre no le he informado de las novedades. Pero a Cat sí.

—El lado bueno —me dice mientras esperamos a un taxi a la entrada. Mi padre no se entera de nada, porque está más pendiente de los enfermos que nos quitan los coches que de nosotras— es que aún podrás disfrutar de otro verano.

Cat siempre ve el vaso medio lleno. Lo importante no es morirme antes, es poder disfrutar de un verano más.

Yo la abrazo, porque sé que está jodida, aunque quiera disimular. Ella me coge la bombona de oxígeno que llevo en un carrito cutre. La doctora dice que tendré que tener una a mano siempre, que a partir de ahora va a costarme respirar de vez en cuando. Se han vuelto algo vagos los alveolos.

Yo me he cagado en la puta madre de los alveolos.

—Venga, chicas.

Nos subimos al taxi. Y pienso en Yon.

Le dio su número de teléfono a Cat para mí. Ella dice que estuvo a punto de no dármelo, que la tentación casi me deja sin polvo. Yo le digo que deje de decir sandeces, que ahora tengo una bombona y se la puedo estampar en la cabeza si se pone tonta.

—Tienes que llamarle —me susurra cuando estamos dentro. Mi padre da indicaciones al conductor.

—No sé qué decirle.

—¿Quieres que hable yo?

—No, que algo raro le sueltas.

—Dile que quieres verle, que si tiene algo que hacer el finde. Escríbele, mejor. Así veo lo que te responde.

—Eres una cotilla.

—Es que tú no sabes.

Trata de arrancarme el teléfono, pero yo le pego un tortazo en la mano y se le quitan las ganas. Mi padre nos mira alucinando, como si tuviera a su lado unas niñas de diez años. A veces creo que no hemos madurado.

El resto del camino lo pasamos en silencio. Porque la mirada reprobadora de mi padre es demasiado firme, y nos acojona a veces, que cuando se pone serio, parece que va a entrar a matar.

Solo cuando llegamos a casa y nos encerramos en mi habitación, retomamos la discusión sobre por qué tiene que dejarme en paz para que escriba lo que me dé la gana. Pero, al final, como siempre, ella gana. Porque mi experiencia con los chicos es nula, me dice, y necesito su ayuda. Y, claro, a ver quién le discute eso.

—Le saludas y le dices que ya has salido del hospital, que sí tiene planes. Planes para el finde. Que no vea que estás desesperada por verle. Que eso queda muy mal.

Yo asiento y escribo. Y le doy a enviar. Cat coge mi móvil y lo lee. Después me mira con cara de estar viendo un circo ambulante. Y yo no entiendo por qué, si he puesto lo que ella me ha dicho:

*Hola Yon, ya he salido del hospital. ¿Tienes planes? Para el finde, no vayas a creer que estoy desesperada por verte.*

—Eso... —Cat está trabada, no sabe bien qué decir—. Eso no se pone.  
El móvil vibra. Miramos la pantalla al unísono.

*Hola Daniela, me alegro mucho, espero que estés bien. Al contrario que tú, yo sí estoy desesperado por verte. ¿Me dejas invitarte a otro gofre hoy a las siete?*

Miro a Cat sin saber muy bien cómo reaccionar. ¿Eso es bueno? Porque si queda mal poner lo de desesperado, significa que su mensaje está mal. Yo se lo digo como lo pienso. Ella, a cambio, me da un cojinazo. Yo me alegro de que los haya cambiado por bolas de pelo sin cremalleras.

—Dani, está loco por ti. Dile que sí. Bueno, espera un poco.

—¿Esperar para qué?

—Pues para que no vea que estás... —Se interrumpe—. Es igual.

Yo me empiezo a poner de los nervios. No entiendo para qué hay que esperar, no esperar, decir que no quieres verle hoy cuando en realidad sí que quieres... Le digo a Cat que me lo explique, pero ella no sabe muy bien cómo.

*De acuerdo.*

Cat me arranca el móvil antes de que lo envíe.

—¡No seas tan seca!

—Es que te explicas muy mal.

Cat añade “un abrazo” al final, porque es mejor tirar de eso primero que de los besos. Yo le pregunto que, si tengo que darle un beso, quizá le sepa mi boca a sangre. Ella dice que no ha escuchado cosa más asquerosa en su vida y que me coma un maldito chicle.

Qué susceptible se pone a veces.

Cuando llegan las seis y media estoy algo nerviosa. Le he dicho a Yon —cuando Cat no miraba— que tengo un nuevo compañero en forma de cilindro. Él me ha dicho que lo cuidará como si fuera oro en paño. Yo me he reído, pero le he dicho que es un cursi, que a mí así no me gana.

Pasan los minutos como si fueran años. Esos que me llevo, que no me sobran. Y, a menos diez, está su coche esperando en el portal.

Cat me mira y me remira. Qué pesada es. Me ha dejado su vestido de color rosa palo, que sabe que soy mucho de colores pastel. Dice que es para dejarle con las ganas. Yo le pregunto con ganas de qué, pero ella se guarda esa respuesta. Dice que lo entenderé cuando pase. Yo me ahorro preguntarle sobre ello, por si me sale con alguna otra fresca.

—¿No crees que lo del oxígeno es algo exagerado? —le pregunto, observando el pañuelo de lunares que lo rodea.

—Yo diría que sí —dice mi padre.

Le hemos informado de mi salida hace cinco minutos, porque cuando está bajo presión toma mejores decisiones. Y tener que decidir en apenas dos minutos si me deja o no arriesgar mi vida por ver a un chico que conozco desde hace dos días es estar bajo mucha presión. Por suerte, Cat tiene un cuaderno de razonamientos muy interesante pegado en el hemisferio derecho de su cerebro. Que me deje, le ha dicho, que no puedo perderme cosas en la vida. Que no es justo. Y mi padre pues al capote.

—Bueno, vale, pues el lazo lo quitamos —concede Cat—. Pero pintaré esa bombona y todas las que vengan detrás.

Yo me creo su amenaza. Hay pocas cosas que haya dicho y no haya hecho.

—¿Puedo hablar con...?

Cat corta a mi padre.

—¡No! Eso ya vendrá. Vamos, Dani, baja.

Yo me quedo un momento paralizada entre la puerta de mi casa y el pasillo, presa de un extraño pánico de última hora.

—¿Y si le aburro?

—Pero si ya habéis estado juntos en el bar de su tío —responde Cat, mirándome con cara de incredulidad. Se ha quedado un poco atascada entre esa expresión y la de sorpresa. Ella la llamaría cara de *sorprulidad*.

—Pero entonces no me importaba lo que pensara.

—Pero... si fue anteayer —dice mientras me empuja. Yo intento resistirme, pero la fuerza anormal de Cat es demasiado para mí.

—Hija, firmeza y valentía.

Bueno, mi padre el militar. Vaya cuadro.

Me cierran la puerta en las narices. Yo grito una última vez para decirle a mi padre que qué clase de padre es y para cagarme en Cat. No abren, lógicamente.

Me meto en el ascensor con el carrito de los cojones. Recuerdo el ambiente cargado de la última vez, cuando bajé con Yon. Espero que la tarde no termine como aquella, en el hospital lisiada, vomitando sangre. Entonces recuerdo los chicles de Cat, que guardo a buen recaudo en el bolsillo de mi pantalón, y me pongo más nerviosa.

Cuando abro la puerta del portal, Yon se acerca rápidamente para ayudarme.

—Mira que te gusta llamar la atención, eh —me dice, cogiendo el carrito con la bombona y metiéndolos en el maletero de su coche. Yo siento la mirada de mi padre y de Cat desde el balcón de mi habitación.

—Te estoy poniendo a prueba, Lizarraga.

—¿Y cómo voy?

—Bueno, podrías haberme cogido también a mí.

—Empezamos exigentes.

Yo sonrío y él me abre la puerta. Sigo pensando que es extraño meterme en el coche de un desconocido, pero, por alguna razón, confío en Yon Lizarraga como confiaría en Cat o en mi padre.

Mientras conduce, le miro. Trato de averiguar qué siente hoy, si se ha recuperado de su visita al hospital. Yo creo que más de treinta y cinco horas son suficientes, pero cada persona tiene su paso. El mío es rápido, tiene que serlo a fuerza. Si me caigo, no puedo perder el tiempo en quejarme, tengo que seguir. Yon puede permanecer un poquito más en el suelo, recuperándose. Eso es lo positivo de sacarle mucha ventaja a La Muerte en la carrera de la vida. O lo negativo. Porque hace que las personas se confíen, que pierdan tiempo, creyendo que a La Muerte aún le quedan años por alcanzarlas. No se dan cuenta de que, en ocasiones, La Muerte es más lista, y puede coger un atajo. Porque La Muerte lleva corriendo esta maratón millones de años.

—¿Tienes calor? —me pregunta.

Yo me doy cuenta de que mis mejillas están ardiendo. Pero no es el calor, no.

—Un poco —miento.

Yon sonrío y enciende el aire acondicionado.

—¿Mejor?

—Sí. ¿Adónde vamos?

—Creí que no lo preguntaría nunca.

—¿Vas a presentarme a otro familiar?

—No.

—¿Vas a secuestrarme?

—Depende de cómo te portes.

—¿Dónde vamos a comer ese gofre?

—En el campo.

—¿Campo?

—No quieres llamar la atención, y a mí no me apetece asfixiarme con la bufanda.

Qué tiquismiquis.

—¿Y el sirope?

Yo quiero sirope.

—Detrás

Vuelvo la cabeza. En los asientos de atrás reposa una nevera portátil. Extiendo la mano para abrirla con curiosidad, pero la voz de Yon amenazando con llevarme y abandonarme a doscientos kilómetros de mi casa si se me ocurre poner un dedo en esa nevera hace que se me quiten las ganas.

—¿Qué más hay en la nevera?

—Agua.

—¿Y por qué no me dejas abrirla?

Creo que es un poco posesivo.

—¿Y por qué quieres abrirla?

Posesivo enfermizo.

—Para ver el sirope.

—¿Aún no te fías de mí?

Yo lo pienso un momento. Mi opinión no parece haber cambiado, así que, fiarme, me fio. Supongo entonces que querer ver el maldito sirope es un capricho.

Me acomodo otra vez en mi asiento y miro de nuevo a Yon. La camiseta que lleva parece nueva, y huele a nueva. Es blanca por completo, ni un dibujo, ni una marca. Quizá no quiera que piense que va haciendo publicidad mientras está conmigo. Por si acaso, le pregunto.

—¿Sueles preguntar todo lo que se te pasa por la cabeza? —me responde.

Sonríe y se ríe. Y yo pienso que no he visto chico más guapo en mi vida.

—No.

—No hago publicidad de ninguna marca. Solo cobro por las películas que hago.

—¿Y por qué no?

—Porque no voy a llevar ropa que no me gusta por ganar dinero que ya tengo, y no voy a cobrar por ponerme la ropa que me gusta.

—Eso tiene sentido.

—Denoto algo de sorpresa en tu tono.

—No, es solo... Pensaba que todos hacíais publicidad alguna vez.

—Si alguna vez hago publicidad de algo, no será de ropa.

—¿Ni siquiera de un perfume?

—De nada comercial.

—Los anuncios de perfumes son muy bonitos.

—Haría un anuncio de perfume si por cada perfume vendido se destinase una parte del dinero a ayudas humanitarias.

Esa confesión me deja algo trabada. Yon tiene un corazón demasiado grande para este mundo. Comprendo mejor ahora por qué está llevándome a comer un gofre al campo, y eso, no sé por qué, me desilusiona un poco.

—¿Soy una labor humanitaria?

La reacción de Yon es algo peculiar. Un segundo me mira alucinado y al siguiente se está riendo como un niño. Qué infantil. A mí no me hace gracia.

—¿Crees que estás aquí conmigo porque quiero hacer una obra de caridad?

Yo estoy a punto de decirle que no, por esa incredulidad marcada en su pregunta, que me hace sentir un poco subnormal. Pero no me da ni tiempo. Diría que frena en seco, por darle más dramatismo, pero tarda un minuto en detenerse en el arcén. Después me mira. Y eso ya sí que puedo llamarlo dramático.

Lo que te dije en el hospital era verdad, Daniela. Te dije que me gustabas. ¿Lo recuerdas? —Yo asiento, demasiado perdida en sus ojos como para hablar—. Bien. Si piensas por un momento que hago esto por ti, recuerda que el ser humano es egoísta por naturaleza si se trata de emociones. Un padre jamás matará a un hijo tetrapléjico por mucho que él se lo suplique. En la mayoría de los casos.

—No sé si es peor lo de la obra de caridad o eso...

—Es peor lo primero.

Vuelve a ponerse el cinturón y se incorpora de nuevo a la carretera. Se nota que es actor, le queda muy bien tanta palabrería.

—Dime, ¿qué estudias de música? —me pregunta tras un rato.

—Piano y violín —le respondo.

—¿Y no te ayuda nadie?

—Tutoriales.

—Estudias música a través de internet.

—Sí.

—¿Te aprendes de memoria cómo hacerlo o sabes leer las partituras?

—Ambas.

—¿Vas a responderme todo el rato con una o dos palabras?

Se ríe. Y yo le miro. La verdad es que no estaba prestando atención a la conversación en absoluto. Me parecía más interesante la montaña. Un accidente de la naturaleza de tamaño kilométrico, dos placas que chocan y se levantan. En este mundo hay pocas cosas que se lleven bien... Intento imaginar algo, objeto o ser vivo, que no tenga enemigos. Pero es imposible encontrarlo. Todos podemos destruir alguna cosa y ser destruidos. Dicen que el ser humano reina en la Tierra, por eso de ser inteligente. Pero yo creo que la Tierra puede mandarnos al Diablo cuando quiera, igual que en Pompeya.

—Lo siento. Eh... Normalmente me aprendo qué tecla de piano va después de la otra en una pieza, a menos que me guste mucho la partitura, entonces interpreto al compositor mientras la leo.

—¿Y el violín?

—Con el violín siempre leo. Se me da peor.

—¿Desde cuándo llevas tocando el piano?

—Desde que mi madre enfermó. Yo tenía nueve años, y creo que necesitaba distraerme con algo. Pero mis manos eran muy pequeñas y me frustraba. Echaba cada vez más horas y más horas al piano, y menos horas y menos horas junto a mi madre. Cuando murió, me compré un violín y pasé dos años sin tocar. Cat me pegó un tortazo cuando cumplí los quince. Ella tenía trece, pero siempre ha sido madura a su manera. Me dijo que abriera el maldito piano y le tocara algo, que le apetecía y yo tenía que contentarla, porque era más mayor y era mi deber cuidarla y hacerla feliz. Ya no lo volví a cerrar.

Sonrí, recordando aquel día. Mira que es persuasiva Caterina, y lista. Muy lista.

—Tienes una buena amiga.

Sí que la tengo.

Vuelvo a mirar por la ventanilla. Al cielo, hoy despejado y azul. Luz del sol dispersada por toda la cúpula que nos protege. Y pienso en lo irónico que resulta que las ondas de luz de menor longitud sean las que inunden el cielo de casi la mitad del planeta, mientras que las largas solo sirvan para indicarnos dónde se encuentra el sol. Es irónico porque lo pequeño hace algo grande. Pero es que el universo está plagado de ironías. Una en particular me hace sonreír. Y pienso en ella. En cómo un estallido hace miles de millones de años traería como consecuencia la mente pensante que lo descubriría. Gracias a casualidades, pequeñas casualidades que lo significaron todo. Casualidades que también han hecho posible que esté hoy aquí, a un año y medio de mi muerte, junto a Yon Malcolm.

Le miro, para asegurarme de que es, en efecto, Yon Malcolm y no estoy loca o soñando. Solo necesito fijar mi vista en los detalles para saber que estoy tan despierta como él. En sus ojos, fijos en la carretera, en su sonrisa *abieña*, en los suaves mechones de su pelo —más largo por arriba— que juegan con su frente. Y yo creo por primera vez que la suerte existe. Que, aunque mi realidad sea una mierda, soy una privilegiada en otras cosas.

—Nunca me he sentido intimidado con una mirada, pero, la verdad, me pongo bastante de nervioso cuando me miras tú —me suelta de repente.

Ha sido tan inesperado que no soy capaz ni de moverme. Solo siento mis mejillas arder y mi cuerpo removerse en el asiento. Pero en cuanto a mis ojos, nada. Estáticos. He perdido el control sobre ellos por completo. Y me cago en mis neuronas, que no están haciendo bien su trabajo. Les pido que espabilen, que unos segundos más y paso de curiosa a psicópata, pero no hay manera.

—Lo siento —son capaces de transmitir por mi boca.

Yon se ríe.

—Estamos llegando.

Vaya, eso sí que hace reaccionar a mi cerebro. Miro hacia delante y diviso, a lo lejos, un aparcamiento rodeado de árboles. En realidad, todo está rodeado de árboles. Me doy cuenta entonces de que llevamos en el coche casi una hora. Yo me pregunto en qué momento del trayecto ha venido el tiempo para robarnos los minutos, porque no lo he visto. Comprendo que ha debido de ser en alguna de mis meditaciones. Cat dice que me ausento y dejo de existir, que soy muy rara a veces.

Cuando aparcamos, Yon me mira.

—No estaba muy seguro de traerte hasta aquí. No hay hospitales cerca.

—¿Y entonces por qué lo has hecho?

—Porque tu doctora me dio permiso, siempre que llevaras tu bombona.

—Hablaste con mi doctora.

Yon sonríe y baja del coche. Se dirige a mi puerta para abrirme, pero cuando llega, yo ya he salido. Esperar es perder tiempo. Unos segundos al día al final hacen horas y las horas hacen días. En concreto, perder cuatro minutos al día de tiempo supone perder un día en un año. Parece poco, pero a mí no me sobran.

Trato de ayudarle con alguna cosa, pero él no me deja. Y saca del maletero mi bombona, de los asientos de atrás la nevera, de debajo de la nevera una manta suave. Yo le digo que no soy una floja, que me deje llevar algo, que me hace sentir enferma.

—De acuerdo, lleva la manta —me dice.

Y siento la tentación de mandarle a tomar por culo. Pero decido de pronto agradeceréselo

dignamente. Si él me ha concedido ese privilegio con sarcasmo, no seré yo quien le quite la importancia. Así que, con el mismo sarcasmo, cojo la manta como si fuera el único objeto importante de entre todos los que llevamos y comienzo a caminar. Porque a mí a ridícula no me gana nadie. Y dejo a Yon atrás con una sonrisilla divertida. Pero luego me doy cuenta de que no sé hacia dónde voy.

—Por aquí —me indica él, adelantándose.

Yo bufo y le sigo, colocándome a su lado. Y recorremos así en silencio un camino que se ha formado con las pisadas de tantos otros caminantes.

Después de veinte minutos, llegamos a un pequeño claro. La mayor parte de las personas continúan el camino, otros se han quedado atrás. No hay mucha gente, pero sí la suficiente como para hacer que Yon quiera evitar las miradas buscando un rincón solitario.

Y lo encontramos.

Extiendo la manta y me siento en ella, con cuidado de que no se me vean las bragas. Mala hora para ponerme un vestido.

Yon pone la nevera a un lado y mi bombona más cerca. Por si me ahogo.

—Bueno, ya me tienes aquí. ¿Y ahora qué? —digo.

Yon se sienta a mi lado.

—Ahora el gofre que no te terminaste.

Abre la nevera y me da lo que supongo que es el gofre envuelto en papel de aluminio.

—Y el sirope —le indico, que parece que se le ha olvidado.

Él sonríe y obedece, bien entregado a su cometido, que no sé muy bien cuál es, a decir verdad. Pero luego pienso que soy yo la que le ha propuesto vernos, aunque fuera para el fin de semana y no hoy, y creo que podría estar él igual de perdido. Pero es listo y no pregunta, porque seguro que lo sabe mejor que yo.

Cuando doy el primer bocado al gofre encuentro que está caliente. Me sorprende, teniendo en cuenta que estaba en una nevera.

—No es una nevera.

Vaya, ahora escucha lo que pienso. Ya no estoy a salvo.

—¿Y el agua?

—Es agua caliente. Para té. ¿Quieres uno? —me pregunta, mientras se sirve en un vaso de cartón el agua y echa una bolsita de té blanco.

Yo creo que no pega mucho con el verano. Esperaba más bien algún refresco. Pero le pregunto que si tiene por ahí una manzanilla, por eso de los nervios. Él sonríe y me la sirve. Parece que hoy ha nacido para contentarme y obedecerme en todo. Podría probarle, a ver hasta dónde llega su condescendencia. Pero, en lugar de eso, sigo comiéndome el gofre.

Él mira al cielo mientras bebe su té. Se ha puesto gafas de sol, y a mí me da rabia. Porque sus ojos son muy bonitos. Y porque así tiene un aspecto muy chulesco. Muy de engreído, aunque no lo sea. Eso me pone nerviosa, porque su carisma me supera y siento una extraña inferioridad. Con sus ojos libres apreciaría mejor su humildad, que le rebaja un poco los humos a un ser mortal corriente.

—¿Puedes quitarte las gafas? —le pido.

—¿Por qué?

Vaya, en esto no obedece tan rápido.

—Porque estoy incómoda.

—¿No te gusta que las personas lleven gafas de sol?

—No me gusta que tú las lleves.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo mirarte a los ojos.

—¿Y qué tiene de malo?

Me está desafiando, esperando que responda algo que quiere escuchar. Si supiera qué es ese algo, con gusto se lo negaría. Pero, como no lo sé, no tengo más remedio que seguir respondiendo a su desafío.

—Me haces sentir inferior.

—Y mis ojos borran esa sensación.

—Sí.

—¿Qué tienen mis ojos?

—Tu personalidad.

—Si no me hubieras podido mirar a los ojos, ¿no habrías aceptado pasear conmigo la otra noche?

—No.

—¿Tan expresivos son?

—Los ojos son la expresión de todas las caras.

—Pero si sonrío, no hace falta que veas mis ojos.

—Sin tus ojos, no sé si estás sonriendo de verdad o si es una sonrisa sarcástica.

—Bien. —Se quita las gafas y me mira fijamente—. ¿Así mejor?

Yo estallo en un sonrojo exagerado. Y él sonrío. Le empujo mientras miro hacia otro lado, sabiendo que, precisamente, era eso lo que buscaba de mí.

El gofre ha ido a parar a tomar por culo. Me levanto para recogerlo y poder lanzárselo con rabia, porque ya me da igual que tenga sirope o que no, que le llene la cara de mierda o que no. Ha buscado mi humillación y exijo venganza.

Pero justo cuando voy a cogerlo, él lo lanza a unos metros de una patada, haciendo que cinco o seis pájaros que parloteaban a nuestro alrededor vuelen directos a ese manjar.

—Eres un tramposo.

Qué infantil ha sonado eso.

—Me lo dejas muy fácil, Daniela.

—Estoy enferma, ¿no te da vergüenza?

Pero no parece que se la dé. Me coge de la mano y me lleva otra vez a la manta suave. Yo me dejo llevar, porque no soy de piedra y Yon es Yon. Y me alegra que le importe una mierda mi enfermedad, porque eso significa que me trata como si fuera una persona corriente.

Cuando estamos otra vez sentados, me clava la mirada de nuevo. Esta vez estaba preparada, así que se la aguanto como buena guerrera. Mis pulmones se quejan un poco, pero sin armar mucho escándalo, porque saben que les callo de una leche en este momento.

—¿Puedo preguntarte algo sobre ello? —me dice.

—Sí.

Él se queda un rato pensando.

—Estás muy tranquila.

—¿Tranquila?

—Sabes el tiempo que tienes, pero no parece importarte. ¿Cómo puedes vivir con ello así, como si no pasara nada?

—¿Y qué quieres que haga? No puedo cambiarlo.

—¿No tienes miedo?

—Miedo, rabia, tristeza. Pero si hago caso a esos sentimientos, me perderé otros mejores. Prefiero centrarme en lo bueno.

Yon resopla, se pasa la mano por el pelo y mira hacia los pájaros que devoran el gofre. Los mechones que se ha echado hacia atrás empiezan a caer suavemente de nuevo.

—He crecido prácticamente con la muerte en mi vida —le digo—. Y con la certeza de que, tal vez, me tocara vivir lo mismo que a mi madre. No ha sido algo inesperado. Tu realidad es llegar a anciano, vivir noventa años quizá. La mía nunca ha sido esa. Aunque esperaba haber podido llegar a los treinta. —Me río, pero Yon no—. Si llegara un extraterrestre con una esperanza de vida de mil años y te dijera que cómo puedes vivir sabiendo que solo tienes setenta por delante, ¿qué le responderías?

Yon me mira. Sabe que es una pregunta retórica, así que no responde nada. En cambio, comprende mejor.

—Siento haber sacado este tema —me dice.

—No importa. Has preguntado por mi realidad. Me debes una respuesta sobre la tuya. Pero no te la haré por ahora, no quiero malgastarla.

—¿Sobre la mía? ¿Sobre mi realidad como actor?

—Sí. Y una vez que te la haga, nunca más volveremos a hablar ni de la mía ni de la tuya. ¿Trato hecho? —digo, y le tiendo mi mano.

—De acuerdo —responde, y me la estrecha, con una sonrisa que brilla más que el sol de este día despejado de julio.

No tienes muchas más amistades que yo —me dice Yon.

Son las nueve de la noche, aunque sigue siendo de día. Es la suerte de estar en verano. Los días son más largos y puedes disfrutar más de ellos. Aunque ni Yon ni yo somos conscientes de la hora. Hemos hablado y bebido té y manzanilla hasta agotar el agua caliente. Como consecuencia, él está alterado y yo embobada. Pero tratamos de equilibrarnos entre nosotros.

Estamos hablando sobre las pocas —ninguna— personas que he conocido en mi vida y los pocos —Cat y mi padre— amigos que tengo. Creía que Yon me relataría historias sobre un mundo de amistades enorme, pero no parece muy convencido de tener un entorno mayor que el mío. A mí me sorprende.

—Solo tengo un amigo al que confiaría mi vida.

—El chico del club.

—Rob.

Estamos tumbados en la manta, como favor a nuestras espaldas, que ya gritaban desesperadas que les diésemos descanso. Mira que los músculos se quejan a veces con ganas. A mí poco más y me tiran al suelo. Aunque, claro, tengo manzanilla hasta en las uñas.

Trato de recordar al chico que tenía Yon junto a él la otra noche. Ese al que Cat le quiso dar mi cámara para que nos sacara una foto. Pero por mucho que trato de ponerle cara, no puedo. Me pregunto cómo debe de ser eso de ser amigo de un famoso, de que nadie te preste atención en su compañía. Entonces comprendo que por un amigo de verdad nunca se siente envidia ni celos, sino felicidad por lo bueno que le suceda. Y sé por qué Yon solo le considera a él amistad verdadera.

—Le conozco desde los ocho años.

—Pero tienes más amigos.

—Pero ninguno como él.

—Te tienen envidia.

—Si te digo que sí, ¿lo tomarás como algo prepotente?

—Podré soportarlo como comentario sincero.

Yon sonrío y me concede la respuesta con exagerada humildad, para que quede claro que no lo dice su yo engreído.

—Pero tendrás amigos en otros círculos que no tienen por qué tenerte envidia.

—¿Amigos que compartan mi trabajo?

—Sí.

—¿Esa es tu pregunta sobre mi realidad o tengo que tomarla como pregunta corriente sobre el trabajo de una persona corriente?

—Lo segundo.

Me muerdo el labio de abajo para cortar la sonrisa que se esfuerza por escapar. Mira que es rebelde. Lleva así toda la tarde.

Yon sonrío y me mira. Y me doy cuenta de lo cerca que está. Me alejo un poco. Él lo nota, pero

parece divertirle mi inseguridad, mi recelo, o algo parecido.

—Esas amistades suelen fluctuar bastante —me responde—. Es como cambiar de trabajo cada siete meses. Tal vez duren un tiempo pasado ese período, pero unos meses a veces no es suficiente para fijar unos lazos fuertes de amistad, y acaban desapareciendo.

Entiendo lo que me dice, aunque nunca lo he vivido. Viví, sin embargo, mi corta época en el colegio. No conservé ni una de las pocas relaciones que tuve, y eso que pasé algunos años allí. Me pregunto si habría conservado a Cat si la hubiera conocido en el colegio, en vez de como vecina. Pero, siendo dos años mayor, dudo que hubiera tenido esa posibilidad. Y pienso de nuevo en las casualidades, que, en ocasiones, lo significan todo. Si los padres de Cat hubieran decidido en el pasado comprar un piso en el edificio de al lado, ahora yo estaría sola con mi padre y jamás habría conocido a Yon. Yon es fruto de la decisión de los padres de Cat. Aunque podríamos remontarnos más atrás en el tiempo. Podríamos hablar de la decisión de construir ese edificio, de la decisión de mis abuelos paternos de comprar el sexto A, de la decisión de los anteriores dueños del sexto B de comprar el sexto B y de su decisión posterior de venderlo. Podríamos hablar también de mi nacimiento. De haber nacido un día antes o después, no habríamos salido la otra noche. Yon es la suma de todo eso. O quizá todo eso es el resultado de conocer a Yon. Si el destino existe, se abre camino como puede.

—¿Nunca has conocido entonces a ningún chico? —me pregunta de repente.

—En el colegio, niños de mi clase.

—¿Y no te gustaba ninguno, Daniela?

Yo me giro hacia él e intento mantener mi postura. La manzanilla sigue aplacando mi cerebro, conteniendo los nervios. Cuando desaparezca, parecerá el disparo de salida de una carrera de sensaciones. Quizá llegue primero la vergüenza, aunque esa la mantiene bastante bien a raya el subconsciente desde que se fue aquel día. Yo creo que ganará la timidez y hará que me encoja.

—No —respondo—. No sé lo que es eso.

La voz se me corta.

Yon también se vuelve hacia mí.

—¿Y qué sientes ahora?

—No lo sé.

No lo sé. ¿Qué siento? Siento algo, cosquillas por la nuca. Puede que estemos tumbados encima de un hormiguero. Estoy tentada de mirar, pero luego pienso que me da igual, que los ojos de Yon son demasiado importantes como para preocuparme por bichos entre mi ropa.

—No voy a besarte, Daniela —me dice. Pero está muy cerca de mí. Parece una amenaza, más que una advertencia.

—¿Por qué no? —respondo, casi sin voz.

—Porque estamos a decenas de kilómetros del hospital más cercano —me susurra.

—Eso sí que es un poco prepotente.

—Anteayer se te cortó la respiración cuando te miré.

—Ya estoy curada de eso.

Yon sonríe como solo él lo hace. Y mis pulmones le dan la razón al unísono y me suplican que mantenga su lengua quietecita en su boca y que no le provoque, que me mandan derechita a la morgue. Y yo tengo que obedecer, no vaya a ser que se amotinen.

—Tampoco quiero que me beses —le digo.

Vaya, parece que la manzanilla se ha ido y ha ganado el orgullo. Vergonzosa derrota para la timidez, que creía que sería la vencedora. Las mujeres debemos apoyarnos, maldita debilucha. Levanta y pelea por tu sitio.

Yon se ríe ante mi comentario.

—Y yo que creía que eras todo ternura —me dice—. También tienes tu mala leche. —Se ríe otra vez y me mira tan intensamente como lo hizo en la cafetería—. El primer beso no puede darse a la ligera, Daniela. ¿Y si solo quisiera aprovecharme de ti?

—Para eso están los ojos.

—¿Crees que con mirarme a los ojos sabes seguro cómo soy y mis intenciones? Soy actor. Podría engañarte.

—En todo caso solo sería un beso.

Yon suspira. Y me mira los labios. Yo me alejo un poco, porque no quiero morir aún y él tiene razón: mi respiración se está agitando solo de pensar en ese beso.

—Es tarde —dice—. Te llevaré a casa.

Y me lleva a casa.

Y yo le miro un segundo antes de bajarme del coche. Porque no sé qué sucederá ahora. No sé si él querrá verme de nuevo. No sé si puedo volver a molestarle por teléfono. No sé si tengo que esperar a que él me hable.

Pero cuando se baja para ayudarme con el carrito y fija sus ojos en los míos, yo sé que esto no ha terminado.

—Hasta mañana, Daniela —me dice, sonriendo.

Y yo también sonrío.

Cat no deja de preguntar gilipolleces.

—¡Y yo qué sé hacia dónde miraban sus rodillas!

Ella dice que sabe mucho de lenguaje corporal, que cuando uno se sienta, inconscientemente, sus piernas se dirigen hacia la persona u objeto de su interés.

—¡No estás pensando!

Pongo los ojos en blanco. Esta chica es tonta.

Mi padre llama a la puerta de mi habitación para avisarnos de que ya está la cena. Hoy comerá con nosotros Cat, porque sus padres están cenando fuera. Ella se alegra, porque así podrá seguir interrogándome sobre todo lo sucedido durante la tarde. Yo le digo que como se le ocurra decir alguna tontería delante de mi padre le lanzo un tenedor al ojo, pero ella nunca se toma en serio esa clase de amenazas. Ni esa ni ninguna.

La cena pasa, por suerte, sin nada que lamentar. Solo en una ocasión me pregunta mi padre por Yon. Yo le digo que me lo he pasado bien y que es un caballero. Cat se ríe y casi se ahoga, y se le quitan las ganas de volver a reírse en toda la velada.

Cuando terminamos de recoger y de fregar los cacharros y el agua derramada en el suelo por tirarnos los estropajos, mi padre se encierra en su biblioteca y nosotras en mi habitación de nuevo. Entonces Cat me dice indignada que Yon debería haberme escrito antes de irse a dormir.

—¿Para qué?

—Pues no lo sé. Para desearte buenas noches.

Yo creo que es una sandez, y se lo digo. Pero ella sigue enfurruñada. Y cuando le digo que no importa, que le escribiré yo, ella me etiqueta de loca y retrasada y me arranca el móvil de la mano, por si acaso. Y ya sí que no entiendo nada.

—Pero si dices que debería haberme escrito. Entonces a lo mejor lo piensa él también, ¿no? ¿Por qué él sí puede y yo no?

—Porque él es el chico. Tú no lo entiendes.

No, definitivamente no lo entiendo. A mí me parece que cualquier persona debería poder escribir a otra, y creo que Cat está muy chapada a la antigua.

Cat mira el móvil y su expresión cambia. A mí también se me cambia la cara, porque no sé qué le pasa y temo haber hecho algo mal. Pero ella se echa a reír un segundo después. Luego me llama a mí loca.

—¿De qué te ríes?

—¿Por qué coño siempre tienes el móvil en silencio?

Me enseña la pantalla. Un mensaje de Yon. Mi corazón palpita, como si quisiera decirme que está ahí, que no ha volado, que lo use. Cat me lanza el móvil y yo leo.

*Me ha encantado estar contigo esta tarde, Daniela. Espero que podamos repetir pronto. Buenas noches.*

Cat me pregunta que qué me dice. Ha tenido la amabilidad de darme privacidad para leer el mensaje. Pero, pasado el tiempo de cortesía, nada le impide ahora entrometerse, como siempre. Ella es así.

—Pues... —Se lo enseñó—. Que buenas noches.

Está bastante bien resumido para ser yo. Pero Cat siempre sabe llegar más allá. Además de especialista en lenguaje corporal, es también especialista en los textos escritos entre líneas. Ella dice que lo importante es lo que no se ve. Yo sigo sin entender nada.

—Quiere volver a quedar —me dice con seguridad.

—¿Y qué le digo? ¿Le propongo un día?

—No. Él te ha hablado entre líneas. Ahora tú le respondes entre líneas.

A mí esto me parece cada vez más complicado.

—Dile que tú también, que buenas noches. Así lo dejas en su tejado.

—Vale.

*A mí también, Yon. Buenas noches.*

Ya está. Cat asiente, y yo le doy a enviar. Y creo por primera vez que Yon tiene dos frentes abiertos. Que en persona soy yo, y que por mensaje es Cat. Y que debería ser yo siempre. Pero no tener experiencia con los chicos me hace sentir insegura. Porque Yon me gusta y no quiero espantarle.

Cat apunta que estas cosas dan igual, que lo importante es que me muestre siendo yo misma cuando esté con él. Que los mensajes y el teléfono es lo más frío del mundo y que nadie en su sano juicio tacharía a una persona de esto o lo otro solo con hablar a través de ese cacharro del demonio.

Yo me quedo callada. Y las palabras “ser yo misma” me persiguen hasta por la mañana. Me pregunto si mi personalidad será suficiente para satisfacer las expectativas de Yon. Y entonces comprendo por qué hay personas que se muestran diferentes cuando están junto a otras. Es por culpa de la inseguridad. Cuando la inseguridad campa libremente por nuestra cabeza, se pone guantes, coge un pico y un martillo, y empieza a trabajar en nuestro yo interior para moldearlo al antojo de nuestro acompañante. La inseguridad es una pendeñera. Todos deberíamos mantenerla a raya, en una celda de las profundidades de nuestra consciencia, custodiada por la valentía y la sinceridad. La inseguridad es uno de los grandes males de este mundo.

Miro la hora. Son las siete. Cat se marchó a la una, y yo no he dormido desde entonces. Así que me giro hacia la pared y me acurruco. Y pienso que Cat tiene razón cuando dice que meditar hace que me abstraiga.

Cierro los ojos y duermo.

No tengo noticias de Yon en todo el día. Que me dijera “hasta mañana” no tiene por qué significar que me vaya a hablar. Así que dedico mi tiempo a tocar el piano mientras mi padre lee, y a pasear por el barrio, sin pensar mucho en ello. Cat pasa el día en la universidad y, como no tengo amigos, no tengo más compañía joven con la que poder pasar el tiempo, así que camino sola, que tampoco me importa.

El cielo está azul. Es un día de verano con todas sus letras. Hay niños jugando en los parques y las terrazas están llenas. Los botellines van y vienen. Yo sonrío ante la luz de este mundo tan bonito. Para mí, tiene otro color. Tiene otro color desde hace cuatro días. Y cuando me siento en un banco para mirar a las personas que siguen sus propios caminos, a las nueve de la noche —aún de día—, pienso que, aunque Yon no me vuelva a hablar ni vuelva a verme, ese color permanecerá para siempre.

Pero entonces cometo un error. Un error de principiante en esto de los chicos. Mirar las redes sociales para saber qué ha estado haciendo hoy. Tiene fans muy psicópatas que siguen de cerca sus pasos. Tan de cerca, que casi puedo ver la lengua de Sveta Petrov en su campanilla. Una foto y el día se vuelve un poco más gris.

Vaya, eso no me lo esperaba.

Un sentimiento nuevo se abre paso hasta mi garganta. Por un momento pienso que voy a devolver, pero me doy cuenta de que no es más que una sensación. Y comprendo entonces de dónde viene la expresión *un nudo en la garganta*, porque es como un nudo.

Tengo que hablar con Cat. Porque no entiendo qué me pasa. Al fin y al cabo, conozco a Yon de un par de veces. No debería importarme tanto. Ese nudo no debería estar ahí, porque es un desconocido y los desconocidos dan igual. Pero cuando le pregunto a Cat por la noche, ella opina lo contrario.

Me sienta a mí en su cama y ella se hace una bola, como siempre, en el suelo. Y me mira desde ahí. Estaba estudiando y la he interrumpido. La he prometido que sería corto. Ella ha aceptado y me ha dado cinco minutos antes de que me eche a patadas. Porque Cat me quiere mucho, pero también quiere a su futuro. Y hoy es día de futuro.

—Que se bese con quien quiera. Te dijo que era una farsa. Y es normal que te queme verle con otra. A ti te gusta, te interesa. Eso no tiene nada que ver con el tiempo que hace que le conoces.

—Pero a mí no me gusta que se bese con esa modelo.

—¿Qué más da? En la película que está grabando ahora también se besa con otra chica. Mientras sea todo falso...

A mí no me convence mucho eso. Porque una cosa son escenas y otra cosa es ir en la vida real paseando y morreándose con una rubia. Yo supongo que Cat puede soportar muchas cosas, porque es más desinhibida y loca. Pero yo no.

Cuando salgo de su casa y entro en la mía después de que me dé un beso en la frente y me asegure que nos veremos mañana, me dirijo al sofá y me pongo a pensar.

Cat está segura de que me hablará. Yo no lo estoy tanto. Y tampoco estoy segura de si quiero. Pero una parte de mí mantiene una pequeña esperanza. La esperanza de que él no será tan famoso y yo no seré tan moribunda.

Me envuelvo en una manta y espero que mi padre salga de la biblioteca para cenar.

Llega el fin de semana más rápido de lo que solía llegar antes de conocer a Yon. Ahora todo parece más acelerado, porque para mí ya no pasan los días sin más. Para mí los días tienen ya un significado mayor. He pensado durante este tiempo en lo que hablé con Cat, y mi mente se ha abierto un poco. Porque los ojos de Yon están muy clavados en mi memoria, y su retrato sigue en un cajón de mis recuerdos, a buen recaudo, desde que lo trazara en el hospital. No puedo evitar mirarlo cada noche cuando me voy a dormir. No tengo necesidad, porque podría verle en cualquier momento en cualquier película. Pero ahora que conozco a Yon Lizarraga, he perdido interés por Yon Malcolm, ese que se besa con una rubia por las calles.

No me ha hablado ni una sola vez desde que nos despedimos. Estoy bastante segura de que no volveré a verle, de que es demasiado importante, de que ha preferido dejarme a un lado en su vida. Cat sigue opinando lo contrario, Cat opina que le gusta mucho, aunque no tenga tiempo para mí, pero sí para Sveta Petrov. Dice que la vida de actor debe de ser difícil. Yo creo que podría haber buscado un hueco, igual que lo encontró para llevarme al bar y al campo. Y se me ocurre que, tal vez, hiciera algo mal.

—Tú no hiciste nada mal —me dice Cat mientras tomamos un café en el bar de la esquina—. Debe de estar muy ocupado.

Cat me ha prohibido mirar noticias de Yon Malcolm. Pero yo sé que sigue viéndose con la rusa. Recuerdo las palabras de Yon sobre sus relaciones. Pero los besos son besos. Y aunque sea una farsa, eso que se lleva la modelo. Un beso que a mí no quiso darme.

Cuando Cat me dice que no se ha acabado aún, recuerdo los ojos de Yon sobre los míos antes de despedirse de mí. Y recuerdo que pensé lo mismo. Pero el tiempo distorsiona las vivencias. El tiempo a veces te jode los recuerdos. Y lo que veías claro en un momento deja de verse tan claro pasados los días. Quizá Yon no me miró con tanto interés. Quizá Yon se despidió sin más, como quien se despide de una amiga. Yo se lo digo a Cat.

—Si lo sentiste así en su momento, es porque fue así. Hoy vamos a salir. Es viernes y necesitas distraerte.

—No quiero salir.

—No te amargues tanto, que él está bien contento.

Vaya puñalada. La madre que la parió.

—Eres bipolar.

—Que le gustes y no tenga tiempo de hablarte para verte no significa que esté llorando en su casa. Así que tú hoy cenas y sales.

Y no hay persona en el mundo que pueda disuadirla.

Volvemos a lo mismo. Pero esta vez no llevo vaqueros. Esta vez Cat me ha obligado a ponerme como una puta, según dice. Otra vez faltando a las de nuestro género, a mí me pone de los nervios. Pero ella dice que es objetivo, que las putas llevan poca ropa y como a mí casi se me ven las bragas, se me puede comparar con ellas. Yo me quejo, me siento incómoda. Me he puesto eso para que se calle, pero me he llevado en el bolso unos pantalones. Como el vestido es tan corto, puede pasar por camiseta. En un momento iré al baño y las lentejuelas negras dejarán de ser el centro de atención. Pero primero tengo que librarme de Cat.

Entramos a la discoteca con las miradas de todos los chicos que pasamos puestas en nosotras. Mi bombona está en su coche. Mi padre nos ha dejado salir con la condición de que no bebamos y llevemos coche para llevar la bombona. Yo le había suplicado con la mirada que no me dejase salir, pero mi padre es muy corto de miras. No se ha enterado de nada. Es imposible negar que soy hija suya.

Cat se acerca a la barra con su pelazo blanco para pedir un reservado. Y ya se ha ganado al camarero, porque ella es así. La música me agobia un poco, y los pulmones se ponen a bailar. Yo los freno, que aún queda mucha noche. Pero cuando veo a lo lejos la figura de Yon con su amigo en un rincón, los pulmones ya tienen vida propia. Yo cojo a Cat del brazo y me cago en su puta madre, con todo el respeto para su madre.

—Relájate. Lo he hecho por ti.

Por mí. La mato. Le digo que me dé las llaves del coche, que me voy a encerrar en él. Pero ella se ríe, me pregunta si estoy bien y me lleva al centro de la sala.

—Están preparando el reservado —me dice, gritando en mi oído—. Si puedes respirar, respira y baila. Vamos a llamar la atención de ese gilipollas.

Cat lleva llamándole gilipollas desde el primer día que no me habló. Gilipollas por retrasar lo inevitable, dice. Porque sabe que me habría vuelto a hablar. Pero ahora quiere acelerar los acontecimientos, dándole una hostia. Por eso se ha pasado el día entero en las redes sociales hablando con los psicópatas de Yon para saber dónde estaría esta noche.

Yo no puedo evitar sonreír. Puede que me dé un ataque a los pulmones y me muera hoy, pero decido que divertirme es una forma de morir bastante apetecible. No se me da bien bailar, pero para moverme un poco no es necesario saber, y Cat me coge y damos vueltas como tontas. Y yo me río de su idiotez. Me da vergüenza, sin embargo, porque nos mira mucha gente, porque Cat llama mucho la atención. Llama tanto la atención, que Yon no tarda en vernos.

Y comienza a acercarse. Y entonces yo salgo corriendo, como la primera vez. Cat trata de sujetarme, pero no llega a tiempo. Me insulto a mí misma por seguirle la corriente. Ahora me quiero meter debajo de una piedra y no moverme nunca más.

Me falta la respiración. Salgo a la calle y trato de inhalar el aire limpio. Y camino hasta el coche, para quedarme junto a él hasta que Cat quiera venir. Me quito los tacones y corro. Entonces pienso que es un poco dramático e infantil. Pero eso no hace que pare. Lo que hace que pare es

una mano aferrada a mi brazo.

Que no sea él, que no sea él, que no sea él.

Es él.

—Pero ¿adónde vas? —me dice.

Yo alzo mis ojos hacia los suyos.

—Tengo que... ver el coche. Lo tenemos... lo tenemos mal aparcado.

Yon se ríe y no me suelta. Porque sabe que en cuanto lo haga, saldré corriendo otra vez. Es muy listo.

Miro sus labios y recuerdo a la Petrov. Eso me hace volver a forcejear.

—Vale, te suelto. Si me dices qué te ocurre. ¿Es porque no te he llamado?

—No.

No es por eso.

—Quería llamarte. Pero tenía la sospecha de que habrías visto mis salidas con Sveta. Y no sabía bien cómo dirigirme a ti.

—No tienes que darme explicaciones.

No tiene por qué dárme las.

—Entonces las has visto.

—He visto... cosas.

Tu lengua en su boca. Qué descaro.

—Es complicado.

—Lo entiendo.

Se le ve la culpabilidad en la cara.

—Supongo que no querrás quedarte y permitir que te invite a algo. A ti y a Cat.

—No me gusta la discoteca.

—Podemos ir a otro lado.

—Tengo que cambiarme.

—No tengo problema en esperar.

Me mira de abajo arriba y sonrío. Sé qué piensa que estaría mejor sin ponerme otra cosa, pero no dice nada. Solo me suelta suavemente.

—Como amigos —le digo. Que le quede claro que ya no quiero que me bese ni nada.

Y él frunce el ceño. Pero acepta, porque no le queda otra. Y volvemos a la discoteca para buscar a su amigo Rob y a Cat. Él se tapa un poco cuando atraviesa la sala hasta la barra, porque no quiere llamar la atención ni que le molesten. Encontramos a ambos al final, hablando amigablemente. Yo tengo la sensación de que Cat ha encontrado otra víctima a la que atacar. Le dirijo la mirada de *odierer* que ella me echó la última vez. Porque es el amigo de Yon, y si él se interesa por ella y luego le rompe el corazón, Yon y yo ya no podremos comenzar ninguna amistad. Pero a mí no me sale tan bien esa mirada, y ella pasa de mí como si la estuviera mirando un ratoncito de campo. No intimidó una mierda. Bueno, excepto a Yon. A Yon sí que le intimidé cuando nos conocimos. Y me siento muy orgullosa de ello.

Le digo a Cat que me voy al baño a cambiarme en cuanto llegamos a su altura. Ella no quiere que lo haga, pero a mí me da igual lo que diga. Y me cambio mientras ellos esperan. Yo temo lo que pueda decirle Cat a Yon, que se le va mucho la lengua a veces. Al menos hoy no ha bebido y se puede controlar mejor. Que con el alcohol su lengua se mueve sola. De todas formas, me doy prisa, y enseguida vuelvo con ellos, con vaqueros y vestido-camiseta.

Y me presentan formalmente a Rob.

—Encantada.

Y ahora sí le observo detalladamente, no como la otra noche, que no habría podido decir ni siquiera si era rubio o moreno. Es rubio. Ojos claros. Moreno de piel. Parece un maldito modelo o un surfista. El prototipo de Cat, vamos.

—¿Queréis venir a nuestra casa? —propone—. No hay muchos sitios tranquilos que abran hasta tarde. A esta hora solo hay discotecas y pubs.

Vaya, viven juntos. Pero mi cabeza no se centra en ese dato, mi cabeza se centra en la invitación a su casa. Mala idea. Cat y yo respondemos al unísono. Pero respondemos dos cosas absolutamente opuestas. Eso hace que ellos sonrían y se centren en mí, la de la negativa, para tratar de convencerme de lo contrario.

—No vamos a hacer nada —dice Yon, divertido—. Si has subido a mi coche, podrás hacer lo mismo con mi casa, ¿no?

Yo sigo sin verlo claro. Pero termino aceptando, por Cat, como compensación por mi huida de la otra noche. Y los cuatro quedamos en la esquina de la calle con nuestros respectivos coches. Yon nos ha hecho salir primero, porque no quiere líos, y si un fan le pillaba saliendo de la discoteca con un amigo y dos chicas, revolucionaría las redes por infiel. A mí eso me sienta como una patada en el culo.

Yon lleva su coche, así que me resulta sencillo reconocerlos. Y pronto estamos de camino, siguiéndoles. Cat loca de entusiasmo, porque va a pisar la casa de Yon Malcolm. Yo nerviosa, porque vamos a estar solas con dos chicos que apenas conocemos.

La casa de Yon y Rob es un pedazo de ático loft en la zona más cara de la ciudad. Yo creo que es imposible tener intimidad ahí, porque sus habitaciones —a la derecha de la puerta de entrada— son dos camas separadas por biombos. Deben de ser como hermanos, si no, dudo mucho que pudieran vivir a gusto en semejantes condiciones.

En el otro extremo del loft está el rincón de la cocina con una isla y el rincón de los sofás, más grandes que mi salón, con una televisión que parece un cine. Me hace gracia que tengan también varias consolas y videojuegos en el mueble de abajo, porque les hace más humanos.

Pero lo que más llama mi atención no es nada de eso, ni siquiera el pedazo de gimnasio que tienen montado en un rincón del extremo opuesto a la entrada. Lo que más llama mi atención son las enormes cristalerías que conforman la pared del fondo, a lo largo de todo el loft. De día, ese ático debe de ser solo luz.

Cat y yo nos quedamos pasmadas por la inmensidad del espacio, porque los techos son altísimos y no hay ni un solo muro. Parece un pabellón de baloncesto.

De repente, de la nada, aparece un pastor alemán enorme. Cat se esconde detrás de mí, esperando que la efusividad del perrito no llegue hasta ella. Yo, sin embargo, sonrío. Y, cuando se acerca a nosotras —después de saludar a sus dueños— para olisquearnos, lo acaricio detrás de las orejas. Él me lame la mano, yo miro a Yon divertida, encontrando en sus ojos una ternura y curiosidad que hace que me sonroje.

—Disculpad, Rock es muy intenso —dice Rob, alejándolo de nosotras.

Yo dejo entonces la bombona junto al sofá. Rob ya sabe que tengo FPI, debe de habérselo contado Yon. Eso quiere decir que hablan de mí, dice Cat entre susurros. Yo le digo que se calle y que nos vamos en cinco minutos. Y ella se ríe, porque aún son las once y media, y tenemos permiso para estar hasta la una, que para eso se ha molestado en hablar con mi padre para rascarle minutos al reloj de Cenicienta. Ahora entiendo su insistencia.

—¿Queréis algo de beber? —ofrece Rob.

—Podéis sentaros —dice Yon mientras se dirige al frigorífico.

—Cualquier refresco nos vale —respondo.

Cat se sienta, con Rock rondando por su zona, y yo me dirijo a los ventanales. La ciudad entera puede verse desde ese decimocuarto piso. Y me doy cuenta entonces de que esa parte del loft está reformada.

—Era una terraza —dice Yon detrás de mí. Yo pego un salto del susto. Maldita sea, va a ser verdad que me lee la mente. Eso o que me ha visto mirar meticulosamente el suelo y el techo.

—¿Por qué la cerrasteis?

Me da un vaso de lo que parece algo de naranja con hielo. Yo lo huelo antes de beber, y Yon se ríe.

—Es zumo.

—Oh.

Zumo con hielo.

—La cerramos para montar el gimnasio.

Mirando detalladamente el gimnasio, entiendo por qué están los dos tan buenos. Trabajan para eso. Me pregunto si Yon se cuidaría tanto de no ser actor.

—¿Mereció la pena?

—Tenemos las mismas vistas. Por eso dejamos las cristaleras. No hemos perdido nada.

—Habéis perdido la opción.

—¿La opción?

—Cuando cambias algo, siempre se pierde otra cosa. Vosotros habéis perdido la opción de salir a una terraza de un ático. Pero habéis ganado un gimnasio.

—¿Crees que hicimos mal?

—No, pero en algún momento lo pensaréis. Porque, aunque no usemos algo que tengamos, al menos tenemos la posibilidad de usarlo, y eso es lo que provoca el consumo.

Yon sonrío.

—Vivimos con posibilidades.

—Yo tengo una cinta de correr en casa. No la uso, pero al menos tengo la opción de usarla —agrego, como ejemplo claro de estupidez humana.

Yon se sitúa junto a mí y admira la ciudad. Y puede que él piense en lo injusto que es que yo vaya a morir tan joven, en lo que podríamos haber sido en otras condiciones —poniéndome un poco en modo egocéntrico engreída—, pero sus ojos no muestran más que calma, paz y dicha. Si Yon está pensando en mi desgracia, su expresión, al menos, no lo revela. Y eso me hace estar tranquila y me deja ser yo misma, no esa que quiere que todos la vean bien para que no sientan lástima. Yon es como mi padre y Cat. Yon no es como esos niños del colegio que me miraban con ojos compasivos por la suerte de tener una madre al borde del precipicio. Yon es hogar.

Le miro y él me mira.

Y entiendo entonces la expresión de que el mundo se detiene. Porque cuando sus ojos se fijan en los míos, el planeta entero deja de girar. El tiempo no existe. Podría jugarme la vida por que el sol no saldrá más, por que ya siempre será de noche, ya siempre será ese instante. Cat y Rob no volverán a moverse del sofá. Ese pajarillo posado en la barandilla del balcón vecino no volverá a pitar. Ese taxi que aparecía por la esquina ya no llegará a su destino. Pero nosotros podremos vivir. Vivir infinitamente en ese momento.

—Nunca me había importado salir con chicas por publicidad —me dice de repente—. Nos usamos mutuamente y disfrutamos aun así de la relación. Somos jóvenes. —Se queda pensativo, después sonrío, algo tímido, y yo es que con esa cara de niño regañado no puedo—. Quizá es algo frío lo que acabo de decir. —Se pasa la mano por el pelo. Creo que lo hace cuando no sabe bien cómo expresarse—. Pero te conocí y vi algo real. —Me mira de nuevo, tan intensamente que se tiñen de rojo hasta mis orejas—. En el hospital te dije que me gustaría acompañarte hasta que te marches. —Otro con marcharme. La palabra *muerte* parece dar miedo a las personas—. Y después... me despedí de ti cuando te dejé en tu casa, con la idea clara de volver a hablarte. Pero pasó un día, y otro, y fui incapaz, en todas esas horas que han pasado desde la última vez que te vi, de coger el teléfono y marcar tu número. Porque, de pronto, la idea de acompañarte me dio pánico. Si no volvía a verte, seguirías viva para siempre en mi memoria. Seguiría existiendo en el mundo aquello tan real que conocí.

—No ver para no sentir. Eso es un poco cobarde, ¿no?

—Es... Sí.

Deja de mirarme, volviendo la vista de nuevo a la ciudad. Y permanece así en silencio,

mientras las risas de Cat y Rob suceden a nuestra espalda.

—¿Por qué te gusto, Daniela?

Mi corazón da un brinco. No sé si por mi nombre en sus labios o por la pregunta inesperada. ¿Por qué me gusta? Es una buena cuestión. Si no le conozco más que de un par de ratos, ¿por qué me gusta?

—Porque eres más Yon Lizarraga que Yon Malcolm —digo finalmente.

Él sonríe.

—¿Y eso qué significa?

—Que eres un ser humano, no una estrella. Que tú también eres real.

—¿Y qué tiene Yon Lizarraga?

—Timidez, a veces. Ojos traviosos. Transparencia.

—Ese Lizarraga parece un mojigato.

—A mí me gusta más que ese Malcolm que se besuquea por las esquinas con una modelo rubia. Yon, en vez de molestarse por mi puñalada, se ríe.

—Me está bien merecido. No me quejaré —dice—. ¿Querrás ir a pasear conmigo mañana? —me pregunta después. ¿Qué demonios le pasa a este chico con los paseos?

—¿Pasear?

Un *déjà vu*. Él también lo siente. Es normal, me preguntó lo mismo la noche que nos conocimos, y yo le respondí con el mismo canto.

—Te recogeré a las siete.

—No he dicho que sí.

—Te recogeré igualmente.

—No puedes hacer lo que te dé la gana. Existen reglas. Reglas básicas para una cita. La primera es que haya aceptación por las dos partes.

—Pero yo sé que tú quieres.

—Eso no quiere decir nada. Yo quiero muchas cosas, pero hay algunas que me contengo, porque sé que no está bien.

—¿Entonces? ¿Eso es un sí o un no?

—Es un no.

—¿Y por qué no?

—Porque estás saliendo con la Petrov.

—Bien.

Saca su móvil y teclea durante unos minutos. Yo espero en silencio, sin saber bien qué demonios está haciendo. Me entretengo en ver las personas que caminan por la calle, a lo lejos, desde el cielo. Porque, aunque no es un rascacielos, un piso catorce se nota. Y da un poco de vértigo. Lo único que nos separa del vacío es un cristal, sin pared. Y me pregunto si el techo puede sostenerse bien así, con un cristal y vigas. Pero parece un cristal grueso.

Dejo de pensar en el dichoso cristal y miro a Yon impaciente. No tarda mucho en devolverme la mirada y guardar de nuevo su móvil.

—Ya está. ¿Querrás pasear ahora conmigo? —dice.

Entonces me temo lo peor.

—¿Qué has hecho?

—La gente fanática está siempre en busca de una noticia. Si ve algo raro por las redes sociales, enseguida crea rumores que corren como la espuma. Le he dicho a Sveta que hemos terminado con la farsa y que ha sido divertido. Y ambos hemos borrado de nuestras redes las imágenes en las que salíamos juntos. Nuestra ruptura ya es un hecho. O lo será en un par de minutos. Ahora, ¿querrás

pasear conmigo mañana?

Yon Malcolm acaba de romper con Sveta Petrov para dar un maldito paseo conmigo. Esto tiene que ser por narices un sueño. Imposible que sea real. Pero sus ojos me miran tan atentos... Sus pupilas están enormes, fijas en mí. Así que, como es natural, empiezo a ahogarme.

Yon frunce el ceño con preocupación y me lleva corriendo a mi bombona. Cat se pega a mí como una lapa para afianzarse de que estoy bien.

—¿Qué le has hecho? —le increpa al pobre de Yon.

Él sigue algo preocupado mientras me observa respirar por la mascarilla, pero poco a poco, al ver que todo está bien, se relaja.

—Solo le he pedido una cita.

—Maldita sea, pues ten cuidado con las emociones fuertes. ¿No ves que está loca por ti?

La madre que la parió.

Le pellizco la pierna con fuerza. Ella ni se mueve. Solo sonrío, con una sonrisa diabólica que dice claramente que va a seguir haciendo lo que le dé la gana sin importarle lo más mínimo mis pellizcos y agresiones.

Me quito la mascarilla, recuperada, y hablo para negar con rotundidad lo dicho.

—No es verdad. No la escuches.

Y Yon se ríe, porque sabe tan bien como yo que me tiene loca. Y que no puedo hacer nada por evitarlo.

—¿Puedo recogerte entonces? —me pregunta.

—Sí —responde por mí Cat—. Puedes recogerla.

Y así quedan las cosas.

Amanece soleado, soleado y caluroso. Recuerdo mientras abro los ojos el final de la noche de ayer. Acabamos jugando los tres a las cartas, apostando. Pero no dinero, sino verdades. Fue idea de Cat, cómo no, apuntar las tres cosas más íntimas que guardábamos en unos papelitos. Yo, al no haber tenido muchas vivencias, tenía poco que decir. Así que mis papelitos fueron los siguientes: “Me muerdo la piel de la palma de la mano cuando estoy preocupada”, “me depilo con las cuchillas de mi padre y luego se las dejo en el mismo sitio sin decir nada”, y —traicionada por Cat— “quiero besar a Yon”. La muy zorra cambió uno de mis papelitos por otro sin que me diera cuenta. Pero jamás salió a la luz. Porque tanto tiempo en casa aburre mucho y YouTube tiene muchos tutoriales. He aprendido a jugar a casi todos los juegos de cartas y al ajedrez, y se me da bastante bien. Así que, naturalmente, gané. Y me llevé las verdades de todos. Las de Cat ya las conocía, y las tres tenían que ver con situaciones ridículas con chicos. Las de Rob no me interesaban para nada. Y las de Yon... las de Yon me provocaron carcajadas hasta casa: “tengo una pierna tres milímetros más larga que la otra, así que uno de mis zapatos siempre tiene tres milímetros más de grosor que el otro”, “de pequeño me comía las uñas y mi padre me echaba perfume de mi madre en ellas para que no lo hiciera”, y “siempre que me muevo en una escena, tiene que ser primero con la pierna corta”.

No sabía si esas tres cosas eran verdad o nos había tomado el pelo, pero me divertí muchísimo cada vez que leía una para mí y le miraba. Sus ojos mezclaban travesura y timidez cuando se fijaban en los míos, y a mí me derretía por dentro.

Me levanto de la cama y avanzo hasta la cocina. Son las nueve de la mañana, así que encuentro a mi padre ya levantado y leyendo el periódico mientras se come una galleta. Como siempre.

Le doy un beso en la mejilla y me acomodo a su lado para desayunar con él. Cojo un plátano y me apoyo en su hombro para ver con él las noticias. Y pienso que casi todo lo que sale en los periódicos es malo, que debería haber una sección de buenas noticias bien diferenciadas. Y ese pensamiento me lleva a otro: ¿habrá salido ya la noticia de la ruptura de Yon?

Cojo mi móvil y veo las páginas de cotilleo. Y ahí está, en primera plana. Y mira que meten mierda, eh.

“Yon Malcolm y Sveta Petrov ponen fin a su relación tras una fuerte discusión.”

“Yon Malcolm ya tiene nueva conquista. Adiós a Sveta Petrov.”

“Yon Malcolm pasa por un mal momento tras su ruptura con la modelo Sveta Petrov.”

“Yon Malcolm vuelve a estar en el mercado. ¿Quién será la próxima conquista de nuestro carismático actor?”

Es increíble la capacidad de invención y apuñalamiento de estos medios. Son como buitres. Solo de leer esa mierda me acaloro de rabia. Y la pago con el móvil, lanzándolo de un empujón sobre la mesa lejos de mí. Mi padre ni se da cuenta, está absorto en su política.

Paso el día leyendo y tocando el piano a ratos. Hasta que, a las seis, Cat llama a la puerta y me

arrastra a mi dormitorio. Yo me fijo en la bolsa que lleva encima mientras saluda a mi padre con la mano hasta que ambas desaparecemos.

—¿Pero qué leches haces? —le digo mientras me sienta en la cama y me observa.

—Tengo que arreglarte.

—¿Arreglarme? —De pronto me doy cuenta de lo que pretende y trato de salir corriendo—. ¡No, Caterina, otra vez no!

Ella me agarra del brazo y me vuelve a sentar.

—Escúchame: esta vez vas a salir con un Yon Malcolm soltero. Tienes una cita real con ese buenorro y vas a ponerte guapa.

Yo me cruzo de brazos, negándome en rotundo. Quiero ir en vaqueros, e iré en vaqueros.

Y, sorprendentemente, voy en vaqueros. Cat me presta simplemente una de sus blusas y me pone algo de rímel. Y ya está. Acepta —demasiado condescendiente para mi tranquilidad— mi petición de ser yo misma, y me ayuda a prepararme respetando mis gustos. Yo se lo agradezco.

—Cuéntame todo cuando vuelvas —me dice.

Mi padre se despide, algo reacio a mi salida, y Cat le golpea el brazo con ánimo mientras yo salgo por la puerta, nerviosa, sabiendo que Yon me está esperando ya frente al portal.

Mi saludo es tímido. El suyo receptivo. Me ayuda de nuevo con la bombona, como el día de campo, y mientras la carga en la parte de atrás yo aprovecho para preguntarle qué tal está.

—Bien —me responde, colocándola en el hueco de detrás del asiento del copiloto. Después me mira—. ¿Por qué lo preguntas?

Yo me encojo de hombros y me dirijo a la puerta para subir al coche.

—Dice la prensa que estás pasando por un mal momento tras tu ruptura, quería darte mi hombro para que llorases a gusto —respondo con una seriedad que no siento. Trato de aguantar mi risa como puedo.

Yon no dice nada. Solo me mira, con unos ojos entre divertidos y asesinos. Yo sonrío con malicia sin poder evitarlo y entro corriendo al coche antes de que pueda echarme la mano encima. Una carcajada escapa de lo más hondo de mi pecho. Y entonces la enfermedad, por un momento, deja de existir. Los pulmones saben que merezco reírme con ganas al menos un par de veces más antes de que la palmen. Y vacilar a Yon Malcolm es una buena oportunidad para descargarse.

Yon se dirige con rapidez a la puerta del conductor para poder reprocharme mi comportamiento antes de que su risa delate que no está molesto en absoluto. Pero yo soy más rápida. Echo el seguro a todo el coche.

Él ni siquiera hace un amago de abrir: ha escuchado el sonido del seguro desde fuera. Me mira con desafío, sin decir nada, desde la ventanilla del conductor, y poco a poco se apoya en ella con el hombro. Yo me echo las manos a los labios para contener la risa que soy incapaz de detener por mí misma.

—Abre, Daniela —me dice cuidadosamente—. Sabes que voy a terminar entrando, y va a ser peor con cada minuto que pase.

Yo niego con la cabeza.

—No deberías dejar el coche arrancado, Yon.

Sus ojos se fijan en los míos.

—Se nos hará tarde.

Yo me río una última vez mientras acerco poco a poco el dedo al botón del seguro para abrir de nuevo.

—Está bien, abriré si me prometes que no vas a hacer nada.

—Pero tengo que devolvértela de alguna forma. Es lo justo.

—¿De qué forma?

—Ya se me ocurrirá. De momento, te puedo prometer que no lo haré en el trayecto de ida.

Yo tuerzo el morro. Ahora ya no me río tanto.

Pulso el botón y me alejo un poco. Mi cabeza toca la ventanilla.

Yon abre la puerta y entra sin dejar de mirarme. Una sonrisa traviesa se dibuja en las comisuras de sus labios mientras se coloca en el asiento y se abrocha el cinturón. No dice nada, solo sonrío. Y es que esa sonrisa no es de humano corriente.

—Así que riéndote de mis desgracias —me dice, poniéndonos en marcha.

—Si a ti eso te da igual.

—Bueno, sí. Con los años, te vuelves algo más impermeable.

—¿Qué es lo más raro que han dicho de ti?

—Tengo un corcho en mi habitación con los recortes de noticias más surrealistas. Hay...

—¿Habitación? —le interrumpo un momento—. Lo que tenéis no son habitaciones, son camas tapadas con maderas.

Era necesario decirlo.

—¿Qué diferencia hay entre una pared y un biombo?

—El sonido. La privacidad.

Yon sonrío.

—Supongo que no te refieres al sexo, ¿verdad?

Yo estallo de golpe en un rojo chillón.

—¡No! —exclamo. Mierda, me he expresado fatal. Yo espero que no crea por nada del mundo que quiero hacer esa clase de cosas con él.

Yon se ríe ante mi reacción.

—Perdona —me dice—. ¿A qué clase de privacidad te refieres?

Yo me encojo de hombros.

—¿Y si tú quieres escuchar música y a Rob le molesta porque está leyendo?

—Existen los auriculares.

—¿Y una llamada de teléfono privada?

—Rob y yo no tenemos secretos. Nunca hemos tenido problema con esa clase de cosas.

Yo bufo y me rindo en cuanto a las opciones *light*. Así que no me queda otro remedio que rebobinar a la parte del sexo. Vuelvo a ponerme roja y carraspeo. Suficiente para que Yon vuelva a leerme la mente. Y con una sonrisa divertida suya, yo ya sé que él me ha entendido y que no insistirá para que pregunte en voz alta.

Y a mí me parece que no existe en el universo cosa más bonita que dos personas que hablan sin decir nada.

—A ver... Cuando hemos llevado una chica a casa, el otro, normalmente, se ha ido a paseo. Si ella se quedaba a dormir, eso ya era otra historia. Pero con unos auriculares bien altos nos hemos apañado siempre bien.

—Lo dices como si fuera habitual.

—Lo era. Hace algunos años. Estuvimos un poco desmadrados en esa época. Veinteañeros noveles. Se nos subió el dos a la cabeza.

Yo sonrío. Recuerdo fotos tuyas como una cuba, dando un espectáculo cada fin de semana. Yo creí por aquel entonces que acabaría como algunos famosos, metido en la droga y de capa caída. Pero...

Un recuerdo llega a mi mente de repente.

—Fue por... tu padre —digo.

Yon aprieta el volante hasta que sus nudillos se pintan de blanco.

Yo me arrepiento al segundo de haber dicho eso.

Me disculpo enseguida, con la imagen mental de mi cabeza dándose golpes contra una pared de granito.

—No. No importa —dice, y hace una pausa—. Sí, fue por mi padre. Creo que no estaba preparado, fue chocante y se me fue de las manos. Mi tío Antxon me dio un tortazo una mañana. —Sonríe, y veo en sus ojos cierta nostalgia—. Me dijo que mi padre sentiría vergüenza, que mi madre sufría por mi padre y ahora por mí. Que madurase de una jodida vez. Repitió el tortazo y se marchó. Yo me quedé sentado en una silla una hora, solo, sin hacer nada, únicamente llorando. Y, cuando me levanté, recogí mis cosas del loft y regresé al norte, con mi madre. Estuve allí un año alejado de todo y de Rob, que también espabiló. Las noticias decían que estaba desintoxicándome —dice, riendo—. Supongo que algo de razón tenían.

Yo le miro con detenimiento cuando termina de hablar. Su aspecto parece relajado, y a mí me parece que le ha venido bien liberarlo.

—Gracias por contármelo —musito. Porque es de agradecer. Al fin y al cabo, no nos une una amistad de años. Podría ser una periodista de incógnito. Pero ha confiado en mí. Eso me provoca el mismo sentimiento.

—Me resulta sencillo hablar contigo, Daniela.

Y yo no puedo evitar sonreír.

—Entonces... —digo tras unos segundos, abandonando de golpe ese tema tan triste para él—. ¿Qué bulos son los que tienes en tu corcho de la pared de mentira?

Una sonrisilla *abieña* escapa de sus labios.

—Pues... los más llamativos son cuando pegué supuestamente un puñetazo a un camarero de una discoteca —responde, divertido—, y lo del hijo secreto. —Ahí ya parece menos divertido—. Al parecer, era padre y no lo sabía; según la prensa lo tenía bien escondido.

—¿Y de dónde salió eso?

Recuerdo que lo leí durante un tiempo. Lo compartían por Twitter y por páginas de noticias de cotilleo. La madre, en teoría, era una actriz de teatro con la que había coincidido en alguna fiesta. Un poco de alcohol por ambas partes, una noche sin precauciones y un bombo al día siguiente. La gente se inventa unas cosas...

—Pues creo que salió de la propia Ingrid.

—Querría publicidad.

—Y se la llevó una buena época. Fueron los peores meses desde que empecé mi carrera. Jamás sentí tanta frustración. Por mucho que dijera que ese niño no era hijo mío, que nunca había compartido intimidad con esa chica, no había manera. Muchas de las organizaciones en favor de la mujer me escribían para que me hiciera cargo y dejara de dar la espalda a la pobre madre abandonada. —Resopla—. Hasta que no me sometí a una prueba de paternidad, no pararon.

E incluso entonces, recuerdo, había habido algún imbécil que decía que por una buena suma de dinero podían alterarse los resultados.

Siento de pronto una profunda pena por Yon. Ser conocido no parece tan entretenido. Ves las revistas de buen periodismo, con las fotos profesionales de promoción de películas o series, con las alfombras rojas, con las fiestas de alta gama, y piensas que debe de ser maravilloso. Pero, en realidad, eres el centro del mundo de mucha gente. Tanto para bien como para mal.

Me hago un poco más pequeña en mi asiento. Ahora me apetece menos que me vean junto a él.

Yon se da cuenta de mi acojone.

—Tranquila, Daniela —me dice—, no permitiré que te relacionen conmigo nunca.

Pero yo pienso que es muy fácil decirlo y no tanto cumplirlo. Porque hemos pasado por varias calles con gente. Una foto y estoy muerta.

—¿Por qué tienes ese recorte en tu corcho si fue tan mala la experiencia? —le pregunto, tratando de no emparanoiarme.

—No puedo quedarme solo con lo bueno. La vida tiene dos caras. Si no hubiera nada malo en el mundo, todas las cosas buenas que ocurriesen serían solo cosas. Porque no habría nada con lo que compararlo.

—Lo malo crea lo bueno...

Medito un momento en esas palabras. Porque antes de conocer a Yon, no había nada malo en mi mundo —dejemos a un lado la enfermedad mortal que se ha cargado a mi madre y me matará a mí—, y todo lo que ocurría en mi día a día era neutro. Ahora que le conozco, si no volviese a verle nunca, las salidas y las risas con Cat valdrían para mí mucho más, como una hora de oxígeno puro, y un abrazo de mi padre ya no sería un simple acto de cariño, sino un refugio calentito.

—Cuando te quedas así de callada, me transmites mucha paz —me dice Yon de repente. Yo despierto de mi trance y frunzo el ceño.

—¿Te molesta que hable? —respondo.

Yon suelta una carcajada.

—Irascible. Bien, ya estamos llegando.

—¿Dónde estamos?

La verdad es que no tengo ni idea de cuál es el plan. Tendría que haber preguntado antes. Así podría haberme negado. Porque lo que estoy viendo más allá no me gusta un pelo.

Esto no me gusta un pelo —le digo a Yon cuando aparca. Porque las cosas hay que decirlas. Y a mí me importa un bledo que sea Yon Malcolm, que a mí no me baja de este coche.

—Va a ser divertido.

¿Divertido para quién?

—¿No íbamos a pasear?

—Y vamos a pasear.

—Prefiero el plan de campo.

—Ya es tarde para eso.

—Me romperé un tobillo.

—Y seguramente yo también.

Me cruzo de brazos mientras él sale. No me quito ni el cinturón de seguridad, esperanzada por que finalmente pueda salirme con la mía. Pero él está muy seguro, y se dirige hacia mi puerta con paso firme.

Mierda. Se ha llevado las llaves del coche. Este chico aprende rápido.

—Vamos, sal —dice, y abre con la intención clara de sacarme a la fuerza—. Solo vamos a patinar sobre hielo. Cualquiera diría que te estoy llevando a hacer *puenting*.

—Es que no sé. ¿Cómo es posible que haya hielo en pleno verano?

—Es un pabellón cerrado. Hace frío.

Intenta desabrochar mi cinturón, en vista de que yo me niego. Mi aliento se corta un poco con esa cercanía, porque me mira a los ojos tan profundamente, que se me clava en el pecho. Y yo siento que Yon podría escuchar mi corazón si prestara algo de atención, porque se está esforzando mucho para ello: se mueve muy chulesco, con latidos pausados y fuertes, con descaro. Porque no se ha visto en otra igual y a lo mejor no vuelve a tener otra ocasión para contonearse.

—Yo no... no tengo abrigo —tartamudeo tontamente, pero eso a él no le molesta. Desabrocha el cinturón por fin y sonrío.

—Pero yo sí.

Y cuando nos ponemos nuestros respectivos abrigos, gorros y bufandas, entiendo por qué Yon me ha llevado a disfrutar de ese pasatiempo. Con esas pintas, ni siquiera yo podría reconocerlo. Quizá hasta me agarre a otro, pensando que es él, si se aleja un poco y le pierdo de vista.

Caminamos por el parking del pabellón con naturalidad. Con toda la naturalidad que te permite llevar auestas un carrito con una bombona de oxígeno. Pero Yon está despreocupado, no le importa nada, como si fuera lo más corriente del mundo. Le da igual que la gente le mire por llevar ese trasto. Y si a él le da igual, a mí menos.

Lo dejamos aparcado en un hueco a la entrada de la pista de hielo. Yon espera que nadie se lo lleve; yo espero que, si se lo llevan, sea porque lo necesiten, porque, si no, querrá decir que la humanidad se está yendo a la mierda.

—Bien —dice Yon cuando ya estamos listos—. Dame la mano.

Yo recuerdo eso de romperse un tobillo. No creo que sea buena idea que entremos a la vez, y se lo digo.

—Prefiero que te lo rompas tú antes.

Yon se ríe.

—Antes estaba bromeando.

—¿Entonces sabes patinar?

—Sé no caer.

Bueno, esa respuesta me vale.

Le doy la mano y ambos entramos a la pista. Él muy elegante; yo estampada en el suelo y deslizándome vergonzosamente sin remedio.

—¿Te has hecho daño? —me pregunta, levantándose como mi torpeza le permite.

Sí, en el orgullo.

—Se suponía que ibas a sujetarme.

—Perdona. No estaba preparado para que te cayeras nada más entrar.

—Porque no era lógico que, no sabiendo patinar, fueran a resbalar descontroladamente las cuchillas de mis patines por una superficie deslizante.

Trato de sostenerme como puedo cortando la circulación de las manos de Yon. Quizá cuando salgamos de aquí tengan que amputarle los dedos. Pero él no parece afectado, porque se ríe con diversión. Quizá no sienta sus manos y no sea consciente de la gravedad. A lo mejor ya le he mutilado.

—¿Por qué ninguna de las veces que hemos salido me has contado el plan que íbamos a hacer? —le increpo, logrando moverme un poco mejor.

—¿Por qué tú nunca me has preguntado?

*Touché.*

Me escurro y caigo. Esta vez me llevo a Yon conmigo. Así que ahí estamos los dos, en medio de un alarmante ataque de risa, tirados por el hielo.

—Qué frío está —me quejó.

Él tiene su brazo debajo de mi cabeza. Creo que lo ha puesto ahí en un intento de restar gravedad a la caída. Podría haber llenado todo de sangre y habría sido muy desagradable. Así que Yon, además de gracioso, listo, guapo, simpático y atento, es mi protector. Y, a pesar del frío del hielo que tengo encajado en mis riñones, me siento feliz en sus brazos.

—Si estuviera caliente, sería un timo —me responde mientras me quita el pelo de la cara. Debo de parecer una loca.

—¿Tengo la nariz roja? —le pregunto. Es una pregunta importante.

Y él me mira con los ojos más transparentes y puros que yo he contemplado en mi vida, unos ojos que sonríen por sí solos, unos ojos que no pertenecen a ese actor que yo he seguido desde niña. Los ojos de Yon Lizarraga.

—Sí —susurra.

Siento mi corazón en mis sienes, en mis manos, en mi garganta. Tiemblo. Pero no es por el frío. Es otra cosa. ¿Qué es?

—No me beses —consigo balbucear.

Yon amplía su sonrisa.

¿Por qué no quieres que te bese? —me pregunta.

—Porque te debo un no beso.

—Así que rencorosa.

Yo me pregunto qué pensará la gente sobre dos personas tiradas en el hielo durante tanto tiempo. Yo pensaría que al menos uno de ellos se ha roto algo. Seguro que alguien se acerca a ver si necesitamos ayuda.

—Se me ha dormido la espalda —digo, apenas sin voz.

Yon sonrío de nuevo y me libera por fin de su mirada.

Me levanto torpemente ayudada por él y por la valla que envuelve la pista. Él trata de contener la risa mientras contempla mis pies bailando en el hielo, incapaces de sostenerse. Y yo, hasta que no encuentran el equilibrio, no me despego del cuerpo de Yon, que para eso se ha ofrecido a aguantarme.

—Seguro que has decidido traerme aquí como venganza —le digo.

Yon se ríe y asiente con naturalidad.

—Me he traído la ropa de abrigo por si te encerrabas en mi coche y te negabas a dejarme subir. Y, por si la broma iba más allá, también tengo dos parapentes.

Ahora yo me río también. Porque creo que es broma. Si no, no me reiría.

—¿Crees que puedes seguir sola? —me pregunta después.

Yo le miro asustada. El muy cabrón quiere soltarme. Mis manos se aferran a su abrigo como si fuera un chaleco salvavidas en pleno Pacífico.

—No —digo apresuradamente.

Pero él ya ha empezado a deshacerse de mis manos. Yo lucho, pero es imposible hacerlo sin arriesgarme a matarme contra el hielo.

—Esto, Daniela —me susurra al oído—, sí es una venganza.

Y me deja en libertad. Yo me quedo paralizada, decidida a no mover ni un músculo, mientras me voy alejando irremediamente de él. Mis ojos en este momento tienen que estar echando chispas, pero a Yon solo le provoca carcajadas.

A mí no me hace gracia.

—No me hace gracia —digo.

Quiero volver con él, pero parece que tanto movimiento de las personas por los bordes de la pista ha desgastado más esa zona, creando una bajada inapreciable. Y como mis cuchillas sí que lo aprecian, se van tranquilamente hacia la valla, como si fuera lo más natural. Y yo doy gracias por que estuviéramos en el centro de la pista, porque si no, me la habría tragado hacía rato.

—¡Yon! —me quejo.

Él me sigue de cerca, pero aún no me toca ni me salva.

Yo sigo en la misma postura que me ha dejado, con los brazos tensos hacia adelante y las piernas algo separadas.

—¡Desplázate, Daniela! —me anima, haciendo él el movimiento que tendría que hacer yo, muy suave, dando vueltas a mi alrededor.

Yo le mando a la mierda.

—Está bien, dame la mano —dice finalmente, y me la tiende a una distancia de treinta centímetros. Yo creo que es una trampa.

—La vas a quitar.

—Te prometo que no la quitaré.

Entonces, decidida a cogerla, doy un pequeño paso. Él sonríe, viene hacia mí y me recoge entre sus brazos.

—Solo querías que me acercara sola —me quejo.

—Sí.

—Has dicho que no sabías patinar.

—No sé patinar. Si aumentase la velocidad, tendría que tirarme para poder parar.

Yo me río. Por sus tonterías y porque entre sus brazos estoy calentita y feliz. Alzo los ojos hacia arriba para mirarle mejor. Pero la bufanda, bien sujeta hasta la nariz, no me permite ver más que sus pestañas, negras como la noche, atentas a lo que sus ojos observan. Primero, el ir y venir de las personas; después, yo.

—Tus ojos miran el mundo con curiosidad, Daniela —me dice—. Tienes una mirada diferente.

—¿Eso es malo?

Yon sonríe. Lo noto en sus ojos.

—No.

Mi corazón vuelve a palpar. Hoy está juguetón. Pero, claro, es que el pecho que lo protege está pegado al cuerpo de Yon. Debe de estar deseando salir por las costillas y meterse entre las suyas, para estar igual de calentito con su corazón que yo lo estoy con su cuerpo.

—¿Ya no me vas a soltar? —le pregunto.

—No, Daniela.

Y yo siento que, entre esas palabras, también hemos dicho otras.

Y Yon se pone la capucha con pelo blanco de su abrigo, que le envuelve por completo, y se baja la bufanda para mostrarme la sonrisa más bonita del mundo.

Y sus dedos bajan también mi bufanda, para acariciarme después la mejilla y llevarme hasta sus labios. Mi corazón se prepara, conteniendo el aliento, y se desboca cuando chocan con los míos.

Los labios de Yon están también calentitos.

No abre la boca, no demasiado, y no se atreve aún a liberar su lengua, porque es mi primer beso, y cada cosa a su tiempo.

Se separa de mí lentamente, quedándose tan cerca, que casi puedo sentir aún su boca sobre la mía. Y nos quedamos allí un rato, sonriendo, frente con frente, en ese mundo pequeño dentro de su capucha, donde nadie puede vernos, donde somos solo él y solo yo.

Cuando volvemos al coche lo hacemos entre risas, cogidos de la mano. La bombona estaba en el mismo sitio, por suerte. Aunque no la he necesitado en ningún momento. Parece que mis pulmones me están dando una tregua, como compensación por liarla en su loft. Yo siento cortes en mi respiración de vez en cuando, pero creo que es algo normal y que me puedo dar con un canto en los dientes, que bastante más podrían liar.

Yon aún sigue con su bufanda por la cara, aunque se ha quitado el abrigo y el gorro, que ha puesto encima del mío, encima de mi cabeza, antes de bajar la doblez para cubrirme los ojos. Yo le he pegado un guantazo.

—Ahora toca cenar —dice mientras arranca.

—No puedes cenar con bufanda —le informo, por si se le ha olvidado que es famoso y si se la quita en un restaurante yo muero asfixiada. Por la gente que se nos echaría encima y porque mis pulmones no podrían soportar la escena sin estresarse.

—Ya lo sé. Mi tío nos está esperando. Espero que no te importe cenar allí.

—Tengo que avisar a mi padre.

Porque mi padre no sabe eso de que nos vamos a cenar.

—¿Cuándo se supone que trabajas tú? —le pregunto mientras tecleo.

El coche ya está circulando.

—¿Por qué?

Yo me encojo de hombros.

—Pareces estar siempre disponible.

Yon sonrío.

—Es algo aleatorio. Nos dan horas de grabación a principios de semana, y suelen ser de tres días intensos, algunos con noche incluida. El resto, salvo ciertas horas sueltas, lo tenemos libre. Los fines de semana no se graba normalmente. Pero puede haber alguna excepción de vez en cuando. Esta vez hemos tenido suerte; soy todo tuyo.

Esas palabras hacen que me sonroje. Porque “todo mío” significa mucho. Significa que Yon Malcolm hoy me pertenece, que puedo tenerle para mí solita. Y sus labios... sus labios también han sido míos, y aún me arden, como si siguieran ahí. Mi cuerpo se pone tan sensible con él... tan tontito... Y mira que trato de contenerlo, pero no hay manera.

De pronto, su mano se separa del volante y busca la mía. Yo me hago un poco la remolona antes de caer en esa tentación. Sus dedos estrechan los míos entonces, y Yon sonrío.

—Esos silencios tuyos... —murmura—. ¿En qué piensas?

En el beso.

—En qué hay de cenar.

Yon amplía su sonrisa.

—Ay Daniela, qué mal se te da mentir...

El tío Antxon se muestra tan simpático como la última vez. Y me pregunta por esa bombona que llevo, sin ningún reparo, y que si está relacionada con mi desmayo del otro día. Eso me hace gracia, aunque a Yon no. Yon le echa una mirada de pocos amigos. Porque cree que no deben preguntarse esas cosas. Pero mi risa le relaja.

—Tengo que llevarla por si me ahogo —digo simplemente, sentándome a la única mesa que hay preparada en su bar—. ¿Vamos a estar solos?

El tío Antxon no hace más preguntas sobre el oxígeno. Yo sé que le está dando alguna vuelta, pero cuando vuelve a dirigirse a nosotros, ya no hay expresión de intriga en sus ojos. Parece que lo ha dejado estar. Y a mí eso me gusta.

—Sí —responde Yon—. No me apetecía tentar a la suerte. Si alguien se entera de que el dueño de este establecimiento es mi tío, habrá un fotógrafo constante por esta manzana y no podremos volver.

—Tentaste a la suerte la última vez.

—La última vez no sabía... —Mira el oxígeno. Después se pasa una mano por el pelo—. Solo... déjame protegerte.

Mi corazón da un brinco. Y echa sangre a mi cabeza a borbotones. La madre que lo parió. Mi cara debe de estar como la lava.

Yon estira su mano y me pellizca dulcemente la barbilla. Yo no puedo evitar mirar a su tío, que espera para que le digamos qué demonios queremos de cenar.

Y Yon se lo dice para que se marche a la cocina.

—Daniela, no quiero que te relacionen conmigo —me dice cuando nos quedamos solos—. Tal vez antes... Antes de saber que estabas enferma, me importaba menos. No me hubiese gustado que te acosara la prensa igualmente, que te convirtieran en algo público, pero si finalmente hubiera sido inevitable... en fin. —Respira—. Pero ahora, ahora me niego en rotundo.

—¿Porque crees que me dará un ataque o algo?

Yon vuelve a pasarse la mano por el pelo. Y ahí mi cuerpo actúa solo, sin yo quererlo. Se yergue de la silla para inclinarse un instante y le roba un beso rápido. Yo le juro entonces que lo castigaré cuando vuelva a casa, haciendo sentadillas hasta que amanezca, para que no pueda volver a hacer eso durante días.

Los ojos de Yon muestran sorpresa ante mi repentino atrevimiento, y después sonríen, contagiados por esos labios *abieños*.

Y no sé lo que pensará cuando esté solo, no sé si pensará en mi muerte, en lo que pasará el año que viene, en lo que sentirá. Pero lo que sí sé es que, en este momento, conmigo, no piensa más que en el ahora, sin mirar más allá.

—¿Qué es lo que más te gusta en este mundo, Yon? —le pregunto.

Él medita mientras el tío Antxon nos sirve las bebidas. Yo le agradezco que sea tan amable. Él pellizca mi mejilla. Y yo me pregunto por qué le ha dado hoy a estos dos por pellizcarme.

—Pintar —termina diciendo.

¡Pintar! Qué inesperado.

—Si fuera lo que más te gusta en el mundo, no lo habrías pensado tanto —comento.

—¿Y qué es lo que más te gusta a ti?

—Todo.

—Esa respuesta es algo ambigua.

Yo sonrío.

—Me gusta conocer cómo funciona todo —me corrijo.

—Esos ojos curiosos que miran el mundo de forma diferente... —dice Yon, y alarga su mano

para recogerme un mechón de pelo detrás de la oreja. Después, ya recolocado en su silla, me mira fijamente—. Es por eso. Tú ves lo que el resto del mundo no. Dime, Daniela, ¿qué ves ahora?

Yo me encojo de hombros.

—Veo... —miro las lámparas que nos iluminan— electrones moviéndose sin parar, calentando el filamento del interior de las bombillas hasta la incandescencia —miro el exterior a través de la ventana—, veo cómo desciende el aire frío por el cambio de presión y empuja al aire caliente hacia arriba, formando el viento que mueve las hojas de los árboles —miro hacia la cocina y el hilo de humo que escapa entre las puertas—, veo la grasa del aceite sobrecalentada en la sartén, liberando acroleína. —Miro a Yon—. La acroleína es tóxica y cancerígena.

Yon se ríe.

—Quizá ves demasiado.

—En cantidades pequeñas no perjudica, pero podrías decirle a tu tío que es mejor que no reutilice ese aceite.

Yon asiente, y cuando llega el aludido para servirnos la carne, se lo dice con las mismas palabras con las que yo se lo he dicho a él. El tío Antxon mueve la mano, despreocupado. Dice que nunca reutiliza los aceites, aunque sea un desperdicio. A mí eso me alivia.

—¿De qué conoces a Rob? —le pregunto a Yon cuando el tío Antxon se va—. Me dijiste que le conocías desde los ocho años, pero no de qué.

Me como una patata.

—Del colegio —responde—. Yo era un niño corriente, así que iba a un colegio corriente. —Sonríe—. Asistía a clases de teatro por hobby —continuó, al ver mi expresión interesada—, nunca me planteé hacer un casting. Pero el casting, de alguna forma, vino a mí. Un director buscaba chavales de trece años y circuló por algunos colegios. Me presenté sin ninguna expectativa. Pero me seleccionó, y ahí empezó todo.

—Y si te gusta tanto actuar, ¿por qué has dicho que lo que más te gusta del mundo es pintar?

—Porque actuar se ha convertido en algo...

—Obligado —conluí.

Yon resopló y sonrió.

—Tal vez, si estuvieras obligada a informarte sobre el funcionamiento de todo lo que sucede a tu alrededor, durante horas, porque te lo exigen de alguna manera, terminarías restándole interés.

Yo no creo que eso sea posible. He llegado a estar horas frente al ordenador buscando tonterías y solo mi padre ha podido sacarme de ese rincón marginado. Así que creo que hay algo más. Creo que le obligan a coger papeles que no quiere. Creo que no suele tener mucha voz ni voto. Y no puedo evitar decirle todo eso con pelos y señales, sin ningún tipo de filtro.

Cuando termino, él parece un poco afectado. Yo me arrepiento al momento.

—No tengo por qué meterme —le digo, disculpándome.

—Bueno, te debo una respuesta respecto a mi realidad —dice, y sonríe, aunque su sonrisa no llega a sus ojos. Después continúa—. Escojo papeles que me transmiten o me aportan algo de valor, Daniela. Pero cuando me ofrecen súper producciones, no es algo a lo que pueda negarme, aunque el papel no me termine de gustar.

—¿Por qué no?

Yon se pasa la mano por el pelo. Yo trato de comerme el filete de ternera, para darle un poco más de libertad para pensar, porque cuando una persona te mira fijamente mientras piensas, no piensas con tanta claridad.

—Porque es mucho dinero —me suelta dos segundos después.

La madre que me parió. Casi me atraganto con el trozo de ternera. Yo me cago en la puta en

silencio. Con perdón para la puta.

—Eso es... es un poco superficial —digo, tosiendo. Y no puedo evitar que mi voz denote algo de decepción, porque es lo que siento ahora mismo.

—Lo es —responde él, y bebe agua, como si fuera él el atragantado—. Pero cuando firmas un contrato con un representante sin saber bien lo que haces, es lo que sucede.

Oh. Eso tiene más sentido.

—Pensé que...

—¿Que era yo el que se movía por dinero? —Sonríe—. No, claro que no.

—¿Qué pone en el contrato?

—Básicamente, que no podré rechazar papeles que pasen de cierto dinero.

—¿Y no puedes cambiar de representante?

—Permanencia hasta que cumpla los veinticinco años.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El diez de enero.

—Mmm... Te quedan unos meses. ¿Qué harás cuando los cumplas?

—Representarme a mí mismo.

—No dejarás que nadie más te maneje.

—Nunca, Daniela.

Yo asiento, conforme, y sigo con mi filete. Él me sonríe.

—¿Te gusta?

—Mucho. La salsa está muy rica.

Y, en silencio, él también empieza a cenar.

Detiene el coche delante de mi portal. Esto me recuerda a la ocasión del campo. Una despedida y no volví a saber de él. No sé si volverá a suceder. Tal vez esta ocasión sea la definitiva. La definitiva de no volver a verle. Y creo que él me lee otra vez la mente, porque sonrío y sale del coche para ir directo hasta mí. Eso no me asegura nada. La otra ocasión hizo lo mismo.

Baja el carrito con la bombona y me lo deja junto al portal.

Y me mira. Me mira con unos ojos tan brillantes que hacen que me tambalee. Él me sostiene, preocupado por un momento. Pero cuando yo me río, le contagio el sentimiento.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta, con alivio.

Yo me muerdo el labio y asiento.

—No me mires así —musito.

Yon amplía su sonrisa, y me levanta el mentón para que le mire.

—¿Así cómo?

Le pego en el brazo. Porque sabe a lo que me refiero y lo sigue haciendo, y yo no sé cómo defenderme si no es dando tortazos a diestro y siniestro.

Pero él me besa, y la idea de darle un segundo golpe se disuelve como el chocolate en la leche. Sus manos me envuelven la cara con suavidad. Parece decirme que no quiere que me retire, que quiere besarme durante horas. Yo podría estar pegada a sus labios toda mi vida, sintiendo la forma en la que acarician los míos.

Me atrevo a abrir un poco la boca, y me pongo de puntillas para pasar mis brazos por detrás de su cuello.

De repente, hace un poco más de calor. Y, cuando nuestras lenguas se encuentran débilmente, Yon parece sentir el mismo fuego abrasador que me inunda a mí por dentro, porque se aparta bruscamente, aunque no se separa de mí por completo.

—Daniela.

—Lo siento. Perdón.

Siento aún su aliento sobre mis labios. Sus manos siguen pegadas a mis mejillas. Pero mis brazos ya no están por detrás de su cuello. Ahora mis brazos están apoyados a ambos lados de su pecho.

—No... —Siento cómo sonrío—. Es que... Si me besas así... —Agita su cabeza y se ríe—. Vamos, sube a casa. Tu padre debe de estar esperando.

Nos separamos lentamente, después de un dulce beso sobre mi frente.

Yo siento un poco la respiración agitada. Trato de soportar la necesidad de correr y pegarme la mascarilla a la cara, por eso de no romper la magia del momento.

—Buenas noches, Yon —consigo decir.

—Buenas noches, Daniela.

Sonrío y abro el portal. Él me ayuda a subir la bombona. Yo siento mi respiración cada vez más entrecortada. Me estoy ahogando.

Yon besa mi mejilla y me dice que me llamará, después se marcha.  
Y yo por fin puedo respirar.

Cuando atravieso la puerta de casa a las diez y media con la mascarilla sobre mi boca, mi padre se acerca a mí con prisa. Cat está en el sofá. Parece que estaban ambos esperándome mientras veían una película. El primero porque es mi padre. La segunda porque es una cotilla.

—¿Estás bien? —me pregunta mi padre mientras me ayuda con el oxígeno.

Yo asiento. Me siento para relajarme un poco y poder quitarme esa cosa.

Cat me mira con su cara de cotilla. Esa cara que hace mil preguntas sin hacer ninguna. Yo sé que en algún momento me arrastrará a mi dormitorio para interrogarme. Y parece que el momento llega en cuanto me quito la mascarilla. Yo suplico a mi padre que la detenga, pero él parece más interesado en terminar de ver la película. Yo pienso que se está haciendo el loco. Nunca le ha gustado el cine.

—¿Te ha besado? —Primera pregunta cuando cierra la puerta y se sienta en la cama.

Yo resoplo mientras empiezo a cambiarme de ropa para ponerme el pijama.

—Sí.

—¿Y qué tal besa?

Me encojo de hombros. Pantalones fuera y pantalones dentro.

—Bien, supongo. No tengo con quién comparar.

—Besa bien. Si no, habrías dicho claramente que no. Cuando un tío te besa mal, lo notas. Da igual que no hayas besado nunca a nadie. ¿Te ha metido la lengua?

—¡Caterina! ¡Sssh!

Ella se tapa la boca con disculpa y vuelve a repetir la pregunta en voz baja.

—Sí, pero... —respondo, algo confusa— se ha apartado de golpe después...

Me pongo la camiseta. Cat suelta una carcajada.

—¡Espera! ¿Qué? —dice—. ¿Os habéis comido la boca y se ha apartado de golpe?

Yo frunzo el ceño.

—No tiene gracia. A lo mejor he hecho algo mal...

—No, todo lo contrario —me interrumpe Cat, y se levanta de la cama, riendo otra vez—. ¡Has puesto cachondo a Yon Malcolm! —grita en voz baja, y empieza a darme golpes en el culo—. ¡Si es que estás muy buena!

Yo me aparto, entre asustada y estupefacta.

—¡No digas tonterías!

—¡Vamos! Es lo más natural, quita esa cara de mojigata.

—¿Quieres decir que...?

—Que va a llegar a casa y se la va a sacudir seguro.

—¡Cat!

La visión de Yon tocándose me trastorna totalmente. Pero un mensaje repentino en mi móvil me despierta de mi parálisis. Yon.

Cat se sienta en la cama y espera, aún en éxtasis. Esta chica está como una puta cabra. Yo miro la pantalla. Es él. Obviamente, porque las otras dos únicas personas que podrían ser están en esta casa.

Me siento junto a Cat.

*¿Os gusta el zumo a Cat y a ti?*

—¿Zumo?

Cat me quita el móvil.  
—¿Por qué me mete a mí?  
Yo me encojo de hombros.  
—¿Qué le digo?  
—Que sí.

*Sí, ¿por qué?*

*Porque a Rob y a mí nos encantaría que nos acompañarais a una cata el miércoles, si os apetece.*

Cat me mira. De sus ojos salen chispas.  
—Di que estaremos encantadas de acompañarlos —me pide con urgencia.  
—Oye, relájate. Parece que no has salido con un tío en tu vida.  
—Rob es diferente.  
—Sí, claro.

*Genial, ¿a qué hora y dónde?*

Eso lo ha escrito Cat. Se ha hartado de mi lentitud. Será idiota.  
—¿Desde cuándo hay catas de zumo? —pregunto—. ¿Eso no se hace con el vino?  
Cat me ignora. Yo pongo los ojos en blanco.

*A las cuatro. Os pasamos a buscar. Buenas noches, Daniela, que duermas bien.*

Cat me devuelve el móvil.

*Buenas noches, Yon.*

Sonrío y dejo el móvil. Cat y yo nos miramos entonces. Y la luz que hay en mis ojos parece reflejarse en los suyos. Me pregunto si de verdad le interesará Rob. Pero, mirándola, es inevitable pensar que sí.

—¿No tienes su teléfono?  
—¿El de Rob? No.  
—¿Por qué no se lo pediste?  
—Porque no quería joderte a ti el plan.  
Yo sonrío y la abrazo.  
—Cat, haz lo que quieras.  
—¿Seguro?  
—Sí. Aunque, según tus clases de pasividad, ¿no se supone que tiene que ser él el que te pida el tuyo o te dé el suyo?  
—¡A mí eso me da igual!  
—¡¿Y por qué narices hiciste que me comportara así con Yon?!  
—Porque hay chicos muy raros que se agobian con poco. No quería arriesgarme a que perdieras ese polvo.  
—¡Cat! ¡No es un polvo!  
—Lo será —dice, sonriendo con perversión, clavándome un dedo entre las costillas.  
Yo le pego un manotazo y le estampo el cojín en la cara.

Los días hasta el miércoles pasan algo lentos. Cat lo dedica a estudiar, yo me centro en el violín, que lo tengo algo abandonado. Pero cuando me entero de que Yon tiene una entrevista en directo el lunes junto a su compañera de reparto para hablar de la película que están terminando de grabar, se me pasa el tiempo algo más rápido.

Cat insiste en que no vea la entrevista, pero como a mí nadie me dice lo que tengo que hacer, terminamos las dos en mi habitación con el portátil conectadas al canal de televisión oportuno.

—Pase lo que pase, tienes que saber que es falso —me repite por decimocuarta vez mientras el presentador parlotea sobre los despampanantes invitados que tiene hoy.

Y dos minutos después, ambos entran por la puerta con el aplauso del público. Amanda Sol sonrío demasiado según Cat, pero a mí me parece preciosa. En cuanto a Yon... Lo de Yon es de otro mundo.

Lleva una cazadora de cuero con una Harley bordada en la espalda, muy vintage y en consonancia con su pelo engominado hacia atrás. Cat me acaricia la barbilla como si me estuviera limpiando la baba mientras yo le observo saludar al público con una mano en alto y sentarse en su silla.

Le comento a Cat que es una idiota y que deje de tocarme sin dejar de prestar atención a lo que sucede en la pantalla. Ella suelta una carcajada.

—¡Sshh! —me quejo.

Y empieza el show.

—El público os quiere. La taquilla va a echar fuego —comienza el presentador.

—Eso esperamos. Hemos puesto mucho cariño en este proyecto —dice Amanda.

—¿Y qué hay de vosotros? ¿Trabajáis bien juntos? —El presentador hace un guiño al público y ellos se vuelven locos.

Yo miro a Cat. Ella se ríe de esos desconocidos estúpidos que se mueven por la publicidad que envuelve a todo este mundo de mierda. Yo vuelvo a mirar la pantalla porque no sé cómo responder a eso.

—No nos queda más remedio —dice Yon. A mí me palpita un poco más rápido el corazón.

Amanda le da un golpe tonto en el brazo. Cat la llama payasa.

—Con Yon es sencillo trabajar, es muy profesional y siempre hace las cosas más sencillas. En esta película hay alguna escena algo *hot* —el público vuelve a enloquecer—, y con Yon se vuelve muy familiar.

*Hot*. ¿Qué clase de escenas *hot*? ¿Pensará Yon en la posibilidad de que le esté viendo desde mi casa, atenta a todo lo que dice y hace?

—Creo que el equipo entero ha trabajado mucho para que estemos cómodos en este tipo de escenas. También ayuda mucho tener una buena amistad con tu compañera, claro —sonríe, y el plató se ilumina un poco más. O son mis ojos, no lo sé.

Entonces ambos se miran con tanta complicidad que mi corazón se resquebraja un poco. Pero cuando la cámara enfoca a Yon, mi sonrisa florece sin querer. Esos ojos son los ojos de Yon Malcolm. Los de Lizarraga han decidido pertenecerme solo a mí.

—Contadnos un poco sobre la película —dice el presentador.

Y le cuentan sobre la película. A veces interviene Yon, otras Amanda. Y cuando hablan de la historia de amor dentro de esa locura de thriller, el público grita un poco más. Cat ha comenzado a darle al mute a diestro y siniestro cada vez lo hacen.

—¿Tenéis algún otro proyecto por delante?

—Yo empezaré a finales de agosto con *White Hall*, una nueva miniserie de época —dice Amanda—. Me apetece mucho, porque nunca he hecho nada parecido.

—¿Y qué hay de ti, Yon?

—Estoy a la espera de algunos acontecimientos, aún no puedo decir nada —responde. Qué sonrisa, madre mía.

—Qué misterioso —dice el presentador, mirando al público para obtener de ellos apoyo con soniditos tontos—. ¿Resultarás así de misterioso si te preguntamos por Sveta?

Yon vuelve a sonreír.

—En absoluto. Sveta y yo hemos terminado como buenos amigos. La ruptura ha sido por parte de ambos.

—Se rumorea por las redes que hay terceras personas.

Yo me tenso. Cat se aguanta la risa.

—En las redes se dicen muchas cosas. Estoy ahora muy tranquilo y así continuaré. Necesito un respiro. Por parte de Sveta no lo sé, pero si hay un tercero, solo puedo desearle que sea feliz.

—Amanda, tú también estás soltera, ¿no? —dice el imbécil del presentador, con claras insinuaciones. El público vuelve a ponerse nerviosito. A mí me empiezan a caer mal todos.

Yon y Amanda se miran de nuevo, y se ríen. Yo me cago en su puta madre. Con perdón para su madre.

—Como ha dicho Yon, somos buenos amigos.

—Sin embargo, es indudable la química que tenéis. Nos han facilitado nuestros compañeros un clip corto. —Guiña el ojo—. Vamos a verlo.

Y salta la escena en cuestión. Una escena corta que se me clava en el pecho.

Yon y Amanda en una habitación de hotel. Él cogiéndola por el brazo y llevándola contra una pared, comiéndole la boca como si no hubiera un mañana, sujetando sus muñecas sobre su cabeza con una mano y levantándole el vestido con la otra para agarrarle bien del culo.

Mi garganta se cierra y mi respiración se entrecorta.

Cat cierra el ordenador bruscamente.

—¡Ves como ha sido mala idea!

Yo trato de quitarle el portátil para volver a poner la entrevista. Necesito ver la cara de Yon cuando termine la escena. Después, le prometo, lo cierro y me olvido.

Cat consiente ese último vistazo. Y, cuando veo que los ojos de Yon se dirigen hacia Amanda con una sonrisa, pero su pierna se mueve tanto que parece que va a taladrar el suelo, cierro y me olvido.

El sonido de mi móvil me despierta a la una de la madrugada. Yo lo cojo con un ojo abierto y otro cerrado, pensando que Cat se aburre y quiere que vaya a su casa. No sería la primera vez que la muy estúpida me despierta. Y no sería la primera vez que sonrío y salgo de puntillas.

Pero cuando logro leer la pantalla, mi corazón se detiene un instante.

¿Qué demonios...?

Abro el portal con el mayor silencio que me permiten esas viejas puertas y arrastro a Yon dentro del rellano. Me envuelvo más en la manta mientras le pregunto si se ha vuelto loco viniendo a mi casa a esta hora.

—Discúlpame, Daniela, solo quería saber... —Se pasa la mano por el pelo—. ¿Has...?

—Sí.

Obviamente, sé lo que iba a preguntarme.

—Sé que ha debido de ser chocante para ti.

Yo me detengo un momento a meditar. La verdad es que no lo había hecho antes, había pensado que era mejor no pensar en ello. Pero, ya que me obliga a hacerlo, trataré de responder como lo siento.

—Sí, lo ha sido —murmuro—, pero luego... Luego he pensado que es tu trabajo. Creo que lo has pasado algo mal allí. ¿Estabas... estabas pensando en mí?

Yon traza una media sonrisa, pero aún no se atreve a acercarse a mí. Yo creo que está estudiando el terreno. No querrá que le suelte un bufido.

—No esperaba que sacaran esas imágenes, la película no está terminada ni montada. —Silencio—. Pensar en ti ha sido instantáneo.

—Podrías haberme llamado, en vez de venir hasta aquí.

—Quería verte en persona.

Yo me encojo de hombros.

—¿Para qué?

—Para saber si se había jodido todo lo que estamos comenzando.

Yo me muerdo el labio de abajo mientras me acerco poco a poco a él.

Él espera, expectante. Y, entonces, me pongo de puntillas y paso mis brazos por su cuello, envolviéndole también a él en la manta. Así estamos los dos calentitos.

Él se atreve a pasar sus manos por mi espalda.

—Yo no estoy conociendo a Malcolm. —Sonrío—. Yo estoy conociendo al mojigato de Lizarraga.

Y le beso.

Y Yon me devuelve el beso.

Sus labios acarician los míos lentamente, y yo no puedo evitar abrir mi boca con suavidad, liberando la lengua para encontrarse con la suya. El corazón me palpita con desenfreno cuando ambas se encuentran. Y siento entonces las manos de Yon acercarme con más fuerza. Entonces algo duro crece sobre mi vientre.

Yon se aparta de golpe.

—Daniela —se queja, respirando con dificultad.

Yo, sorprendentemente, disimulo bien el sofoco. Al final va a ser verdad lo que dijo Cat. Yo me muero de vergüenza y me tapo con la manta hasta los ojos. Y no me tapo más porque los

necesito para mirarle.

—Perdóname, nunca me había pasado esto —me dice.

Yo niego con la cabeza.

—¿Eso era...? ¿Era tu...?

Ahora sí, me tapo hasta la cabeza. Escucho la risa de Yon delante de mí, más cerca. Me acaricia el pelo y trata de quitarme la manta de los ojos.

—Vamos, mírame —me pide.

Yo la suelto poco a poco, pero solo hasta la nariz. Así me protejo.

—Sí —responde a mi pregunta—. ¿Estás bien? ¿Te he asustado?

Yo me río. Se me ha escapado. No quería reírme.

—Un poco.

Porque un poco sí que me ha asustado.

—Bien. Dejaremos por ahora las lenguas quietecitas —me propone.

—Pero a mí me gusta —me quejo.

Yon sonrío y besa mi frente.

—Y a mí. Pero no sé qué le pasa a mi cuerpo contigo. —Se pasa la mano por el pelo—. No quiero que te asustes otra vez. —Hace una breve pausa para mirarme fijamente—. No quiero que pienses que quiero... No voy a hacerte nada, aunque mi cuerpo reaccione.

—¿No quieres porque no te gusto? —pregunto, mirándome como si fuera idiota, tratando de buscar mis defectos.

Yon, como es natural, se queda pasmado con mi tontería.

—Pero Daniela. —Se ríe—. ¿Qué haces?

—¿Por qué no quieres hacerme nada?

—Porque no sabes ni lo que es ese “nada”. Porque te has asustado al sentir mi erección. Y porque te estás escandalizando ahora mismo al escucharme decir eso. —Me lleva hacia él y me abraza. Ya no hay nada duro, así que me acurruco a gusto entre sus brazos, dejando mi corazón escandalizado abandonado en un rincón, castigado, por hacer el ridículo.

—¿Por qué te gusto, Yon?

—Por eso mismo.

Cuando amezco, pienso que lo he soñado todo. Pero el mensaje que me mandó Yon a la una es la prueba irrefutable de que fue real.

Después de abrazarme y darme un beso rápido en los labios, se marchó, con la promesa de vernos el miércoles. Yo he dormido feliz. Con calor y feliz. Pero entonces recuerdo nuestra conversación y lo que sucedió, y me meto debajo del edredón colorada, esperando que mi padre no me llame ahora.

Erección.

Esa palabra me asustó. La palabra y lo que no fue palabra. Porque soy novata en estas cosas, e impresiona mucho este tipo de intimidades. Pero que Yon me asegurara que no me tocaría, me dejó más tranquila. Va a respetar mi inocencia. Le gusto en serio. Y eso, no sé por qué, también me asusta. Porque ha pasado poco tiempo, porque apenas nos conocemos, porque queda mucho por recorrer.

Le pregunto a Cat por teléfono, pero ella debe de opinar que es mejor hablar esto en persona, porque aparece a los dos minutos en mi habitación.

—¿No tienes que estudiar?

—Esto es más importante. Quita. —Se hace un hueco en mi cama y se mete debajo del edredón conmigo—. Entonces, se le puso dura.

—Sí.

—Y no quiere tocarte.

—No.

—Y te da cosa que te proteja así, que le gustes en serio.

—Sí.

—Explícate.

—¿Y si pasado un tiempo ve cosas en mí que no le gustan? ¿Y si le decepciono porque no soy lo que él buscaba? ¿Y si yo...? ¿Y si yo empiezo a sentir cosas?

Cat fija sus ojos en los míos. Nunca me había mirado así. Pero, claro, nunca le había contado nada sobre chicos. Conversaciones nuevas implican nuevas miradas y actos. Y a la Cat consejera en el amor aún no la conozco. Quizá sea tan gansa como las otras Cat. Pero cuando empieza a hablar, me doy cuenta de que esas otras Cat han tenido oculta a una amiga profunda e increíble.

—Dani, no tenemos el control sobre nada en esta vida. Mucho menos sobre el resto de personas. No tienes ni idea de lo que sucederá mañana, ni con él ni con nada. Tal vez Yon esté contigo hasta el final, tal vez te abandone a medio camino. Pero la falta de certeza no puede hacer que rechaces vivencias. Lo único que podemos hacer ante eso es evitar tantos “¿y si...?” como podamos en esta vida.

Yo dejo caer la cabeza sobre su hombro y la abrazo con fuerza.

—Te quiero —le digo.

Ella me da un beso en la cabeza como respuesta y me pellizca el culo. Adiós Cat madura.

—¡Me voy a estudiar! Luego hablamos.

Y, después de pegar un rebote en la cama para dislocarme el cuello, se va de mi habitación. Yo me quedo mirando al techo. Y, de pronto, me resulta ridículo el miedo. ¿Miedo a qué? ¿A sufrir? “No hay cosas buenas sin cosas malas”. Sonríe y me yergo sobre la cama.

Pero mis pulmones se cierran de golpe.

Yo me echo la mano a la garganta instintivamente. Mierda. El oxígeno.

No puedo evitar toser, echando algo de sangre. Y, mientras sigo ahogándome, pienso que no es tanta sangre como la última vez. Y eso, no sé por qué, me hace feliz.

Me levanto como puedo hasta el salón, tratando de no perder el poco aire que entra en mis dichas bolsas. Mi padre, al verme, se precipita hacia la maldita bombona y me pone la mascarilla corriendo.

—Respira —me dice. Yo asiento—. ¿Has dormido con el balcón abierto?

El balcón de mi habitación se ve desde el salón. Así que no hace falta que diga nada, porque supongo que es una pregunta que no es pregunta.

—¿Por qué? Daniela, podrías haberte ahogado por la noche con la alergia.

Yo no puedo decirle que Yon me había dejado muy acalorada con sus besos, porque es mi padre. Solo puedo encogerme de hombros y dejar que piense que soy una suicida.

Poco a poco me voy encontrando mejor, hasta que siento que ya no necesito la bombona, entonces me quito la mascarilla.

—¿Estás bien? —me pregunta. Yo me siento en el sofá mientras él va a por una toallita para mi mano manchada de sangre.

—Sí —respondo—. Ha sido un ataque pequeñito.

Mi padre sonríe, porque no puede hacer otra cosa más que resignarse.

—La próxima vez que tengas calor, coge el ventilador, que para eso lo tenemos.

Yo me pregunto desde cuándo demonios tenemos nosotros ventiladores mientras él se acerca y me limpia. También me pasa la toallita por la comisura de la boca. Vaya, qué asco doy.

—A partir de hoy dormirás con la bombona de oxígeno en la habitación.

—No pienso ir a todos lados de la casa con ese trasto encima.

—Solo mientras duermes. No tergiverses mis palabras.

Se sienta a mi lado y enciende la tele. Y a mí me parece increíble cómo el ser humano es capaz de adaptarse a cada situación de la vida, hasta el punto de normalizar una enfermedad y una inminente muerte. Y es que somos así, porque no nos queda otra, porque por mucho que mi padre se cabree con el mundo, esta es nuestra realidad, y tenemos que vivir con ella queramos o no.

Alargo la mano y estrecho la suya.

Unos minutos después, me quedo totalmente dormida sobre su hombro.

El miércoles amanece despejado. Mi padre se marcha después de comer para dejarnos a Cat y a mí arreglarnos para esa cata rara. Ella está demasiado emocionada. Yo le digo que baje un poco la efusividad, que me está poniendo nerviosa. Pero no hay manera, está como loca. Porque Rob es esto y porque Rob es lo otro. Yo sonrío sin querer. Ella me pregunta si estoy bien. Sabe lo de mi pequeño ataque de ayer.

—Sí. Oye, ¿a ti por qué te ha dado tanto por Rob? Solo le has tratado una vez.

—Suficiente —dice, pasándose la plancha con increíble rapidez—. Es divertido y tímido a la vez. ¿No te diste cuenta de lo nervioso que se ponía cuando le mirábamos todos? —Se ríe—. Es tan mono, con esos ojos de cordero.

Yo la miro desde el váter. Llevo sentada en esa tapa diez minutos, desde que he terminado de arreglarme, para estar con ella mientras se pinta, se peina, se viste... Se ha cambiado de ropa al menos tres veces. Yo solo dos.

—Ven, vamos a pintarte los morros.

—Pero poco.

—El marrón no se nota —dice, acercándose a mí y pasándome la barra repetidas veces. Después, con papel de váter, me da unos golpecitos en los labios, y termina mirándome como si fuera un cuadro—. Ya está.

Yo tuerzo el morro y me levanto para mirarme. Bueno, reconozco que me sienta bien a la cara. Me gusta. Y eso hace que sonría.

—Ahora los ojos.

—No, los ojos no, Cat. Me lloran siempre.

Ella bufa y vuelve a concentrarse en su pelo. Entonces suena el telefonillo. Ya están aquí.

—Mierda, entreténles, Dani.

—¿Qué? ¿Y cómo coño voy a entretenerles?

—¡Yo qué sé!

Me echa del baño y cierra la puerta. Yo doy un golpe mientras grito que es mi maldito baño, que no me saque de él como si fuera un perro. Me cago en ella y me dirijo tranquilamente al telefonillo, que ha sonado por segunda vez.

—¿Sí?

—¿Estáis listas? —pregunta la voz de Yon.

—¿Quién es?

Entretenerles...

—Daniela, deja de hacer el tonto.

—No he pedido nada.

—Seguro que Cat aún no está preparada —interviene Rob.

—No queremos publicidad.

Cuelgo.

—¡Caterina! —grito—. ¡Mueve el culo!

Vuelve a sonar el telefonillo. A mí me entra la risa. Parezco una niña pequeña.

—¿Sí?

—Te la estás ganando.

—Ya estamos bajando.

—Pues yo sigo escuchándote en el telefonillo.

—No, mira, escucha. —Abro la puerta de la calle, tratando de hacer sonido para que se oiga bien—. ¿Ves? Ya salimos.

—Daniela... No sabes mentir.

Me muerdo el labio de abajo, impaciente, aguantando la risa.

Y Cat sale por fin.

Yon me ayuda con la bombona, echándola al maletero. Al parecer, vamos a ir en su coche y yo seré la copiloto. Trataré de no mirar hacia atrás en ningún momento, porque no sé cómo puedo encontrarme a Cat. Quizá le coma la boca a Rob a la primera oportunidad.

Yon me mira mientras se acomoda en su asiento y arranca el coche. Los dos de atrás ya están enfrascados en una conversación sobre los estudios de Cat. Parece que Rob está flipando. Yo también flipé cuando me contó lo que iba a estudiar, porque su locura no encaja con la ingeniería aeroespacial. O tal vez sí, depende de cómo se mire.

—Te has pintado los labios —me dice Yon.

Yo asiento con orgullo.

—El marrón está ahora muy de moda —le informo, por si no lo sabe.

Él sonrío y me roba un beso rápido.

—Me gusta —dice.

—¿Qué leches es una cata de zumos? —pregunta Cat, acercándose y apoyándose en mi asiento. Está sentada detrás de mí.

—A mí también me gustaría saberlo —dice Rob.

Yon se pone en marcha. Y Cat se pone el cinturón.

—¿Qué parte no entendéis exactamente de “cata de zumos”?

—¿Desde cuándo se catan los zumos? —responde ella.

—No tengo ni idea.

—¿Y qué clase de zumos son?

—Cualquier fruta que se te ocurra.

—Oh.

—Es una cata a ciegas. Los recipientes son opacos.

Cat emite entonces un sonido parecido a una conformidad y vuelve a dirigir toda su atención a Rob, que miraba pacíficamente la calle por la ventanilla. Y, con ese simple gesto, puedo ver en él a un chico totalmente opuesto a Cat. Un chico que contiene lo que a Cat le falta, que le falta lo que a Cat le sobra. Un chico para ella.

—¿Te apetece? —me dice Yon.

—¿Hmm?

Yon sonrío. Yo no he oído nada de lo que ha dicho.

—Te preguntaba que si te apetece hacer algo después de la cata, tú y yo.

—¿Dónde es la cata?

—En las afueras, no está lejos.

—Y ellos, ¿qué harán?

—También haremos algo —dice Rob. Yo le miro justo cuando está dirigiéndole un guiño a Cat.

Un guiño inocente, muy lejos de los picantones que suelen echarle. Y ella, seguramente pensando lo mismo que yo, se ríe con la misma inocencia.

Ay Rob, lo que te espera.

—Está bien. ¿Qué quieres hacer?

—¿Puedes montar en bicicleta con el problema de tus pulmones?

—Bicicleta...

—No sabe montar en bici —salta Cat.

Entrometida.

—¿Nunca has montado en bici? —me pregunta Yon.

Yo me encojo de hombros.

—No tenía... No pude nunca hacer esas cosas.

Yon sonrío. Y yo espero que no esté pensando en lo que creo que está pensando. Porque patinar puede valer. Montar en bici es demasiado. Así que yo le digo que no quiero romperme un brazo y que deje de pensar tonterías para matarme, que por qué no podemos ir al cine como la gente corriente.

Pero él vuelve a sonreír.

Y yo me temo que tendré que aprender hoy a usar ese trasto.

Y cuando llegamos a la fábrica donde tiene lugar la cata, en medio del campo, y Yon se marcha un momento con el coche, dejándome con Cat y Rob, sé que ha ido a por las dichas bicicletas. Yo me pregunto de dónde demonios va a sacarlas.

Rob se acerca a mí. Es algo más alto que Yon, así que tengo que levantar más la cabeza para mirarle.

—Hay un puesto de alquiler de bicicletas a diez kilómetros. Para rutas por esta zona.

Vaya, parece que él también me lee la mente.

Nos sentamos en un banco de madera a esperar. Yo miro a mi alrededor con atención. Ese lugar no me parece una fábrica, parece más bien una enorme casa de campo, muy rústica, con plantaciones de frutas de gran extensión. El aire allí es limpio, así que mis pulmones me lo agradecen comportándose como si fueran normales.

Miro al cielo mientras Rob y Cat tontean. A mí me hace gracia, porque no he visto a Cat nunca tan recatada. A estas alturas ya solía estar metiéndole la lengua al chico en cuestión. Pero a Rob no se le acerca, mantiene bien las distancias. Solo un golpe aquí y allá, con sonrisitas. Un tonto en condiciones.

Me levanto para darles algo de espacio, y me llevo mi bombona conmigo. Les digo que voy a dar una vuelta, por indagar un poco. Ellos aceptan con gusto mi decisión, porque significa estar solos un rato.

Así que en absoluto me detienen cuando desaparezco por detrás de la fábrica.

Hay alguna persona esperando, todas mayores, así que no me preocupa que Yon se mezcle con el grupo, porque nadie le prestará atención. Eso es bueno. También es bueno que yo respire bien. Eso convierte este día en un día corriente.

Sigo caminando, entre los naranjos. Julio es período de cosecha, así que los árboles están preciosos. Siento la tentación de coger una naranja, pero ya bastantes voy a probar en la cata, así que interrumpo el trayecto de mi mano. También interrumpo mi paso, porque el carrito de las narices se ha atascado en el terreno. Mira que da por culo.

—¿Daniela?

Pego un respingo. Yon. Qué susto. Qué manía tiene con hablar de repente.

—Estoy aquí.

—¿Qué haces aquí? —dice su voz. Yo aún no sé por dónde me va a venir. Debería saberlo, porque he tenido que seguir indudablemente el mismo camino. Pero la verdad es que no tengo ni idea de hacia dónde está la fábrica. Con estos árboles no veo nada.

—Quería dar un paseo. Necesito —tiro del carrito, pero no avanza. ¿Qué leches...? —que me ayudes con esto.

Oh, es una roca.

Me agacho justo cuando él aparece. Casi me da un infarto cuando me yergo.

—Cómo te gusta hacer aspavientos —me dice.

—Y a ti acercarte en silencio.

Yon coge mi carrito y empezamos a caminar hacia la fábrica.

—¿Por qué te has alejado tanto?

—No me he dado cuenta. Quería dejar a Cat y a Rob solos.

—Podrías haberlos dejado solos doblando simplemente la esquina.

—Me ha entrado curiosidad. La producción al año de naranjas es de setenta millones de toneladas. Viendo la extensión de naranjos de este lugar, no sacarían ni el uno por ciento. Debe de haber en el mundo millones de lugares como este. Quizá uniéndolos todos, se podría ocupar la superficie entera de una provincia...

Dejo de hablar, porque Yon sonrío y yo así no me puedo concentrar.

No debería decir tantas tonterías. A lo mejor le aburro y ya no quiere hablar más conmigo. Pero cuando le miro a los ojos, veo en ellos la misma luz que veo en los míos cuando me miro en el espejo y pienso en él. Eso debe de significar algo. Quizá sea mi media naranja. Y se lo digo sin darme cuenta. Las palabras han salido solas. Me tapo la boca al segundo.

Él se ríe y abandona mi oxígeno para atraerme hacia su cuerpo.

Me mira con intensidad, y a mí se me colorean las mejillas, que con él se ponen muy sensibles. Yo creo que nunca terminarán de acostumbrarse.

Rodeo su cuerpo con mis brazos y sonrío. Y, entonces, él me besa suavemente, con sus manos sobre esas mejillas encendidas, haciendo que se enciendan más. Y yo les doy libertad, porque mis

sentidos se han centrado en otras cosas más interesantes, como sus labios sobre los míos, suaves, cálidos.

Recuerdo que no debo abrir la boca, que debo mantener a raya mi lengua. Pero acariciar la de Yon es una tentación demasiado grande, y mi lengua está rebelde, quiere salir. Y, para lograrlo, no tiene ningún reparo en acelerar mi corazón. Y no puedo evitarlo, y escapa, solo un poco, lo suficiente para acariciar al menos sus labios. Porque su lengua sí que ha cumplido su orden, como buena soldado, y no ha salido de su encierro.

Siento entonces que Yon sonrío antes de alejarse un poco.

Yo aprieto un labio contra otro, porque sé que me va a regañar.

—Estás tentando a la suerte, Daniela.

—Es que...

Apoyo la frente en su pecho para esconderme de esa mirada reprobadora.

—Al final vas a conseguir que pierda la cabeza.

—¿No puedo besarte alejada? Mira, así. —Me separo de él y me inclino sin tocar su cuerpo para que me dé un beso.

Él se ríe.

—Eso no va a cambiar lo que me sucede.

—Pero al menos yo no lo siento. Así no me asusto.

Vuelve a reírse. Y se inclina hacia mí despacio. Yo cierro los ojos, expectante. Pero sus labios nunca tocan los míos. En su lugar, besan con ternura mi nariz.

—Vamos —dice. Y su aliento choca contra mi boca.

Yo abro los ojos. Y cuando Yon coge mi mano y mi carrito, me resigno.

Miro al cielo mientras camino a su lado. En el campo parece más claro y los pajaritos más felices. Me gustaría poder volar como ellos, pero yo no tengo alas ni plumas ni huesos huecos ni otras muchas cosas necesarias para alzarme y deslizarme en el aire. Así que me conformo con la sensación. Porque cuando Yon me coge de la mano o me da un beso, siento que vuelo. Eso es lo que Yon significa para mí. Significa lo imposible. Porque si él está conmigo, entonces la lluvia también puede caer hacia arriba, el fuego también puede mojarse sin apagarse, las estrellas también pueden alcanzarse con la mano, y en vez de pisar la tierra, también podemos pisar el cielo.

Y, cuando le miro a los ojos, sé que él también lo sabe.

Con la cata de zumos me doy cuenta de que tengo el olfato y el gusto atrofiado, porque lo que es pera, a mí me parece manzana. Cat se ríe de mí, hasta que ella confunde el melocotón con la nectarina. Entonces tiene que callarse. Yo me pregunto mientras avanzamos de dónde leches sacan tanta fruta, si aquí solo hay naranjos, y se lo digo a Rob, que es el que más cerca está de mí en ese momento. Pero él tampoco tiene ni idea. Y tampoco tiene ni idea de por qué hay fruta que no es de temporada.

—¿Te preguntas siempre todo? —me dice, sonriendo. Rob también tiene una sonrisa bonita. A mí me parece que denota la benevolencia que a Cat le hace falta en la vida. Así que rezo en silencio por que pueda dejarla en sus manos cuando yo deje este mundo.

—Sí —responde Yon por mí.

—Siempre —recalca Cat.

Yo puedo aceptar la respuesta de Cat, pero la de Yon no puedo evitar rechazarla. Porque él no me conoce tanto como ella, él no puede decir lo que hago siempre si no ha estado conmigo siempre. Así que le doy un codazo.

—¡Y tú qué sabes! —le increpo.

Yon se queja de mi reacción.

—Maldita sea, qué fuerza tienes. —Se frota con la mano su brazo—. Dudo que te gustara saber cómo funciona todo si no te preguntaras nada.

Vaya. Tiene razón.

Pero yo, como buena orgullosa, me doy la vuelta en silencio con el mentón bien alto y me alejo para dar un sorbo a otro zumo.

Y llegan pronto las seis y media. Y entonces nos separamos. Antes de hacerlo, agarro de la mano a Cat para que no permita que me vaya con Yon a montar en bici, y propongo que los chicos vayan a disfrutar de ese pasatiempo mientras nosotras paseamos por el campo. Pero ella cree que debo crecer. Yo me río en su cara.

—¿Preparada? —me dice Yon cuando nos quedamos solos.

—No.

—Mira que te gusta dramatizar.

Baja las dos bicicletas del coche mientras yo contemplo la escena sin hacer nada.

—¿Cómo piensas que puedo llevar el carrito de mi oxígeno así?

—Dudo mucho que vayas a ir muy lejos. —Me mira y sonrío. Después me quita el carrito y lo deja a un lado del coche—. Bien, sube.

Yo contemplo la bicicleta como si fuera un animal extraño. Después, me acerco a ella lentamente y me subo con la ayuda de Yon. Regula el sillín conmigo encima para que mis pies lleguen bien a los pedales, y yo creo que con esas manos tan fuertes puede hacer lo que quiera conmigo. Eso me pone nerviosa.

Siento su aliento en mi cuello mientras aprieta de nuevo la tuerca que mantiene el sillín a la

medida adecuada. Después me da un beso rápido en la mejilla y sujeta con una mano el manillar y con otra la parte de atrás del sillín.

—Vamos allá.

—¿Qué hago? ¿Pedaleo?

—Sí, despacio.

Yo obedezco. Y la bici empieza a moverse. Yon me acompaña sin soltarme. Está tan cerca de mí que puedo oler el aroma que desprende. Me recuerda a la hierba recién cortada, al chocolate caliente, a las gominolas de ositos, a todas las cosas que me gustan. Estoy tentada de cerrar los ojos, pero comprendo que no puedo, porque estoy en una bici.

—Voy a separarme un poco. Tú pedalea en línea recta. Trata de mantener el equilibrio, Daniela. No dejaré que te caigas.

Yo asiento. Y, entonces él suelta el manillar, y después el sillín.

Soy capaz de avanzar tres metros antes de empezar a tambalearme, pero Yon llega a tiempo para sujetarme.

—¡Casi me mato! —me quejo.

—Claro que no. Te he dicho que no dejaría que te cayeras.

Y no deja que me caiga, en ninguna de las cuatro ocasiones que pedaleo sola intentando sostenerme. Él siempre llega para atraparme entre sus brazos, con fuerza, con seguridad. Así que, a la quinta, sintiéndome protegida, me echo a pedalear con libertad. Y consigo mantener el equilibrio, mantenerlo hasta el final, llenándome de una sensación de triunfo que nunca antes había sentido, que me llena el pecho y hace que me ría, que me ría sin parar. Y pienso que una vida corriente no da de sí para experimentar cada regalo de este mundo, pero que podemos aprovechar las pequeñas cosas que caen del cielo, como copos de nieve, atraparlas para que se deshagan sobre la piel y te calen hasta los huesos.

Así que cuando me trastabillo y caigo, no dejo de reírme, porque también es parte de la vida. Me dan igual los rasponazos de la rodilla derecha, que es sobre la que he caído, y el dolor del culo por el sillín. Me da igual todo. Pero a Yon no parece darle igual.

—¿Te has hecho daño? —dice con una preocupación exagerada cuando llega hasta mí.

—Dijiste que no dejarías que me cayera —le digo, aún entre risas.

—Lo siento, creí que lo tenías controlado. —Me levanta como si fuera una pluma—. ¿De qué demonios te ríes?

—Son solo rasponazos —respondo, ya de pie, sacudiéndome las piernas.

—Ven aquí. —Me coge de la mano y me lleva hasta el coche—. Voy a limpiarte eso.

Abre la puerta del copiloto y me alza un poco por las axilas para sentarme en el asiento con las piernas hacia fuera, colgando. Yo me siento como una niña. Como una niña reprendida. Me quedo callada y le miro mientras él recoge mi bici y la suya y las apoya en la carrocería de su Audi. A mí me parece un crimen darles la posibilidad a esos trastos viejos de arañar algo tan nuevo y bonito. Pero, como no es mi coche, no digo nada, y dirijo mis pensamientos hacia Yon y hacia la incomprensible sensación de sentir que he hecho algo mal.

—¿Por qué estás enfadado?

—No estoy enfadado.

Entonces comprendo que lo que quiere decir es que no está enfadado conmigo.

—No ha sido tu culpa —le digo.

Él me ignora mientras me pasa un pañuelo empapado en agua por la rodilla.

—Mierda, Daniela, tienes una buena herida —dice.

Me inclino para mirarme. Vaya, sí que es buena. He debido de caer sobre una piedra y la muy

canalla se ha llevado toda la piel que ha podido por delante. Parece una herida profunda, y verla provoca que me empiece a doler. Y a mí me parece increíble cómo una herida grave puede pasar desapercibida los primeros minutos si no te das cuenta de que existe. Cuando algo no se ve, duele menos.

Yon se yergue y va hacia el maletero. Cuando vuelve, lleva consigo un maletín de primeros auxilios. Tiene tiritas, alcohol, gasas. Presiona mi herida un tiempo con el pañuelo, en silencio, hasta que deja de sangrar, y después saca gasa y esparadrapo para protegerme el corte del polvo.

—No necesitaré puntos —comenta cuando termina de curarme.

—Pues vamos.

Salto del asiento y voy hacia la bicicleta.

—¿Qué? Daniela, no sabes montar.

—¡Claro que sí!

—Tienes la rodilla en carne viva. Deja eso.

Yo levanto mi bicicleta, dándole un tortazo a la mano que trata de detenerme. Porque quiero pedalear, rápido, a su lado, por el camino que bordea la plantación de naranjos. Y se lo digo. Y debo de tener en los ojos una ilusión indescriptible, porque cede más fácilmente de lo que esperaba.

—Pero ten cuidado —me advierte—. Pedalea lento.

—Si ibas a ponerte así, ¿por qué has insistido en enseñarme?

Yon bufá, pero no responde. Porque cuando tengo razón, tiene que dármele, igual que yo se la daría a él. Así funcionan las cosas, sin orgullo, que con orgullo no se llega lejos, con orgullo rompes cosas bonitas.

—Cuando te pones seria, estás muy guapa —me suelta, a cambio.

Yo miro hacia abajo, dejando que el pelo se expanda por los lados de mi cara, como una cortina ante la vergüenza. Y arranco a pedalear. Yon no tarda mucho en alcanzarme y adelantarme, riendo como un niño. Y avanzamos así por el camino, con el poco viento que sopla extrañamente a favor de nuestro movimiento. Y creo que no ha existido momento en mi corta vida que me llene con tanta libertad como aquí y ahora. Con él.

Me pongo la mascarilla y me siento en el banco de madera mientras Yon se marcha para devolver las bicicletas. Yo disfruto del oxígeno puro, que empezaba a hacerme falta después de tanto movimiento de pedales.

—Perdona, ¿puedo sentarme?

Levanto la mirada hacia la voz que me ha hablado. Es un chico joven, de dieciséis o diecisiete años, que sonrío con amabilidad, tal vez temiendo molestarme con su acercamiento repentino. Pero a mí no me molesta. Así que le hago un hueco.

—¿Has estado en la cata? —dice.

Yo asiento.

—¿Y te han gustado los zumos?

Me quito un momento la mascarilla.

—Sí, mi preferido ha sido el de melocotón.

Me la vuelvo a poner.

—Me alegro. —Sonríe—. Este lugar es de mi familia.

Me cuenta el origen y el crecimiento de la fábrica con orgullo, y yo le escucho entretenida, porque no hay mucho más que hacer por aquí, aunque no me habría importado mirar el paisaje durante la espera.

Mientras me habla, mi mente se dirige un instante hacia Cat. Me había olvidado de ella por completo, y de Rob. Me pregunto dónde están, qué estarán haciendo. Dudo mucho que Cat se haya tirado a Rob en algún rincón de este lugar. Pero no lo dudo porque no sea capaz, lo dudo porque Rob es diferente.

—Daniela.

Yon.

El chico se levanta del banco con los ojos fijos en él. Curiosamente, Yon hace lo mismo, pero con una expresión un poco desagradable. Yo creo que, aunque no le gusten los fans, no tiene que ser tan borde.

—Eres... Yon Malcolm —tartamudea el chico.

Yon asiente, dirigiéndose a mí para cogerme de la mano.

—Vámonos —me dice, tirando de mí.

—¿Puedo hacerme... una foto... contigo? —nos interrumpe el chico.

Yo le doy un codazo a Yon para que quite de una maldita vez esa cara de estúpido arrogante, que le sienta muy mal. Él parece comprender mi petición, porque acepta sacarse la dichosa foto y su ceño fruncido se desdibuja dando paso a una expresión más tranquila. Hasta que nos metemos en el coche.

—¿Qué demonios te pasa? —le pregunto, quitándome la mascarilla un momento.

Parece que sigo necesiéndola, a pesar de que llevo con ella un rato largo. Eso me preocupa, pero ahora prefiero centrarme en otra cosa.

—No me ha gustado verte con él —me responde.

Yo aprieto los labios entonces, tratando de aguantar el ataque de risa que está a punto de escapar de mi garganta.

—¿Estás... celoso?

Yon me mira mientras arranca el coche.

—Sí.

Y el ataque de risa escapa, imparable, por lo surrealista de la situación. Porque nadie creería que él pudiera tener celos, y mucho menos respecto a mí, una chica corriente, fuera del glamour al que está acostumbrado.

Pero una acometida de tos interrumpe mis carcajadas.

—No le veo la gracia —me responde él cuando mis pulmones se calman, después de asegurarse de que estoy bien.

Ya no necesito la mascarilla, sorprendentemente. Mis pulmones parecen estar de parte de Yon, porque esa interrupción brusca de mi risa para luego hacerse los buenos es muy sospechosa.

—Yon —digo, mientras dejo la mascarilla de nuevo en la bombona, a mis pies—. Es ridículo.

Lo es, porque los celos denotan inseguridad. Inseguridad como la que yo sentí cuando lo vi con Amanda Sol en una escena de pasión, cuando lo vi mirarse fijamente con ella en la entrevista. Una inseguridad que Yon Malcolm es imposible que tenga. Pero, claro, yo no estoy con Yon Malcolm, y eso no puedo olvidarlo. Igual que no lo olvidé con el episodio de la Sol.

—Yon —comienzo de nuevo—. Yo... yo no me alejaría de ti por nada. Si estoy contigo es porque quiero —digo, y mientras hablo comprendo yo también. Que los celos no sirven de nada, que si estamos juntos es por voluntad propia, que la confianza debe acompañarnos en este viaje.

El carraspea. Está incómodo, quizá por no haber experimentado nunca esa sensación tan desagradable. Ambos estamos en un terreno desconocido, y tendremos que aprender juntos, porque podemos ser fuertes si nos damos de la mano y aguantamos las tormentas que lleguen. Pero no podemos soltarnos, porque si nos soltamos, nos perderemos.

Y, de nuevo, Yon parece leerme la mente, porque extiende sus dedos hacia mí, invitándome a que los entrelace con los míos. Es su modo de pedir disculpas, y yo las acepto con ganas. Sentir las manos de Yon es sentir el propio sol.

—¿Dónde están Cat y Rob? —pregunto.

—Han caminado hasta el pueblo. Los recogeremos y os llevaremos a casa.

Y los recogemos y nos dejan en casa.

Y Cat y yo pasamos el resto de la tarde hablando de ellos, de lo que hemos hecho, de lo que podríamos hacer. Ella dice que aún no ha besado a Rob, y yo la creo. Yo le digo que Yon se ha puesto celoso, y, aunque alucina con mi revelación, también me cree.

—¿Qué estás haciendo con ese pobre chico? —me increpa, sentada en mi cama y abrazando un cojín—. Estás acabando con él.

—¡Cat, claro que no!

—Primero deja a esa modelo rubia, luego te visita de madrugada para comprobar que estás bien después de ver el culo de Amanda Sol en su mano, luego decide que es mejor no tocarte y se abstiene del sexo hasta que estés preparada, ahora resulta que está celoso...

Echa una carcajada al ver mi cara de espanto y tira de mí para tumbarme en la cama, a su lado. Yo le digo que no he tenido amiga más idiota en la vida. Ella piensa que ha sido más idiota en otras épocas, pero agradece mis palabras en nombre de sus anteriores “yo”. Después recibe un mensaje de Rob y se pierde por un momento en su móvil.

—O sea que por fin tienes su teléfono.

—Le he dado el mío antes, cuando nos hemos despedido.

Cuando se han despedido ellos en el portal y nosotros junto a su coche. Yon y yo. Y recuerdo su adiós, su pellizco en mi mejilla, su beso en mi sien. No ha querido besarme en los labios, no se fia de mi lengua. Yo no se lo puedo reprochar, porque mi lengua es muy independiente, a ella le gusta hacer lo que le da la gana. Así que le he sonreído, me ha dicho que hablaremos, y he subido a casa, con Cat detrás de mí.

Y creo que este día ha sido un día de esos que se recuerdan en los peores momentos, un día azul, soleado, *brillial*, como los llama Cat. Días *brilliales*, brillantes y geniales.

Yon se pasa el resto de la semana grabando. Y Cat estudiando para su último examen de recuperación, cagándose en su mala suerte. Así que no puedo disfrutar de la compañía de ninguno. Decido emplear mi tiempo en leer con mi padre, tocar el violín y acariciar las teclas del piano para crear una nueva melodía, una lejana a todo lo que suelo interpretar. Porque la música representa tu estado interior. Y mi interior ya no es como el de antes de mi cumpleaños. Mis veinte años me han traído sensaciones nuevas, regalos que no esperaba. La Muerte ha decidido ser benevolente, porque le ha permitido a La Vida darme un aliento más fresco antes de arrebatármelo. Así que yo sonrío mientras compongo, como si nunca antes hubiese tocado esas teclas.

Mi padre disfruta escuchando desde el sofá, en silencio, con los ojos cerrados y una sonrisa dibujada en su cara. Y a mí me parece una estampa bonita, familiar, de hogar.

Un mensaje me interrumpe. Es Cat. Que ponga la televisión.

Yo enciendo la televisión en el canal que me indica. Y veo a Yon, escapando de una bandada de buitres que lo acosan al salir de un bar con parte del equipo de su película. Las preguntas que le hacen me taladran el pecho.

“¿Quién es la chica con la que sales?”

“Te vieron en el campo con una chica, ¿qué puedes decirnos de eso?”

“¿Cómo se llama?”

“¿Es conocida?”

Yon no responde a ninguna, se mete en la furgoneta negra de producción, junto con el resto del elenco, y salen de allí cagando leches.

Mi corazón se detiene.

La foto que sacan a continuación es reveladora. El cabrón del chico de la fábrica abarcó en ella más de lo necesario. La mano de Yon estrechando la mano de una chica.

Al instante espero algo que no tarda en llegar: un mensaje de Yon, y tres palabras.

*Tenemos que hablar.*

Me quedo mirando el móvil sin decir ni hacer nada. Las personas suelen tener miedo a esas palabras, pero yo no tengo miedo. Todavía no. Es sencillo sentir miedo ante la falta de certeza, de conocimiento, porque yo no sé de qué quiere hablar, qué quiere decirme, y mi subconsciente solo me suelta cosas malas, a diestro y siniestro. Porque tal vez sí, tal vez quiera abandonar el camino que estábamos empezando a construir. Pero, por el momento, no tengo esa información, y aunque esas palabras sean una posible puerta hacia esa oscuridad, no tiene sentido temer. Si temo ahora, temeré dos veces.

Así que le contesto que cuándo y dónde, y él me pide que me acerque cuando pueda al lugar de grabación, que están las cosas algo revueltas y no puede salir.

Y yo voy, con Cat, que ha insistido en acompañarme, porque —dice— que quiera hablar en persona es sospechoso y quizá la necesite, que no le importa ahora mismo el examen. Promete quedarse en el coche, y yo me quedo más tranquila con ella cerca.

Aparca en el lugar que nos ha indicado Yon, y esperamos. La bandada de buitres está por ahí, atentos a captar cualquier información, cualquier foto valiosa. A mí me ponen tan nerviosa, que estoy a punto de sacar la cabeza por la ventanilla para mandarlos a tomar por culo.

Pero otro mensaje de Yon me aleja de la tentación. Me pide que camine con naturalidad por detrás, como si fuera un peatón corriente, que vendrá a buscarme un técnico y me llevará dentro de la zona restringida.

Y así sucede. El técnico se llama Albert, y a mí me cae muy bien.

Yon me espera dentro de una especie de habitación portátil. Subo la escalerilla y entro. Le encuentro sentado en un sillón, mirando a través de la pequeña ventana. No se da cuenta de que estoy dentro hasta que camino un poco hasta él, mirando con curiosidad el espacio, bastante acogedor para ser un cubo. Hay una mesa de madera con sillas, un frigorífico, sillones, ventilador.

Yon me mira.

—Hola —musito.

Él se levanta y se dirige hacia mí.

—Siento haberte hecho venir con tanta urgencia. ¿Has visto lo que ha ocurrido?

—Sí.

Cierra los ojos y niega con la cabeza.

—Tengo que sacarte de mi vida.

Yo me quedo un momento callada. Mi pecho se agita, impaciente, esperando que me queje, que le disuada. Pero soy incapaz de hacerlo. Es su decisión, y no puedo obligarle a mantenerme en su vida si no quiere. Y mi corazón parece romperse, arrastrando con él ilusiones y luz, llevando por todo mi cuerpo la sensación de estar cayendo, como en el juego de la torre, cuando quitas una pieza de la base y todo cae inevitablemente.

—De... de acuerdo —consigo decir—. ¿Quieres...? ¿Me voy?

No quiero llorar, pero el corazón llega a todas partes con facilidad, tiene acceso a cada poro de mi piel, a cada rincón. Y a mis ojos también. Así que poco a poco comienzan a humedecerse. Y yo me pregunto cómo puede estar sucediéndome esto, si Yon apenas acaba de llegar a mi vida. No sé de dónde ha salido ese sentimiento. Ha sido como una sombra silenciosa, rápida, imperceptible, que ha plantado la semilla de la ilusión en mi pecho. No ha logrado detenerla ninguno de los inútiles de mis sentimientos. Ni el miedo, ni el respeto, ni la precaución. Ni siquiera la vergüenza. La vergüenza ni se ha dignado a volver. El subconsciente le ha hecho la cruz.

Yon me mira con sorpresa.

—Daniela...

—Me... me voy. Yo... me ha gustado conocerte, Yon.

—¿Qué? ¡No!

Pero yo ya no escucho. Mi corazón parece haber taponado mis oídos. Me doy la vuelta para marcharme, pero él me sujeta.

—Daniela, maldita sea, no te estoy dejando.

Yo abro mucho los ojos y le miro. Las lágrimas ya están brotando a su antojo, aunque yo no comprenda nada. Ni a él ni a mí.

—Has dicho... —Sorbo por la nariz—. No sé por qué estoy llorando.

—No me refería... Lo siento, ven aquí. —Me recoge entre sus brazos y me besa la frente y el pelo mientras me acuna—. Me he expresado mal. Tengo que sacarte de mi vida a ojos del mundo. Te he pedido que vengas porque quiero explicarte lo que voy a hacer para ello, para que no te asustes. Mirame. —Me alza el mentón para que dirija mis ojos a los suyos, y me limpia las lágrimas—. Daniela...

—No entiendo...

Posa sus labios sobre los míos, pero un repentino carraspeo interrumpe el agradable beso. Los dos nos volvemos hacia Amanda Sol, que está en la puerta, mirando al techo. Es más guapa en persona, y me hace sentir pequeña. ¿Por qué demonios me hace sentir pequeña todo el mundo? Mi autoestima se calla como una cobarde.

Amanda cierra tras de sí, dedicándome una sonrisa amable, y yo siento que esa chica tiene benevolencia en su interior. La autoestima parece hincharse un poco. Yo le digo que no se moleste, que ya ha quedado como una gallina.

Yon no me deja alejarme de su cuerpo cuando trato de separarme.

—Así que tú eres Daniela —me dice, y me tiende su mano—. Amanda.

¿Por qué los actores se presentan? Si ya sabemos quiénes son.

Le estrecho la mano y pronuncio un ronco “encantada”, culpa del reciente disgusto. Carraspeo un poco. Me doy cuenta entonces de que Amanda sabe mi nombre. Han hablado de mí. Yon ha hablado de mí.

—¿Por qué me has mandado llamar? —le pregunta a Yon.

—Necesito que me ayudes.

Y nos cuenta a ambas sus pensamientos, nos cuenta que no dejarán de buscar a esa chica desconocida, por morbo, que le perseguirán constantemente hasta conseguir la exclusiva, que necesita sacarme de la ecuación, y que solo podrá hacerlo si le ven con Amanda de la mano, una noticia igual o más jugosa. Porque los seguidores se volverán locos. Se olvidarán de la posibilidad de que esa mano no sea la de la Sol.

A mí la idea de ver a Yon de la mano de la tía con la que se ha magreado en bolas no me hace mucha gracia, pero tampoco quiero que Yon viva acosado, que no podamos vernos. Así que asiento, conforme, porque Amanda me mira con ojos buenos y me dice que no me preocupe, que es como su hermano. Me cae bien, y se lo digo a Yon cuando se va.

—Es una buena chica —me responde.

Yo sonrío.

—Bueno, me marchó.

Pero Yon me mantiene anclada a su cuerpo. Yo le miro con atención, sin saber muy bien qué más quiere de mí. Apoyo mi barbilla en su pecho y fijo mis ojos en los suyos desde ahí abajo, rodeando su cintura con mis brazos. Él me acaricia el pelo, sin apartar sus ojos de los míos.

—Cada vez que creo conocerte, me sorprendes con una cara nueva —me dice.

—¿Qué?

—Has aceptado que te dejara sin decir nada.

Yo creo que mi cara lo decía todo.

—¿Qué querías que dijera?

—Al menos un “¿por qué?”.

—Pero yo ya sabía el porqué. Y, de cualquier forma, el porqué no importa. El resultado es el mismo sabiéndolo o no.

—Las personas siempre quieren razones.

—¿Para qué?

—Para sentirse mejor.

Yo me quedo pensando en eso. Y no entiendo qué razón podría hacerme sentir mejor si Yon resuelve apartarse de mi vida. Quizá pedir razones está relacionado con la esperanza, la esperanza de que la razón no sea tan grave y se pueda recuperar al instante lo perdido.

Mi móvil empieza a sonar, y nos aleja de ese momento.

—Cat —respondo—, estoy bien, ya salgo.

Ella gruñe y cuelga.

—Te llamo para vernos —me dice Yon, y me sujeta un último instante—. No voy a besar a Amanda. Quiero que te quedes tranquila.

—No tienes que decirme nada. Confío en ti, Yon —le respondo, y le beso.

Él me mira como si acabara de decir algo extraordinario, y me deja ir, trasladado de pronto a otro lugar de su mente.

A Cat no le parece buena idea, le parece mejor idea pegar un puñetazo a cada uno de los gilipollas que se metan en su vida, porque ya es suficiente y alguien tiene que hacer algo. Yo le digo que se quede quietecita, que no está el horno para bollos. Y los días que pasan tras mi visita a Yon parecen relajarla, porque no vuelve a mencionar el suceso, ni siquiera después de su examen, que ya no tiene nada mejor que hacer que quejarse.

Yo paso esos días con más distracciones que las esperadas. Cuando me despedí de Yon, recé en silencio por tener algo que hacer, para no pensar mucho en cosas desagradables. Y las distracciones parecieron salir hasta de debajo de las piedras. Tuve que ir al hospital a revisión, para escuchar que no estoy mejor pero tampoco peor; tuve que visitar con mi padre a sus antiguos compañeros militares, todos demasiado intimidantes como para preocuparme por otra cosa que no fueran ellos; tuve que acompañar a Cat a arreglarse para una cita con Rob, a comprar, y a los bolos, que teníamos que pasarlo bien; tuve que —quise— terminar de componer la melodía a piano; y, así, el tiempo se me pasó volando.

Hoy ya es sábado. Cat quiere salir para celebrar su final de exámenes. Yo le digo que no me apetece mucho. He hablado con Yon de vez en cuando, pero no lo suficiente, y eso ha marchitado mi ánimo como el hielo marchita una flor. Cat dice que puedo ser una flor marchita en mi casa o una flor marchita con una copita de más. Yo creo que esta chica no está bien.

Pero salgo, porque me apetece quedarme en las risas de Cat, permanecer allí al menos esta noche, que se está muy bien, y no en mi cama mirando al techo.

Pero esta noche no resulta ser tan divertida.

Cat pide otra copa. Y otro chupito. Y yo bebo un poco, la décima parte que ella. Pero la décima parte que ella, esta noche, también es demasiado. Yo no me explico por qué bebe tanto, hasta que se toma el tercer chupito y me lo suelta, que Rob no le habla desde hace dos días, que ha visto en las redes que estaban Yon y él súper a gusto con Amanda Sol y otra zorra —lo de zorra lo dice ella—, que los hombres son unos cabrones, que te cambian a la mínima. Y sigue echando veneno hasta que sale despedida al baño para vomitar.

Yo me encuentro algo mal. Se supone que no deberíamos haber bebido para poder llevar el coche con mi bombona. Pero ambas estamos ciegas. El poco ron que he bebido me ha subido rápido a la cabeza. Será cosa de la falta de costumbre.

Cuando persigo a Cat hasta el baño, me tambaleo peligrosamente. Pero la pared es una buena amiga, la pared siempre te sostiene, y yo creo que Cat es como una pared, cuando no está envenenada y no te envenena a ti también con sus ideas. Porque yo confío en Yon. Pero con alguna copa encima y un mordisco de la víbora que tengo por amiga, ya no confío tanto. Encima la muy perra me ha enseñado la foto que la ha trastornado a ella, una foto robada por los paparazzi donde enfocan a Rob susurrando a una morena y a Yon riendo con su mano sobre la pierna de la Sol.

La madre que me parió.

—Cat. —Llamo a la puerta. Con esa música casi no me escucho ni a mí, así que dudo mucho que pueda escuchar a Cat.

Espero, y espero, y espero. El mundo se mueve a mi alrededor sin parar.

Entonces suena mi móvil. Es un número desconocido.

—¿Ho... hola? —Tengo ganas de vomitar yo también.

—Dani. Soy Rob. ¿Estás con Caterina? Me ha llamado, ¿Está borracha...?

Le cuelgo.

Oh, Dios. Esta chica es imbécil.

—¡CATERINA! —Aporreo la puerta con los puños y los pies—. ¿Has hablado a Rob?

Oh, Dios. Toma 2. Rob me ha llamado, Rob no tiene mi número, a Rob se lo han dado, a Rob se lo ha dado Yon, Yon está con Rob, Yon sabe que Cat está borracha, Yon sabe que estoy con ella, Yon sabe que yo también estoy borracha.

Cat sale por fin. Está hecha un asco. No quiero saber cómo estoy yo, así que no me miro ni al espejo, aunque ni siquiera podría enfocarme.

—Le... dicho... que es... es inécil.

Madre mía.

Me suena el teléfono otra vez. Yo trato de enfocar mientras sostengo a Cat para salir de ese tugurio. Creo que pone “Yon”. Joder. Estoy tan nerviosa y tan borracha que me echo a reír mientras lloro. Cat solo llora.

Nos tiramos en una esquina cuando salimos a la calle. Y nos insultamos como borrachas, arrastrando palabras. Somos penosas. Le digo que no debería haber hablado a Rob, que cuando una está borracha no debe hablar a nadie. Ella me dice que me calle, que le duele la cabeza. Yo creo que aún no le puede doler nada, así que le pego un tortazo en el brazo, y ella me suelta su mano en mi pierna.

Mi teléfono vuelve a sonar. Me niego a cogérselo. Pero ya van seis veces, y seis empieza a parecer preocupación sincera. Carraspeo, tratando de no sonar borracha. Y a la siguiente, descuelgo.

—¿Sí?

—Menos mal. Daniela, ¿dónde estáis?

Cat balbucea cosas sin sentido al teléfono. Creo que tienen que ver con Rob. Yo trato de centrarme en la conversación.

—Etams... eh... —Yo qué sé dónde coño estamos. Ahora mismo no sé nada.

—Joder, me cago en la puta, Daniela, céntrate.

Suelto una carcajada, porque escuchar a Yon enfadado me parece ahora muy gracioso. Ya veremos más tarde si me lo sigue pareciendo.

Le pregunto a Cat que cómo se llama este sitio mientras escucho a Yon jurar por lo bajo. Cat dice un nombre, pero creo que lo ha dicho mal. Aun así, trato de transmitirlo vocalizando las letras que he interpretado.

—Ese sitio no existe —suelta Yon tras unos segundos. Seguramente ha buscado el lugar y ha encontrado una mierda—. Daniela, trata de enviarme la localización.

Enviarle la localización... Me quito el móvil de la oreja y toqueteo la pantalla, tratando de hacer lo que me dice, pero es que no veo bien. Y un ataque de tos interrumpe mi propósito. Cat me sustituye mientras me recupero. Pero ella es capaz de hacer menos. Así que escucho a Yon perder la paciencia.

Yo detengo a una persona que pasa por la calle. Él nos mira como si fuéramos despojos, y yo siento que lo somos, así que no puedo quejarme. Le paso el teléfono mientras le pido que le diga

al chico que hay por la otra línea dónde demonios estamos. Y se lo dice. Y se lo agradezco.  
Yon me cuelga después de decir que ni se nos ocurra movernos.  
Entonces me dejo caer, y me acurruco con Cat sobre una pared.  
—Vien a por nostas... —baluceo.  
Ella asiente, y se queda dormida encima de mi hombro.

Yon y Rob nos recogen del suelo como si fuéramos sacos. La vergüenza en este momento campa a sus anchas, porque el alcohol ha matado a mi subconsciente. Yo evito mirar a Yon a los ojos, pero estoy demasiado borracha como para lograr cualquier cosa que me proponga. Así que mis ojos hacen lo que les da la gana. Y le miran. Parece aliviado, pero también enfadado. Es una mezcla rara.

Nos meten en los asientos de atrás y nos ponen los cinturones. Yo le digo a Yon que me deje, que sé ponérmelo solita, que no estoy manca.

—¿Dónde está tu bombona?

Le digo que está en el coche de Cat, y él no espera a que le demos las llaves, las coge él del bolso, porque sabe que somos incapaces de abrirlo nosotras y buscar. A mí me parece una violación a nuestra intimidad, pero no puedo quejarme porque no sé decir esa frase tan difícil. Me pregunto entonces en qué momento me he puesto tan borracha, si en la segunda o en la tercera copa poco cargada. Pero luego recuerdo que me he tomado un chupito, y entonces me río.

—¿Dónde está el coche?

—Mmm... —Miro a mi alrededor. El coche... El coche estaba en un parking, cerca. Y se lo digo. Rob se queda entonces con nosotras mientras Yon va a buscarlo.

Cat está frita. Y Rob decide acariciarle la cabeza desde el asiento de delante. Rob parece que tiene cara de atención sincera, de afecto, de interés. Y creo que hemos sido un poco tontas, porque un susurro no dice nada, y una mano en una pierna, después de avisarme de esa treta, dice menos.

Pregunto qué hora es cuando nos ponemos en marcha. Porque mi padre me espera. Y cuando me dicen la hora me cago en la puta madre que parió al que inventó el reloj, con perdón para su madre. No puedo dejar que mi padre me vea así. Trato de sacar el teléfono, pero no atino con la pantalla.

Cuando lo consigo, agradezco que exista el autocorrector, porque el mensaje que le escribo a mi padre no tiene nada que ver con el que se envía. Voy a llegar tarde, le digo, no te preocupes, que estoy con Cat y Yon. No menciono a Rob, porque no sabe quién demonios es Rob.

Mi padre me responde al instante. A mí me sorprende leer —cuando enfoco— que no me preocupe, que se fía de Yon. Debo de haberle transmitido mis sentimientos, porque él no conoce a Yon estrechamente, solo de la ocasión del hospital. Sonríe y les pido que no nos lleven a casa.

Y nos llevan a su loft.

Rob entra primero para sujetar la efusividad de Rock y que no nos tire. Porque, aunque ya nos empezamos a recuperar, aún estamos algo perjudicadas. Cat más que yo. Así que a Cat la tumban en la cama de Rob. Rob quiere espabilarla, porque mañana le dolerá todo. Quiere que beba mucha agua, como yo. Pero es inútil. Está cao. Así que se queda con ella, por si despierta. Y Yon y yo nos quedamos en los sofás, con Rock, que se tumba a nuestros pies.

—Qué cómodos... —digo, echándome hacia atrás con gusto, y arrastrando un poco las palabras todavía. Ese respaldo acolchado es mucho mejor que la pared del garito.

Yon me llena el vaso de agua cada vez que me lo termino. Y yo lo mantengo abrazado a mí, como si fuera un tesoro que no puedo soltar.

—¿Cómo has podido llegar a este estado? —me pregunta.

—No sé, no me he dado cuenta.

Yon suspira.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor.

—Me alegro de verte, aunque no sea en las mejores condiciones.

Entonces me doy cuenta. Me doy cuenta de que podría haberme visto si hubiera querido, que ahora estoy en su loft y no ha pasado nada. Y quizá es el alcohol, pero de repente no me parece tan cómodo ese sofá. Así que me levanto, trastabillándome un poco, y dejo el vaso en la mesita del centro.

—¿Qué haces?

—Quiero irme.

Me dirijo como puedo a la habitación (“habitación”) de Rob para recoger a Cat y salir de ahí, pero Yon me detiene sujetando mi brazo.

—¿A dónde demonios vas?

—A despertar a Cat.

—Daniela, siéntate, sigues borracha.

Yo siento el corazón en las sienes. Aún tengo alcohol en el cerebro. Lo siento, circulando a su antojo, controlándome como si fuera su marioneta. Mañana me cagaré en el ron, pero hoy...

—Suéltame.

Y me suelta. Parece sorprendido. Yo también lo estoy, porque nunca me había escuchado así. Parezco enfadada, molesta. El alcohol incrementa la importancia de un problema. Yo le digo que se relaje, pero no se relaja. Parece disfrutar de sus últimas vueltas antes de desaparecer de mi organismo.

—¿Qué te pasa?

—No has querido verme. No te obligaré a hacerlo porque esté borracha.

Yon respira hondo, y decide ser más inteligente que yo. Decide que no discutirá conmigo en este estado. Yo agradezco en silencio su decisión, y despierto a Caterina. Ella se queja, coge la mano de Rob como si fuera un peluche, se da la vuelta y se acurruca otra vez. La madre que la parió.

Tengo que volver a casa. Ese pensamiento se instala en mí, como un clavo que van amartillando, cada vez más dentro. Hasta que llega a los pulmones.

Tos, asfixia, sangre. Me caigo al suelo. Mierda. Espero no morirme en el piso de Yon, y rezo porque La Muerte se espere al menos a que me lleven al hospital.

Lo último que veo es a Yon acercarse corriendo y sostenerme, traerme la mascarilla, jurarme que si me muero ahora no me lo perdonará, y gritar a Rob con urgencia para que llame a una jodida ambulancia.

Después, todo se oscurece.

Déjà vu.

Abro los ojos. Todo blanco. La doctora Ortega a mi lado. La mascarilla de oxígeno en mi cara. Tengo que estar viva por narices. Mi Cielo no sería tan cutre. Aunque quizá esté en el Infierno, por mi borrachera de anoche.

Al principio no recuerdo mucho, pero después mi memoria me echa con rabia a la cara, como si fuera una bola de papel, todo lo sucedido, diciéndome venenosamente que me merezco el dolor de cabeza. Trato de no mostrar frente a la amable doctora mi maldición malhablada.

—¿Me he quitado otro medio año de vida? —le pregunto.

La doctora Ortega sonrío mientras me ausculta y hace que mire una maldita lucecita. Hacia arriba, hacia abajo, hacia los lados.

—No. ¿Cómo te encuentras?

—Mal.

Vuelve a sonreír.

—Tus salidas nocturnas son deporte extremo —me dice—. Iré a buscar a tu padre.

Aún es de noche, lo veo a través de la ventana que tengo cerca. Bien puede ser que hayan pasado unas horas como que hayan pasado días. Pero cuando veo llegar a mi padre, creo que se trata de la primera opción, porque no tiene la cara muy desencajada.

—¿Estás bien?

No, tengo resaca.

—Sí. ¿Está aquí Cat?

—No.

Esta chica no se ha enterado de nada. Menudo pedo llevaba.

—Pero sí que está ese chico. Voy a empezar a achacarle tus ataques.

No lo dice en serio, porque se está riendo.

—¿Dónde está?

Mi padre besa mi frente y me dice que va a buscarle, que está en la sala de espera, y que nos dejará hablar a solas. Antes de irse, también apunta que es un buen chico. Yo me pregunto cuánto y sobre qué habrán hablado.

Yon coge mi mano en cuanto llega.

—¿Estás bien? —me dice, sentándose sobre la cama y fijando sus ojos en mí con profundo alivio.

Yo asiento.

—¿Por qué no me hablaste para vernos?

—No quería arriesgarme, pero esta noche no he tenido de otra. —Suspira—. Hay un grupo de paparazzi rondando mi casa, Daniela. Un vecino nos ha ayudado a salir. Le he dejado mi coche y mi ropa. Le estarán persiguiendo un buen rato.

—Creí que la historia con Amanda ya te había liberado de ellos.

—No de todos.

Yon sonrío, pero parece cansado. Aprieto fuerte su mano, y él me devuelve el apretón. Y me acaricia el pelo, la mejilla, besa mis dedos, y pone su frente sobre la mía.

—Menos mal que estás bien —susurra.

Y yo quiero responderle que el alivio de hoy no será el de mañana, que no olvide mi destino, que mi plazo termina el año que viene, que recuerde. Que recuerde que acabará. Que recuerde que me perderá, que nos perderemos los dos, que este camino que estamos empezando termina pronto en un precipicio. Pero las palabras no me salen, mi pecho las tiene encerradas, muy dentro, porque ahora él tampoco quiere escucharlas, porque se ha aferrado a la mano de Yon y no quiere soltarla, porque ahora su vida es el presente, no el mañana.

Así que, en vez de hablar, sonrío.

Las semanas pasan, y octubre amanece con el calor de una mañana de agosto. Desde que conocí a Yon, todos los días son verano, todas las noches son claras, y los meses pasan como aviones en el cielo. A mí me da miedo, porque el placer de los días que suceden son también nuevos montones de arena que caen de mi reloj terminal.

Cat sale oficialmente con Rob, porque a la que susurraba en la foto era su prima, y porque él no le habló en dos días, pero ella tampoco, y eso no se lo pudo debatir. Que si pedimos la igualdad de género, hay que pedirla para todo. Así que, desde la mañana siguiente a su borrachera, decidieron ser uno, como Yon y yo, empezar a crear algo juntos. Y, de la misma forma, comenzamos a crearlo también los cuatro, sin querer, de forma natural, los planes se fueron convirtiendo en hábitos, y salimos por las noches, montamos en bicicleta, paseamos por el campo, fuimos al cine, fuimos a cenar, a los recreativos, a los bolos. Todo con recato, para no llamar la atención de los paparazzi de nuevo.

Pero ahora Yon tiene que viajar, porque empieza la promoción de su película, así que los hábitos tendrán que esperar a su vuelta.

—Te voy a echar de menos —le digo.

Ha venido a mi casa, porque para mi padre ya es un amigo, y no pasa nada porque esté pisando ese suelo. A Yon le impone un poco, y por eso mi padre siempre se marcha a su biblioteca, para que pueda hablar a gusto y sin presión.

Él me da un abrazo. El coche que le llevará al aeropuerto está abajo esperándole.

Los dos nos miramos como tontos. Nos hemos preguntado muchas veces que cómo hemos podido llegar a esto, que en qué momento nos hemos vuelto tan locos el uno por el otro. Yo no puedo parar de besarle la mano. Él no puede parar de acariciar mi mejilla con la otra. Es algo natural, no poder parar de tocarnos, de sentirnos. Mi corazón sigue latiendo como si fuera la primera vez. Es una sensación extraña, que se concentra en mi garganta, porque mi cuerpo quiere chillar, desesperado, sin saber qué hacer con el sentimiento que le inunda, demasiado grande para él, para sostenerlo.

—Volveré en un mes —me dice.

Yo quiero incluir “para después volver a irte otro”, pero, en su lugar, asiento. Y él posa un instante sus labios sobre los míos. Después, me sonrío y se marcha.

Cat no tarda en aparecer. Ha estado pegada a la mirilla de la puerta de su casa, hasta que ha visto a Yon salir de la mía. Quiero decirle que es una cotilla, pero está aquí para distraerme, porque sabe que estar sin Yon un mes escuece un poco. Así que me callo, dejando que haga a gusto su trabajo de amiga.

—Un mes se pasa enseguida. Si comemos helado cada viernes, la espera se hará más corta.

Yo le pregunto que qué demonios dice.

—Si tú te enfocas en algo más cercano, lo lejano acaba llegando sin darte cuenta.

Puede que eso sea lo más inteligente que haya escuchado decir a Cat desde que nos conocemos.

Así que le doy la enhorabuena, para que siga así, igual que se le acaricia a un perro por haber traído la pelotita que le has tirado. Ella me pega un guantazo, porque hoy no tiene cojines.

Y un mensaje en mi móvil interrumpe el que le iba a soltar yo a ella.

Yon.

*Dile a Cat que no te lleve por el camino oscuro, que este mes no estaré yo para impedirselo.*

Yo sonrío.

—¿Aún no habéis...? —me suelta Cat de repente.

Mis dedos se interrumpen sobre el teclado cuando estoy a punto de responder.

—¿Qué?

—Follado.

—¡Caterina! —Miro en dirección a la biblioteca—. Está mi padre allí dentro.

—Eso es un no.

—Yo no...

—Tienes a Yon desde julio sin follar. Debe de estar subiéndose por las paredes y sacudiéndosela cada dos por tres.

Mi corazón late rápido. Está escandalizado.

—¿Crees que Yon hace eso?

—¿Ni siquiera os habéis magreado un poco?

—¡No! —La miro entonces con atención—. ¿Rob y tú...?

—Dani, llevamos haciéndolo desde la segunda semana que empezamos a salir. No puedes perderte esa clase de intimidad en tu vida. Si te vas sin haber follado, te prometo que te daré patadas hasta que vuelvas del otro mundo y te tires al buenorro de Yon.

—De acuerdo. Pero es que yo no sé nada, Cat.

—Bueno, tenemos un mes hasta que vuelva.

Pero no pasa un mes. Pasan dos semanas cuando Rob y Cat me enseñan unos billetes de tren y me informan de que nos vamos a ver a Yon a Bilbao, que nunca han estado por el norte y que es un buen momento. Yo les digo que no y que se vayan ellos, pero Cat tiene muchas razones convincentes que nos arrastran a mi padre y a mí a hacer su voluntad. Porque Cat es Cat, y mi padre y yo no tenemos su desenvoltura. Con ella no hay nada que hacer, siempre va un paso por delante. Yo creo que tiene un Excel con las respuestas a todas las posibles preguntas y rechazos que puedan venir de nosotros.

Así que un día después estamos sentándonos en el vagón del tren que nos llevará hasta los dominios de los Lizarraga. Yo tengo dos bombonas y una mochila. Cat lleva una maleta de cincuenta por cincuenta. Rob y yo nos hemos quedado de piedra al verla, porque no entendemos qué demonios puede llevar ahí dentro para un maldito fin de semana.

Cuando arranca el tren, me pongo a ver las noticias en el móvil, la sección de cultura y cine. Las fotos de Yon con la Sol en la alfombra roja son un placer para la vista, porque Yon con traje parece un ser de otro mundo, perfecto, demasiado perfecto, y porque Amanda es una belleza la mires por donde la mires. Y con ese vestido rojo entallado, más.

Me fijo en los ojos de ambos, mirándose de vez en cuando, con complicidad, la misma que advertí en la entrevista. La mano de Yon está posada unas veces suavemente en su espalda, otras en su cintura, en su brazo. Los fotógrafos quieren siempre captar todo. Yo me cago en su puta madre, con perdón para sus madres. Pero como el interior de Yon apunta al mío, no me importa tanto.

El viaje pasa lento al principio. Cat y Rob parecen muy felices juntos. Ella le pone los pies encima y se acomoda sobre la ventanilla. Yo sonrío mientras veo a Rob acariciando sus tobillos, mirándola embelesado un momento antes de cerrar los ojos y relajarse.

Entonces yo también los cierro. Y, cuando los abro, ya estamos atravesando Miranda de Ebro. El paisaje del norte es un placer para los sentidos, la naturaleza se extiende hasta el horizonte mires donde mires, y yo no puedo evitar pasearme por el tren de un extremo a otro para apreciar cada vista.

Me siento extraña, emocionada. Desde que conocí a Yon todo es nuevo para mí, y siento que me estoy autodescubriendo, porque cuando no vives más que el día a día, en rutina, no puedes conocerte en otras facetas. No puedes conocer cómo eres en cada espacio de ti mismo. Porque somos piezas encajadas bajo una superficie lisa, y solo si te atreves a quitar esa tela que te cubre, podrás verte como eres de verdad. Y ahora mis piezas de independencia, independencia de mi padre, independencia de mi hogar, están a la luz, listas para sacarse y contemplarlas, y para pulirlas quizá.

—Ya estamos llegando —dice Cat de pronto detrás de mí, observando también por ese otro lado del tren en el que yo había anidado.

Entonces reparo en algo. Y quiero creer que me equivoco.

—¿Le ha dicho Rob a Yon que veníamos? —pregunto.

—No. ¿No se lo has dicho tú?

—No.

Nos quedamos en silencio, cagándonos ambas en la mierda de coordinación que hemos tenido. Cat me increpa entonces la clase de relación extraña que tenemos Yon y yo, que no nos comunicamos más que para sandeces. Yo le digo que no iba a perder el tiempo comentando con él algo que supuestamente ya sabía. Y ella me pellizca el brazo, y yo le tiro de la oreja. Pero cuando Rob le resta importancia, nos relajamos. Porque Rob conoce a Yon desde hace mucho. Rob sabe lo que a Yon le gusta o no. Y Rob cree que encontrarse conmigo le va a aliviar mucho el estrés que sufre con las promociones.

Cuando llegamos, cogemos un taxi y nos vamos directos al hotel, cerca del Museo Guggenheim. Y a mí ese lugar, junto a la Ría, me parece lo más bonito del mundo.

Hemos reservado dos habitaciones, una doble para Cat y para mí, y una individual para Rob. Pero yo sé que pasaré al menos una noche sola, porque Cat está deseando dormir en brazos de Rob. Y yo no puedo negarle ese deseo, porque también me gustaría dormir en brazos de Yon.

—Yon ya sabe que estamos aquí —nos informa Rob cuando nos reunimos para comer—. Se pasará por el hotel en un rato y tratará de organizarse para enseñarnos la ciudad.

Pero Yon tiene demasiados eventos. Yon tiene que estar a las seis y media en el Teatro Campos Elíseos Antzokia, así que nuestro encuentro tendrá que esperar.

Paseamos por las calles sin preocuparnos hacia dónde vamos, y acabamos finalmente en el Puente Zubizuri, plantados frente a la Ría de Bilbao, contemplando los tres el agua en calma, hipnotizados. Yo dejo que mis pensamientos campen a sus anchas, porque es uno de esos momentos en los que se puede, en los que se debe. Los turistas van y vienen, se hacen fotos a nuestro alrededor, incluidos Cat y Rob, a una distancia prudente de mí. Mi mente divaga sobre esa simpleza, la simpleza de una foto, de un recuerdo. Miro mi bombona, que descansa a mi lado, y pienso que yo no podré disfrutar de eso, que un recuerdo es para toda la vida, pero que toda la vida en mi caso solo dura un año.

Mi móvil suena.

Mi padre.

Está preocupado, pero es lógico. Si me muero aquí, no podrá despedirse. Pero era un riesgo que tenía que asumir, porque mi vida me pertenece, y él no puede retenerme. Cuando organizamos el viaje, acepté que pudiera llamarme cada tres horas, porque no es ningún sacrificio para mí, pero sí es importante para él. Así que cada tres horas me llamará, y yo se lo cogeré, y comprobaré que estoy bien. Mientras hablamos, se calmará, porque me escuchará sana y salva. Pero cuando cuelgue, volverá a preocuparse, porque ya no escuchará mi voz, y yo podría haberme muerto un minuto después de colgar. Así que mi padre pasará el fin de semana preocupado, a excepción de cinco minutos cada tres horas. A mí me da pena, pero tenía que hacer esto. Porque —dice Cat— tengo que experimentar todas las vivencias posibles antes de marcharme.

Así que cierro los ojos cuando cuelgo, liberando mi mente como puedo del sufrimiento de mi padre, disfrutando del viento fresco que llega del mar, más allá. El día no es del todo gris, pero tampoco está despejado, y unas tímidas gotas comienzan a acariciar mi frente.

Cat y Rob se quejan, yo me río.

Mi móvil vuelve a sonar cuando echamos a correr para encontrar cobijo. Porque las tímidas gotas han animado a las demás a seguirlas, y ahora la lluvia no te acaricia, ahora la lluvia te baña.

—Yon —grito. El asfalto es como una tela de tambor que libera notas con cada gota. A mí me parece un sonido maravilloso. Pero me gusta más la voz de Yon, y con esa música me cuesta

escucharla.

—¿Daniela? ¿Estás en la calle?

—¡Estamos cerca del puente Zubizuri! ¡Queríamos dar una vuelta!

—Volved al hotel antes de las ocho. Os enviaré un coche para llevaros a la fiesta del estreno.

¿Me oyes?

—¡Vale! ¡Sí!

—Es una gala, así que vestíos de etiqueta. Te veo luego.

Yo sonrío como puedo, y colgamos.

Una gala. Maldita sea.

Informo a Cat y Rob de las novedades. El segundo se queda como está. La primera se vuelve loca ante la idea de estar en una estancia con decenas de celebridades. Yo le digo que deje de hacer aspavientos, que no puede molestar a esas personas que tratarán de pasarlo bien en un ambiente de confianza. Ella asegura que no hará fotos. Yo confío menos en sus palabras que en las de un holgazán que promete levantar un campamento en treinta minutos.

—Vamos a comprar —dice.

Pero no es necesario comprar, porque Yon me envía un mensaje para que vayamos a un establecimiento a que nos presten vestidos y traje, que el dueño ya está enterado.

El lugar resulta ser un lujo, y Leonard, un sofisticado francés de cincuenta años, la amabilidad personificada. Rob decide rápido, porque no le gustan esas cosas y prefiere pasar por ellas con rapidez. Así que se sienta en un sofá acolchado cuando tiene ya entre sus manos su traje azul marino, y espera ahí sin rechistar.

Yo camino, embelesada, entre las largas hileras de vestidos. El lugar me parece maravilloso, y la decoración es digna de admirar. El suelo se extiende en forma de vinilos color crema, vestidos de alfombras claras por los pasillos; las lámparas del techo son artísticas, y tienen formas variadas, con extravagantes curvas, de color gris mate; y las paredes están cubiertas por telas del color de las alfombras, dando un aspecto cálido a toda la extensión del establecimiento.

Estoy tan hipnotizada por esos detalles, que no me doy cuenta de que Cat ya tiene en su mano cinco vestidos y yo ninguno.

—¿No hará falta arreglarlos? —le pregunto, susurrando.

—Sí, seguramente.

—Entonces no son prestados.

—Dani, deja de pensar en eso y busca ya un maldito vestido, que tienen que estar listos para las ocho, y a esta gente no le va a dar tiempo.

Pero yo no puedo pensar con claridad bajo esa presión, así que por mucho que paseo, no veo nada. Y Leonard no tarda en acercarse para hablarme. No tiene nada de acento francés. A mí me parece que incluso se le ha pegado algo del vasco. Es una voz extraña.

—Tú eres Daniela, ¿verdad? —me dice.

Dudo. Ha sido Rob el que ha hablado al entrar, y no ha mencionado quién de nosotras era quién. Así que le respondo que sí, pero también le pregunto por ello, que la curiosidad en mi caso no se filtra.

—Yon me ha dicho que su novia no estaba acostumbrada a este tipo de cosas —responde, y después mira a Cat, que sale y entra del probador como si estuviera en su casa.

Cuando Leonard vuelve a mirarme, lo hace con una sonrisa.

—Vale... —musito.

Mientras le sigo por los pasillos, medito en esa palabra tan significativa. Novia. Yon ha dicho que soy su novia. Naturalmente, somos una pareja, tenemos una relación, salimos juntos. Pero

jamás ninguno de los dos había pronunciado esas cinco letras, y que Yon lo haya hecho me hace sonreír.

Me detengo en seco. Casi me trago a Leonard.

—Vas a ponerte este vestido —me dice, y saca de entre las hileras un modelo.

Yo me quedo embelesada, porque me parece precioso. Es largo, verde esmeralda, con la espalda transparente, adornada con finos encajes, iguales a las mangas francesas. Por un momento se me corta la respiración.

—¿Te gusta?

Yo asiento. Y él me acompaña al probador. Me coge las medidas y el bajo —una vez subida en unos zapatos de tacón corto— con alfileres. Me doy cuenta entonces de que el vestido tiene una pequeña cola de diez centímetros.

Cat se asoma de repente en el vestidor. Casi me caigo del cajón del susto.

—¡Maldita sea, Cat! ¡Cierra!

—¡Ay, Dani! ¡Estás preciosa!

Y yo creo que sí que lo estoy, que ese vestido embellece de manera natural, que es imposible estar fea con ese trapo encima. Así que sonrío mientras el amable Leonard termina de clavar alfileres en la tela.

Más tarde pasamos a peluquería, a maquillaje, y yo creo que es la peor experiencia de mi vida, porque tienes que estar quieta, tienes que oler decenas de perfumes, tienes que inhalar decenas de polvos, tienes que aguantar con el ojo abierto mientras te meten un lápiz.

Rob se aburría tanto, que nos ha abandonado y se ha marchado a esperar al hotel. Cat, por el contrario, está encantada.

A mí me parece que el tiempo se ralentiza. Yo lo agradezco, por añadir más minutos a mi reloj, pero cuando terminan de pasar la trenza del recogido por alrededor del moño y de sostenerla con horquillas, no puedo evitar levantarme corriendo de la silla para salir a respirar oxígeno de verdad. Me mantengo, sin embargo, bajo el portal, porque sigue lloviendo y tampoco quiero que se estropee la preciosa obra que se han molestado en hacerme. Me gusta la trenza, que nace de raíz desde el lado derecho, y me gusta la sombra de ojos, de color verde oscuro, brillante cuando le da la luz.

Cuando Cat termina, también sale. Es preciosa, y resulta sumamente delicada y dulce cuando está callada. Luego habla y la magia se pierde, el hechizo que desprende desaparece y, en su lugar, resta una mujer de carácter, indomable. Pero Rob parece encajar con ella con facilidad, y comprenderla.

—Nos lo vamos a pasar bien —dice.

Y yo la creo.

El coche llega a recogernos a las ocho, tal como ha dicho Yon. Y nos lleva hasta el teatro, donde tendrá lugar la fiesta. No habrá fotógrafos, no habrá fanáticos, no habrá nadie —a excepción de Cat— que pueda incomodar a Yon ni a ningún otro. Y eso me hace feliz, porque Yon será feliz en ese ambiente tan cálido.

Nos bajamos del coche acompañados de un paraguas.

A pesar de que el interior del teatro está limpio de fotógrafos, el exterior se encuentra plagado. No son, sin embargo, buitres persecutores, sino profesionales, y eso me alivia, porque no nos prestarán ni la más mínima atención, porque les dará igual quiénes seamos, porque están contratados para fotografiar a las celebridades, no para buscar intrigas.

Así que, cuando traspasamos las puertas, cuando dejo mi bombona a cargo de la recepción, cuando nos encaminamos a través de los largos pasillos hacia la música, yo sonrío, sonrío sin poder evitarlo. Porque voy a terminar mi vida con plenitud, porque ese regalo cada vez es más grande, porque, aunque la vida sea un fogonazo entre oscuridad y oscuridad, como expresó Vladimir Nabokov, la mía tiene forma de fuegos artificiales.

Y, cuando veo a Yon, a lo lejos, charlando con dos hombres, con una copa en la mano, y sus ojos se encuentran con los míos, ambos volvemos a saltarnos las leyes que rigen el universo. Porque el tiempo vuelve a detenerse a nuestro alrededor.

Mis pies caminan hacia él, atraídos por una fuerza de gravedad única, una fuerza solo suya. Él deja la copa y se disculpa con esas personas que parecen ya haberse detenido, y se aproxima igualmente, entre la multitud ralentizada por el hechizo, atraído también por esa extraña gravedad que solo nos afecta a nosotros.

Nos detenemos el uno frente al otro.

Dos semanas no son nada, pero para nosotros parecen haber sido todo.

—Estás... —susurra, admirándome lentamente—. Estás preciosa.

Yo aprieto mis labios, sosteniendo una sonrisa, una sonrisa nerviosa. Entonces él acaricia mi mejilla, y mi corazón late como si nunca lo hubiera hecho. Yo levanto mis dedos hacia los suyos, acompañando su caricia, mientras entrelazo mi otra mano con la suya.

—Te he echado de menos —susurro.

Él aprieta mi mano entonces y comienza a caminar, arrastrándome con él, mientras el mundo comienza a girar de nuevo, como si nada hubiera ocurrido.

Yon me lleva por un pasillo, y por otro, hasta las escaleras de la salida de emergencia. Y, allí, sus ojos me miran intensamente, y el calor se apodera de mí, me recorre de pies a cabeza, agitando mi cuerpo. Yo no sé qué ocurre, cada una de las sensaciones que me llenan son nuevas. Miro a Yon, y él me mira.

Y no puedo evitar lanzarme a sus brazos.

El beso es cálido, suave, pero también necesitado. Así que Yon no se queja en absoluto cuando libero mi lengua para encontrarse con la suya. Y siento su erección, y siento cómo quiere alejarse

de mí. Pero yo le retengo junto a mi cuerpo, porque no tengo miedo, porque es algo natural. Porque confío en él.

—Yon... —susurro sobre sus labios—. No te alejes...

Él asiente, y recorre suavemente con ellos mi barbilla, mis mejillas, mis ojos, mi frente, sin llegar a besarme. Y me dice que no se alejará, me dice que quiere pasar toda la velada aquí, conmigo, que quiere vivir abrazándome eternamente.

—Duerme conmigo, Yon —le pido.

Él detiene el paseo de sus labios y me mira con atención.

—Daniela...

Interrumpo sus palabras con un beso.

—Quiero estar contigo... —aseguro.

Yon acaricia mi cuello y posa sus labios sobre mi frente. Y me contenta con una afirmación, me contenta prometiendo que se irá de aquí conmigo. Yo sonrío, satisfecha, con mi mejilla apoyada en su pecho, y él me acuna dulcemente. Hasta que su teléfono suena.

Él maldice mientras lo saca de su bolsillo y responde. Deduzco, por la conversación que mantiene, que se trata de Rob.

—Vamos, volvamos al salón —me dice cuando cuelga—. Cat y Rob están algo perdidos.

Yo me ahorro contradecirle, pero dudo mucho que Cat esté perdida en un lugar como ese. Lo que creo es que Rob quiere matarla y no puede. Lo que creo es que Cat está disfrutando de conversaciones comprometedoras. Lo que creo es que Cat está sacando fotos hasta de las fuentes de comida. Así que, como es natural, la que va a matarla soy yo.

Cuando Yon y yo entramos en el salón con nuestros brazos entrelazados, no pasamos desapercibidos. Algunos compañeros suyos de profesión se acercan para saludarle, y él no duda en presentarme como su novia. Yo creo que la mayor parte se acerca más por el morbo de saber quién diablos soy yo que por el mero hecho de dar la mano a un viejo amigo. Pero a Yon no parece importarle.

Mientras caminamos, buscamos entre la multitud la larga cabellera blanca de Cat y el pelo rubio de Rob. Encontramos a ambos junto a la enorme pirámide de postres, muy juntos, intercambiando tímidos besos, riéndose mientras miran a su alrededor, llevándose a la boca cerezas y uvas, y mirándose a los ojos como si no existiera allí nadie más.

Yo tengo que tragarme mis palabras.

—Por fin. ¿Dónde estabais? ¿Magreándoos? —nos suelta Cat nada más llegar. Yo estallo en un rojo vivo. La madre que la parió.

Yon se ríe y besa mi frente antes de liberarme para conversar con Rob. Cat me tira del brazo y me aleja de allí para dar una vuelta por la estancia.

Yo admiro por primera vez el salón, las grandes lámparas del techo que emiten una anaranjada luz tenue, la moqueta granate que baña el suelo, la cantante de jazz que libera su voz con emoción contenida.

—¿Te ha tocado? —me pregunta Cat cuando llegamos a un rincón apartado—. Tienes los labios hinchados, menos mal que no te han puesto carmín.

—Claro que no. Pero... Cat... Va a dormir conmigo.

A Cat se le ilumina la mirada.

—¡Oh, eso es genial!

—No me has explicado nada. No sé ni qué tengo que hacer.

—Que lo haga él, él sabe.

—¿Y yo? ¿Yo no tengo que hacer nada?

—Creo que es mejor que lo descubras por ti misma. Al fin y al cabo, lo básico lo sabes, el pene tiene que entrar en la vagina —dice, y se echa a reír. Yo le doy un codazo.

—No tiene gracia.

—Oh, vamos, Dani, sabe perfectamente que eres virgen.

Eso es verdad, así que no puedo debatirlo. Yo supongo que Yon lo tendrá en cuenta, que tendrá en cuenta mi miedo, que tendrá en cuenta mis inseguridades, que tendrá en cuenta mis pulmones. Porque Yon es Yon.

—Te dejaré en la habitación preservativos.

—Va... vale.

—Toma —me da una copa—, beber un poco te ayudará con los nervios.

—No quiero vomitarle encima.

—Una copa no te va a matar.

La acepto a regañadientes, sabiendo que tiene su parte de razón, y doy un trago. El resto de la velada tengo que contenerme para no emborracharme, porque cuando me termino la copa y me siento más tranquila, la necesidad por que siga siendo así me invade. Por suerte, Cat está pendiente para darme un guantazo en la mano cada vez que la alargo para coger champán.

Es una buena amiga.

Pasamos la noche juntos, los cuatro, como en el verano. Yo siento que esta época durará para siempre. Para mí, ese pensamiento puede ser real. Para ellos, terminará conmigo. Y, de pronto, lo siento por esas tres personas que ríen y charlan junto a mí. Pero mi subconsciente hoy tiene las cosas tan claras que echa de mi cabeza a todo sentimiento que no tenga que ver con el sexo. Yo le digo que es un cerdo.

Cuando llegan las doce de la noche, los cuatro empezamos a movilizarnos hacia la salida. Yon tarda más en alcanzarnos, porque debe despedirse de ciertas personas, pero pronto nos encontramos en el coche, y más tarde en el hotel.

Mi corazón se mueve a un ritmo frenético. Yo respiro hondo, ayudando a mis pulmones a calmarlo. Ellos parecen tan agradecidos por mi consideración a su dolor, que toman el control de mi corazón para que pueda pasar cómoda por la experiencia que estoy a punto de disfrutar.

Me siento en mi cama mientras Cat recoge sus cosas. Yon se encuentra fuera, esperando pacientemente a que se marche con Rob.

—Dani —me dice cuando termina—. Los preservativos están en mi maleta. Escucha, relájate. Quitá esa cara de espanto, que no te van a sacrificar. Yon está bueno que te cagas. Vas a disfrutar seguro.

Yo asiento, y ella me da un beso en la mejilla y abandona el dormitorio, permitiendo el paso a Yon, mientras le informa igualmente de la localización de los preservativos y de algo más que no alcanzo a escuchar. Creo que le ha dicho que me cuide.

Yo le miro desde mi asiento. Y él me mira a mí tras echar el cerrojo.

Se acerca con paso lento. Yo trago despacio. Supongo que por eso llaman a estas cosas mal trago. Eso, o hablan del alcohol. Yo creo que debe de ser la segunda opción, porque, para las personas corrientes, este trago de tirarte a Yon Malcolm no puede ser malo de ninguna manera.

—No tenemos por qué hacer esto —dice.

Le noto seguro, pero también nervioso. Yo me siento dos veces más nerviosa, porque tres sería demasiado. Me paro a analizar un instante la pieza de mí misma que tiene el nombre de sexo. Es ahora mismo un cubo perfecto, sin grietas, y tiembla ante la perspectiva de romperse. Yo le digo que se calme, que tampoco es para tanto, que el resto de las piezas también están algo curtidas, que un cambio también puede ser para bien.

El cubo no parece muy convencido...

—Vamos a dormir, Daniela.

Me doy cuenta de que Yon está arrodillado delante de mí. Qué guapo es, joder. Si tan solo tuviera la nariz algo más gruesa, la frente un poco más ancha, o el mentón más cuadrado, Yon sería un chico normal. Pero no. Con esas facciones, con esos ojos *verdaños*, con ese pelo... tan suave. No puede ser normal.

—Yon... —Le acaricio el pelo, la nariz, los labios, la barbilla—. No quiero dormir.

Y, por un momento, creo que se le corta la respiración.

Me coge la mano que tengo sobre las piernas y la estrecha entre las suyas. Y me sonrío. Porque sabe que no tiene que insistir más y yo sé que no se lo tengo que repetir más. Así que me levanta suavemente de la cama. Yo agradezco que no me suelte, porque creo que me caería al suelo.

Se queda tan cerca de mí, que casi puedo sentir su pecho sobre el mío.

Suelta mis manos poco a poco y acerca las suyas a mi pelo. Me quita las horquillas que sujetan el recogido, quedando solo la trenza de raíz, que la deja, porque le gusta y porque así puede verme mejor la cara. A mí que me diga esas cosas me pone nerviosa.

Alzo mis ojos hacia los suyos.

Y me besa.

Yo le rodeo con mis brazos mientras sus labios acarician los míos. Sus manos me envuelven la cintura y pasan por mi espalda, atrayéndome más a su cuerpo. Nuestras lenguas se rozan, haciendo que su erección comience a crecer. A mí me sigue pareciendo extraño, pero el miedo sigue sin aparecer, y la confianza ya es imborrable, inalterable, como soplar un tanque.

Sus labios liberan entonces los míos para recorrer despacio mi cuello. Yo gimo sin querer, y me tapo la boca avergonzada, porque esos ruiditos no son muy propios de mí. Él me mira y sonrío, apartando delicadamente mi mano, acariciando mi mejilla.

—¿Me dejas quitarte el vestido? —me pregunta con una voz dulce y atenta. Cuando se pone así, a mí me deja tonta.

Asiento como puedo mientras me descalzo, y tomo su mano para dirigirla hacia la cremallera, que se cierra en mi espalda. Él apoya su frente sobre la mía mientras tira de ella hacia abajo muy despacio. Yo comienzo a sentir tenues pálpitos entre mis piernas, provocando en mi pecho un extraño sofoco. Es como un aviso, como cuando conectas el móvil a cargar y te aparece la notificación de carga. El sofoco parece señal de conexión, de conexión con Yon. Y el calor comienza a invadirme, a pesar de que el vestido esté comenzando a caer ya desde mis hombros hacia el suelo, a pesar de que ya ninguna tela me caliente. Mis pechos quedan al descubierto, pero yo no me cubro, porque no tiene sentido. Él me mira un instante, y vuelve a besarme.

Sus manos pasean por mi espalda desnuda, desde abajo hacia arriba, y llegan a mis pechos. Yo comienzo a desvestirle como puedo. Primero la pajarita y la parte de arriba, luego la de abajo. Hasta que ambos nos quedamos en ropa interior, mirándonos.

Mis ojos dibujan su figura, haciendo que ese desconocido calor se introduzca más en mi interior, más abajo. Porque Yon tiene un cuerpo de otro mundo, de espaldas anchas, de brazos fuertes, y de pectorales marcados y firmes. Todos sus músculos se perfilan cuando me toma en brazos y me tumba suavemente en la cama. Y yo creo que estar en brazos de Yon Malcolm es la cosa más surrealista que me sucederá en la vida. Pero, claro, yo no estoy con Yon Malcolm, yo estoy con Lizarraga. Y eso no puedo olvidarlo.

Siento su erección sobre mi vientre mientras me besa, mientras recorre con su lengua mi cuello, despacio, y baja hasta llegar a un pecho. Yo gimo de nuevo. Es inevitable.

—¿Estás bien? —me susurra.

—Sí... —digo, apenas sin voz.

Y, mientras vuelve a pasar su lengua por mi pecho, su mano comienza a acariciar mi vientre y a descender, poco a poco, hasta mi ropa interior, y sus dedos se introducen bajo la tela, cada vez más, hasta que alcanzan mi intimidad.

—Joder, Daniela, estás empapada —dice.

—¿Y eso es malo?

Yon sonrío y me besa.

—Eso quiere decir que a tu cuerpo le gusta el mío —susurra, y, sin apartar sus ojos de los

míos, comienza a acariciarme lenta y meticulosamente.

Joder...

Gimo, y el gemido se ahoga en la boca de Yon.

Y, cuando su lengua se frota contra la mía, el calor que me invade comienza a acumularse, cada vez más y más, y una sensación nace desde algún lugar de mi cuerpo, una sensación intensa, que aumenta, más y más.

—Dios, Yon... —gimo. Y estallo, y mi cuerpo tiembla, y Yon me besa, absorbiendo esa extraña energía.

Yo jadeo, exhausta por un instante, abandonando mis labios a la voluntad de los suyos, cerrando los ojos ante sus caricias, y con mis manos aferradas a sus grandes brazos. Y me siento en trance, siento que mi cuerpo se alza, se alza con él.

—Quiero... quiero más —susurro.

Siento su sonrisa mientras pasea sus labios por mi barbilla. Y sus dedos, obedientes, se abren paso hasta el interior. Yon vuelve a fijar sus ojos en los míos, y yo me pierdo en ellos, y en sus dedos, girando, acariciándome por dentro. Gimo una y otra vez.

—¿Te gusta, Daniela? —me pregunta.

Yo asiento, y él me besa de nuevo.

Y, cuando esa extraña sensación anterior comienza a formarse de nuevo lentamente, mis manos se posan sobre la suya, inconscientemente, desesperadas por que no abandonen ese lugar.

Yon sigue moviendo sus dedos, y cuanto más los mueve, la sensación aumenta, y siento que llega de nuevo, me invade, más y más y más... Y estallo, y mi gemido vuelve a ahogarse bajo los labios de Yon.

Cuando por fin puedo recuperarme, besa mi mejilla y se levanta de la cama para dirigirse a la maleta de Cat. Admiro a su paso su cuerpo, y siento de nuevo ese extraño palpito, que aumenta al contemplar su miembro erecto bajo los calzoncillos. Madre mía...

Yon deja un par de preservativos sobre la almohada y vuelve a colocarse sobre mí.

Me acaricia la mejilla, la frente, el pelo.

—¿Te encuentras bien? —vuelve a preguntarme.

Yo no puedo evitar sonreír ante su preocupación, y beso su mejilla en un rápido arrebato, haciendo que sus ojos se abran con sorpresa antes de devolverme esa sonrisa *abieña* tan sobrehumana. Le contemplo en silencio, por si haciendo el amor me da un ataque y me muero. Quiero quedarme con esa bonita imagen.

—Daniela, si te duele mucho, avísame.

Asiento, dispuesta a obedecer. Y él vuelve a descender hacia la parte inferior de mi cuerpo, lentamente, besando a su paso cada espacio de mi piel que recorre, y comienza a despojarme de lo que queda de mi ropa interior para lanzarla después al suelo. Hace lo mismo con sus calzoncillos, y deja que le mire.

—¿Quieres tocar? —me pregunta mientras coge el preservativo.

—S... sí.

Y toma mi mano con delicadeza para guiarla hasta él. El tacto es suave, pero duro, y a mí me preocupa que me haga daño. Pero cuando Yon me mira con esos ojos atentos, preocupados por mí, por mi bienestar, mi pecho no tiene más remedio que abrazar el suyo, rendido.

Yon toma mi mano y la aleja suavemente para colocarse el preservativo. Después, se inclina sobre mí de nuevo.

—¿Preparada? —susurra sobre mis labios.

Y no puedo evitar asentir, porque sí, estoy preparada. Con él, siempre.

Yon separa mis piernas con la suya y, sin dejar de mirarme, busca el hueco de mi cuerpo para hundirse en él. Lo hace despacio, pero siento igualmente ese pellizco que anuncia la ruptura de mi virginidad. Yo me quejo en silencio, y dejo que continúe, despacio, muy despacio, mientras sus ojos siguen fijos en los míos, mientras sus dedos acarician mi pelo y mi frente.

—Eres preciosa, Daniela —dice. Yo sonrío, y los ojos de Yon parecen de pronto vidriosos.

—Yon...

Él se hunde en mi cuello, sin dejar de penetrarme, estrechando una de mis nalgas con una de sus manos para llevarme hasta él con cada dulce embestida.

Acaricio su pelo y cierro los ojos. Y siento a Yon en mi interior cada vez con más necesidad, hundiéndose más y más, hasta que, con una última penetración, su cuerpo estalla sobre el mío, y su aliento choca contra mi cuello.

Se queda dentro de mí mientras levanta su mirada y me besa.

Sus labios están húmedos. Está llorando.

—Yon...

Se deja caer de nuevo sobre mí. Yo le abrazo con fuerza y acaricio su mejilla, su pelo, su espalda, mientras continuamos unidos, sin ser capaces de abandonarnos aún.

Nos quedamos dormidos sin querer. Cuando me despierto, él sigue dentro de mí. Yo le observo tratando de no despertarlo. Su mejilla está apoyada sobre la almohada, y sus manos me abrazan. Tiene todo el peso volcado en su brazo derecho, impidiendo así que su pesada figura me aplaste. Yo creo que esa extremidad la va a tener inutilizada ya para toda la vida.

Acaricio su pelo despacio, y limpio de su mejilla la humedad de las lágrimas que la han marcado. Es la primera vez que veo a Yon llorar por nuestra realidad. Yo espero que sea la última, porque mi corazón se ha encogido, temeroso, ante su dolor. Pero sé que no será así, sé que quedan más lágrimas, más lamento, más sufrimiento. Han pasado casi cuatro meses desde que nos conocimos, casi cuatro meses absorbiéndonos cada día, fusionándonos en uno solo, y ello sólo provocará más agonía en el tramo final. Porque, cuando yo me vaya, ambos nos quedaremos inevitablemente con una parte del otro, y ya solo podremos ser mitades. Yo en mi descanso, y él en la Tierra, esperando ambas a reencontrarse, a completarse de nuevo. Tal vez la de Yon regrese a mí sanada por otra mitad, porque mi muerte no cerrará su puerta a un nuevo amor, pasado el tiempo, y yo espero que sea suficiente, que viva feliz unido a esa otra alma, que cree una familia, que sonría como me sonrío a mí. Yo espero reencontrarme con él y descubrirle con la misma luz que emite hoy cuando me mira, que no se oscurezca, que nunca se oscurezca.

Acerco mis labios a los suyos y le beso.

Él abre los ojos. Cuando consigue enfocar su vista, sonrío, y me corresponde dulcemente. Después, con increíble facilidad, se echa a un lado manteniéndome junto a su cuerpo. Yo siento su erección llenarme de nuevo el interior. Sale un momento para cambiarse el preservativo, y vuelve a penetrarme con delicadeza. Y, así, frente a frente, con nuestras mejillas sobre la almohada, con mi pierna derecha rodeando su cintura, comienza a moverse. Nuestras frentes reposan unidas, nuestros labios se rozan en ocasiones, fruto del movimiento, y sus manos acarician mi mejilla, mi cuello, mis pechos.

Yo gimo. Y mi corazón late al mismo ritmo que el suyo. Porque es imposible que sea de otro modo.

Acaricio sus brazos, que me estrechan contra él y me acompañan en el movimiento hacia su penetración.

Yo jamás creí que el sexo pudiera ser mágico, pero aquí y ahora, envuelta en los brazos de Yon, unida a él en un ritmo lento y placentero, con mi aliento besando al suyo, creo que no hay magia más maravillosa que esta.

Me despierto con la mano de Yon sobre mi cintura. Son las siete de la mañana, pero creo que ya no seré capaz de dormir más. Así que me levanto suavemente, tratando de no despertarlo, y me dirijo a mi mochila para sacar ropa interior limpia. No me pongo el sujetador, porque aún no nos vamos. Así que me visto solo con una sudadera y unos pantalones de chándal y salgo de la habitación con la tarjeta para poder volver a entrar después.

El hotel a estas horas no está muy concurrido. Me encuentro el comedor casi vacío, con la excepción de una pareja y un hombre solitario. No hay nadie esperando a ser atendido, así que voy directa al camarero que sirve el desayuno.

Le doy los buenos días y le digo que quiero café y unas tortitas. Para dos. Porque la persona que está conmigo también querrá desayunar. No le digo quién es, no quiero que nadie se entere de que Yon Malcolm está aquí, no quiero que nadie le moleste y le persiga. Él me pregunta sobre el sirope. Y eso me traslada inevitablemente al día de campo con Yon, ese día que no me quiso besar. Y anoche me besó en cada rincón de mi cuerpo. Las cosas pueden cambiar mucho en poco tiempo. Eso es lo bonito de la vida, que siempre puede sorprenderte. Un día siempre tiene un detalle diferente al anterior. Solo tenemos que prestar atención al presente, sentir el suelo bajo nuestros pies mientras caminamos, el viento sobre la piel, el tacto de un simple papel en las manos, el sabor de una tortita. Mirar alrededor, consciente de dónde te encuentras, lejos del automatismo al que estamos acostumbrados. Vamos por la calle como robots, importando solo el destino al que nos dirigimos, sin prestar atención al mundo que circula en torno a nosotros. Pero si fijas tu mirada en lo que te rodea, descubres pájaros picoteándose por conseguir una pequeña miga de pan de la acera, descubres hojas cayendo de los árboles, volando por un momento sobre el viento, descubres el abrazo de dos amigas que llevan tiempo sin verse, descubres un vergonzoso primer beso, descubres la vida. Las nubes se mueven sobre nuestras cabezas y no nos damos cuenta. Podría estar cayendo el cielo sobre nosotros que solo lo sabríamos cuando rozase nuestro pelo.

Respondo al camarero que quiero chocolate. El desayuno está incluido en el alojamiento, así que en cuanto está preparado, cojo la bandeja y me marcho.

Cuando entro a la habitación, encuentro a Yon aún dormido. Ha cambiado la postura. Ahora está boca arriba, con el pelo enmarañado, con el pecho descubierto, moviéndose acompasadamente al inhalar y exhalar.

Podría quedarme mirándole todo el día, pero prefiero desayunar, porque tengo hambre. Así que me siento en la cama de Cat, apoyo mi espalda sobre el cabecero, y me pongo la bandeja encima.

Tal vez debería despertar a Yon antes de que se le enfríe el café. Pero parece tan a gusto...

Opto por escribir a mi padre en vez de agitar el cuerpo de Yon para librarlo de su descanso. Porque ni siquiera sabría cómo hacerlo sin asustarle. Así que cojo el móvil y empiezo a teclear, para que se quede tranquilo de que he pasado la noche sin ningún percance más allá de la pérdida de mi virginidad. Pero eso no voy a decírselo. Así que le cuento todo lo que hicimos anoche, ahorrándome ese detalle. El mensaje que queda es largo, pero así se convence de que estoy en mis plenas facultades.

—Te queda bien el chándal.

Dios. Qué susto. La madre que le parió. Casi me tiro todo encima.

—Maldita sea, Yon, deja de hablar de repente. Siempre lo haces y me asustas.

Le miro, molesta. Pero la molestia es un sentimiento muy débil, y la sonrisa de Yon la humilla sin consideración. Yo le digo que deje de salir ya, que con él no tiene nada que hacer. Pero es un poco testaruda.

—¿Tienes hambre? —le pregunto—. He cogido tortitas.

Me levanto y le llevo la bandeja y el café mientras me meto en la boca una tortita enrollada, mojada en sirope y nata. El sabor se expande por mi boca, y la gula entra por la puerta grande para intentar guiar mi mano hasta otra antes de haberme terminado esa. Yo la freno, porque ese pecado está muy mal visto. Pero cuando veo el cuerpo de Yon desnudo, ese pecado tampoco me parece tan malo comparado con la lujuria. Estoy pecando mucho hoy y solo son las siete y media.

—¿En qué piensas? —me pregunta Yon mientras se incorpora y coge el vaso de cartón.

—En los pecados capitales.

Yon sonrío y da un trago al café.

—No sabía que fueras creyente.

—No lo soy. Pero tampoco puedo no serlo.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo asegurar nada en este mundo. Es demasiado complejo.

—Ni confirmas ni desmientes.

—Estoy aquí contigo liberando endorfinas que me hacen sentir feliz como resultado de una explosión de la nada hace miles de millones de años. Me parece que el ser humano es una máquina muy cercana a la perfección. Si es extraordinario que existamos nosotros, no podemos saber qué otras cosas extraordinarias pueden existir.

Yon se queda un instante mirándome con atención. Yo creo que terminaré ahuyentándolo. Eso me dice mi subconsciente. Yo le digo que se vaya con la vergüenza y cierre por fuera.

—Me parece desatinado que hables de ciencia respecto a lo que sientes —me dice. Y vuelve a atender a su café. No parece que quiera tortitas. Ahora solo parece descontento.

—Las endorfinas es el resultado. La causa no es científica.

Yon fija sus ojos en mí antes de dejar el vaso de cartón sobre la mesilla y levantarse de la cama. Y yo creo que no existe en el mundo nadie con unas nalgas tan fuertes y deseables. Pero ese pensamiento se pierde cuando empieza a vestirse.

Y, entonces, comprendo que algo no marcha bien.

¿Dónde vas? —le pregunto.

—A mi hotel. Tengo que prepararme. Tenemos una entrevista a las doce.

—Pero... son las ocho menos cuarto. —Suspiro—. Yon.

Pero él no escucha. Suele hacerlo, no es muy hablador cuando hay problemas. A mí me parece un error, me parece que los problemas no resueltos —aunque se resuelvan después por sí solos— agrietan los lazos de unión. Y me gustan demasiado los lazos de Yon como para que se deshilachen. Así que me levanto de la cama y me pongo delante de la puerta. Porque de aquí no se va hasta que diga qué demonios le pasa.

—Más te vale hablar, Yon, porque te prometo que no llegas a la entrevista, aunque queden aún cuatro horas.

Yon se pasa la mano por el pelo. Aún no se ha puesto la camisa, y eso me desconcentra un poco. Trato de mirarle a los ojos, pero no es fácil, porque él aún no quiere mirar los míos.

—Tengo... —comienza a decir—. Tengo miedo.

¡Miedo! Eso sí que no me lo esperaba. Así que, como es natural, me quedo muda. Él fija por fin sus ojos en los míos.

—Es... complicado. No puedo describir...

—Ellipsism.

—¿Qué?

—Es... eh... la tristeza por no saber cómo concluirá una historia.

Yon se queda callado un instante, y después estalla en una carcajada. Yo frunzo el ceño. Este chico está chalado.

—¿De qué te ríes?

—¿De dónde demonios sacas esas cosas?

Resopla sin esperar respuesta, recuperado de su extraño momento de incredulidad, y se acerca a mí.

—¿Es por lo de las endorfinas? —le pregunto.

Pero él no responde. Apoya su frente sobre la mía y estrecha mi rostro entre sus manos.

—Tengo miedo de lo que siento, Daniela. Porque no puedo saber lo que sientes tú. No puedo saber si me correspondes de la misma manera.

Mi corazón palpita, un poco agitado. Lo que siente... Sentimientos. Desde que empezamos nuestra relación, no hemos hablado sobre nada de esto. Empiezo a temblar ante la perspectiva de que sea este el momento. Porque dar las cosas por hecho está bien, pero expresarlas en voz alta es como caminar en un tablero inestable entre el rascacielos de la conformidad y el rascacielos de la realidad. Te diriges, arriesgándote a caer, a un lugar que desconoces, donde no sabes qué encontrarás. Y, por un momento, siento que ambos temblamos al mismo tiempo, que caminamos al mismo tiempo por esas tablas. Y me doy cuenta entonces de que si no nos soltamos de la mano, que si caminamos al mismo paso, sostenidos el uno por el otro, da igual lo que haya en esa

realidad, porque sabremos con toda seguridad que el otro estará con nosotros.

—Yo tampoco puedo saber lo que sientes tú, Yon —respondo—. Eso solo lo sabes tú. Pero en eso se basan las relaciones, ¿no? En la confianza. —Le rodeo con mis brazos por la cintura—. Y yo confío en ti.

—Es algo nuevo para mí. —Me acaricia—. Yo nunca... Daniela, jamás había sentido algo tan fuerte por nadie.

Y, entonces, como si su corazón y el mío se hubieran abrazado, salen de nuestros labios las dos palabras que las personas más temen en el mundo. “Te quiero”. Nos queremos. Resulta simple, resulta sencillo. Estamos enamorados y es algo natural. Pero esas dos palabras te desnudan para siempre frente a la persona a la que van destinadas. Y eso da pavor. Porque te descubres, abres tu armadura, le permites acercarse, y ya no importa cómo te defiendas, ya no importa que patalees, que la otra persona podrá clavarte una daga y retirarse cuando quiera, igual que se apaga un fuego cuando soplas.

Nos besamos despacio, como es natural, para sellar el riesgo asumido, y nos saboreamos. Y no sé en qué momento ya no tengo chándal. Y no sé en qué momento Yon ya no tiene pantalones. Y no sé en qué momento se ha puesto un preservativo. Y mucho menos sé en qué momento estoy tumbada sobre la cama y el sobre mí, penetrándome con una mezcla entre dulzura y necesidad que me lleva melodiosamente hasta las estrellas.

La primera vez que expresas en voz alta el amor por otra persona parece la puerta al resto de las veces. El primer “te quiero” es complicado. El resto ya caminan solos. Así que no me sorprende que Yon me susurre esas dos palabras en el oído antes de dejar la habitación, y tampoco me sorprende escucharlas de mis labios como respuesta.

Unos minutos después llega Cat. Cualquier pregunta comprometedor que se pueda formular, la formula. Una tras otra. “¿La tiene grande?”, “¿hasta dónde te la metió?”, “¿te dolió mucho?”, “¿te metió un dedo por el culo?”. Eso ya es demasiado. Esta chica está mal de la cabeza.

—A algunas personas les gusta —me informa.

—No quiero imaginarte tirándote a Rob. Me voy a duchar.

Yon no se ha duchado. Se le ha echado la hora encima.

—Te esperamos en la cafetería de la esquina. Rob se ha encaprichado con unos croissants.

Yo asiento, y abro el grifo. Cat me hace el favor de poner en el picaporte el cartelito de “no molestar” para que el servicio de limpieza pase por alto esta habitación. Pero no me fio, así que echo el cerrojo del baño. Porque con una persona que me haya visto desnuda ya tengo suficiente por hoy.

Dejo que el agua caiga sobre mi espalda mientras recuerdo el tiempo íntimo disfrutado con Yon, sus manos acariciando cada rincón de mi cuerpo, sus labios besando los míos, mi cuello, mi pecho. Y agradezco haber podido disfrutar de esta infinidad de sensaciones nuevas antes de marcharme. Agradezco haber podido disfrutarlas con Yon. Porque cuando se disfrutan con alguien a quien quieres, las sensaciones físicas dejan de estar solas, y dan paso a sensaciones más profundas, sensaciones abstractas. Sensaciones del alma.

Me pongo el albornoz y me miro en el espejo. No he cambiado, pero me veo diferente. Es extraño; me cepillo el pelo y tengo más luz, mis ojos brillan con otro color. Esto es lo que la gente llama amor. Sonrío.

Me dirijo a la puerta para vestirme y salir cuanto antes. Pero...

No puede ser.

El cerrojo está atascado. No puedo abrir. Trato de girar el picaporte una y otra vez, de girar el cierre. Es imposible. Me he quedado encerrada. Joder. Cat. Cat no está.

Mi respiración empieza a agitarse. Trato de decirme a mí misma que me tranquilice, y respiro hondo. Porque no es un drama, porque solo estoy encerrada, porque no va a suceder nada malo, no va a engullirme el váter. Pero a mis pulmones parecen darle igual esas cosas. A mis pulmones les aterroriza estar ahí sin poder salir, sin poder respirar oxígeno puro del aire exterior. A mis pulmones no les importa mis palabras de sosiego. Porque tienen voluntad propia. Y, rebeldes, comienzan a cerrarse y a negarse a obtener el oxígeno que inhalo para ellos.

Yo trato de pensar. Y mi cerebro, en un esfuerzo sobrehumano, sabiendo que sin oxígeno no va a poder vivir, lleva mis ojos al teléfono que descansa sobre el lavabo.

Mis piernas flaquean. Me estoy ahogando. Cojo el móvil como puedo y llamo. Cat. Cat. Cat. Cógelo.

—Dani, dim...

—Cat... me he... quedado... encerrada. —Me ahogo—. No... quiero... morir... en un... jodido... baño de... hotel.

—Joder, Dani. Voy para allá. Respira. No cuelgues. ¡No cuelgues!

No cuelgo. No cuelgo.

No les va a dar tiempo. El aire que inhalo no sirve de nada. Mis pulmones no quieren trabajar. Así que me devuelven a cambio un tenue silbido, el silbido de la muerte. Escucho a Cat al otro lado del teléfono. Quiere que la hable. Pero yo no puedo hablar.

Cuando el oxígeno deja de llegar a tu cerebro, creo que se desencadenan una serie de respuestas por todo tu organismo. Porque, al igual que tú, ellos tampoco quieren desaparecer. Supongo que lo primero que tratan de hacer es ahorrar fuerzas, y por eso te llevan hacia ese túnel oscuro. Porque todo se ralentiza cuando duermes. Porque les das la oportunidad de salvarte si les dejas trabajar a ellos.

Y yo caigo al suelo. Y no entiendo cómo van a trabajar si mis pulmones no quieren hacerlo. Porque ahora ellos mandan.

Toso una vez, y lleno de sangre el suelo. Es lo que menos me gusta de esta enfermedad. Pienso que todo sería más agradable si la sangre fuera transparente. Sería menos dramático. La sangre tiene un tono demasiado llamativo. El ser humano es casi perfecto. Pero en eso falla.

Escucho la puerta de la habitación abrirse antes de caer en la oscuridad. Lo último que pienso es que no les será tan fácil abrir la del baño.

Para entonces quizá ya sea tarde.

No lo es. Si estoy pensando, quiere decir que no he muerto. Así que abro los ojos despacio. Tengo la mascarilla en la boca y estoy en los brazos de Cat, encima del sofá. Rob camina de un lado a otro de la habitación. Parece impaciente. Cuando ve que he abierto los ojos, se acerca.

—Está bien —responde Cat. Es lista.

Rob se sienta en un sillón con alivio, y justo entonces llegan los sanitarios.

Misma historia de siempre: signos vitales, preguntas básicas para confirmar que no estoy ida, información de mi enfermedad. Yo tengo ya las respuestas aprendidas, así que voy rápido. La mayor parte de las veces que me he despertado ha sido en el hospital, pero otras me han atendido como ahora. Yo lo prefiero, así puedo negarme a que me ingresen. Aunque me parezca aburrido el proceso. Las ganas que le pongo al acontecimiento, de hecho, son nulas. Y cuando veo aparecer a Yon por la puerta con el gesto desencajado hasta que me encuentra sentada y viva, hace que le ponga aún menos ganas.

Rob detiene el paso de Yon hasta mí, parece confuso con su presencia, igual que yo, porque Yon no debería estar aquí. Los veo cuchichear. Supongo que le estará preguntando lo que yo quiero preguntarle: ¿no tenía una entrevista? Yon niega a los cuchicheos de Rob y le rodea para acercarse a mí.

—¿Está bien? —le pregunta al sanitario que me atiende.

Él se queda algo descolocado al ver a Yon Malcolm. Pero su profesionalidad es suficiente para hacer que se recupere en un par de segundos y pueda responder a esa simple pregunta.

—Sí. Pero tiene que descansar. Deberíamos llevarla al hospital, pero ella no...

—No —digo, quitándome un instante la mascarilla de oxígeno—, no quiero.

—Necesitamos que firme su rechazo a trasladarla.

Me parece gracioso que me hablen de usted. Pero estas personas siempre hablan de usted a los pacientes. Me pregunto cuál es la edad límite para considerarse persona *tuteable* o no. ¿Catorce años? ¿Quince?

Firmo el dichoso papel y se marchan.

Yon se pone de cuclillas frente a mí. Cat decide retirarse un momento y llevarse a Rob con ella. Supongo que cree que debe dejarnos a solas para debatir algo. Yo no sé qué es lo que tengo que debatir hasta que él comienza a hablar.

—¿Cómo te encuentras?

—¿No deberías estar en una entrevista?

—La he cancelado.

—¿Te ha llamado Rob?

—Cat.

—Cat no debería haberte dicho nada. —Entiendo que por eso se ha marchado. Es una cobarde. La pillaré después.

—Sí debe: estás en mi vida Daniela, y lo que te suceda también es asunto mío.

—No puedes dejar de hacer tus cosas porque yo...

—No. ¿Es que no lo ves? Me importa una mierda la entrevista.

Se levanta y se pasa las manos por el pelo.

—Yon... no puedes anteponerme a tu vida. Yo no voy a estar.

Él niega con la cabeza. Reconozco esa mirada. La vi en mi padre cuando comprendió primero el destino de mi madre y después el mío. Es la mirada de la frustración. La frustración por no poder evitar algo que no quieres que suceda.

—Tal vez haya una manera...

No puede ser.

Me levanto y tiro la mascarilla.

—¡No la hay! —grito, inevitablemente, porque tiene que quedarle claro, porque tengo que destruir cualquier esperanza. Él me mira—. Yon, tienes que entenderlo: no hay cura, no hay forma de que viva, mi fecha de caducidad llega en un año. —Aparta la mirada hacia la ventana, yo le tiro de la camiseta—. ¡Mírame, joder! ¡Dime que lo entiendes!

Yon se aleja dos pasos y me da la espalda.

—Daniela...

—¡Te dije que te fueras! ¡En el hospital te dije que te fueras!

Estoy llorando. Es lógico. La escena es terriblemente dramática. Cuando Yon se da la vuelta, también está llorando. La realidad a veces es como un accidente de tráfico. Choca contigo de frente. Tú no lo esperas, porque un accidente nunca se espera, y te sientes débil, mareado, herido. Pero no muerto. Porque la realidad no puede matarte. Da igual que choque contigo una o cien veces, que siempre respetará tu vida, aunque se ensañe con tu bienestar. Yon está justo en ese momento, justo en el momento del choque. Y en ese momento solo existen dos salidas: puedes recuperarte, salir del coche, echar a andar y vivir; o puedes quedarte dentro, mientras el coche se incendia, mientras te quemas vivo, hasta que alguien te rescate en unos días, años, o nunca.

—Si pudiera volver atrás... —me dice, mientras deshace los dos pasos que ha interpuesto entre nosotros. Sus ojos han atrapado los míos. Me siento incapaz de moverme—. Volvería a quedarme.

Sus dedos secan mis lágrimas, pero no las suyas. Reposo su frente sobre la mía y respira. En silencio. Yo quiero decirle que fue una decisión estúpida, pero su silencio es contagioso, y mi garganta se niega a dar paso a las palabras.

—Está bien. Está bien —susurra con dolor—. Lo entiendo. —Besa mi frente—. Pero ahora tendrás que entender algo tú también: si vas a marcharte pronto, mientras estés aquí conmigo, Daniela, no habrá nada en el mundo que esté por encima de ti.

—Yon...

Me besa.

Y comprendo. Comprendo que no hay nada que hacer, que su vida como actor quedará detenida entre este instante y el de mi marcha. Comprendo que no hay palabras ni actos que puedan disuadirle. Lo comprendo. Porque no tiene toda una vida para disfrutarme, porque solo tiene un ratito, porque si de ese ratito pierde otros ratitos, no podrá disfrutarme el año que me queda. Solo podrá disfrutarme unos meses. Así que sí, lo comprendo, comprendo que quiera aprovechar hasta el último segundo. Y lo comprendo porque es lo mismo que siento yo.

—Terminarás esta promoción —susurro frente a sus labios cuando libera los míos.

—Sí.

Yon decide tomarse el día libre. Se excusa con sus obligaciones alegando sentirse enfermo para poder invitarnos a su casa a tomar un café, la casa de su niñez, la casa de su madre. Yo opino que está mal mentir. Él opina que esa mentira no hace daño a nadie y que deje de pensar tonterías y me prepare para un largo interrogatorio. Yo espero que esté de broma.

La casa de su niñez es un segundo piso sin ascensor. Él nos dice que ha querido sacar a su madre de ahí muchas veces, pero que se niega a dejar el hogar que una vez compartió con su padre. Y a mí se me rompe un poco el corazón al escuchar eso.

Cat está nerviosa. No se puede creer que vaya a conocer a la madre de Yon Malcolm.

—Tú céntrate en Rob —le digo. Él sonrío sin decir nada.

A mí me gusta saber que se toma bien las palabras de Cat respecto a Yon. Supongo que es consciente de que ha estado siguiéndole durante mucho tiempo en las películas y que es complicado que se desenganche de eso. Rob sabe que no es interés romántico. Puede soportarlo. Aunque muestre un entusiasmo exagerado cuando la madre de Yon nos abre la puerta. Qué chica más tonta.

—Encantada, señora, soy una admiradora de su hijo desde siempre, tiene a un actorazo en casa, debe de sentirse muy orgullosa.

Le pego un codazo.

Adriana es una mujer alta, de ojos oscuros y expresión amable, a pesar de la efusividad de Cat. La recibe con sorpresa, pero sin dejar de sonreír. Y eso ya es complicado.

—Lo mismo digo —responde, mirando a su hijo, tal vez en busca de ayuda.

Yon carraspea y nos invita a pasar. Una vez dentro, nos presenta como es debido. Primero a Cat, después a mí. Me asombra que su madre no mire mi bombona de oxígeno. Y entonces comprendo que Yon ha debido de avisarla en algún momento antes de que llegáramos.

Adriana se acerca a mí con más interés que a Cat. Incluso con más interés que a Rob, a pesar de que hacía tiempo que no le veía. Yo sonrío. No puedo hacer más que eso después de mi amable saludo. Pero ella coge mis manos y me suelta el “me alegro de conocerte” más dulce que he escuchado en mi vida. También es verdad que no he conocido a mucha gente y que nunca me han dicho eso. Pero en las películas no parece tan personal.

Yon me mira complacido, y los cuatro nos sentamos en los sofás mientras su madre nos sirve café, té y pastas. Las pastas están muy ricas. El café demasiado caliente.

Hablamos de todo y de nada. Rob y Yon cuentan batallas de su niñez, Adriana narra historias tontas sobre su hijo, que le hacen sonrojarse en más de una ocasión. Y a mí me parece la cosa más mona del mundo, y eso hace que entrelace mis dedos con los suyos y apriete fuerte su mano, tratando de aguantar mi risa.

Su madre nos enseña después la casa. Pero a lo único que puedo prestar atención sincera es a la habitación de Yon. Una habitación amarilla. Porque le gustaba “Yellow submarine”, de The Beatles. Y siempre ha sido muy cabezota, dice, y siempre ha obtenido todo de sus padres por ello.

Todo lo que era justo y viable, aclara Adriana.

Yo sonrío y paseo por el dormitorio mientras los demás vuelven al salón. Yon me sigue para observar atentamente qué demonios voy a hacer.

Tiene pocas fotografías, pero todas muestran momentos importantes de su vida. Su primer papel, su graduación, su premio al mejor actor protagonista, su premio al mejor actor de reparto. Pero también está su mejor amigo, su mejor amigo graduado, su mejor amigo escayolado. Y su madre. Y su padre.

Su padre...

Yon apoya su barbilla sobre mi hombro mientras cojo el marco y miro al hombre que le abraza en la fotografía. Es como mirar al tío Antxon...

—Parece imponente —comento.

—Lo era. Y estricto. Pero también cariñoso y preocupado.

Sonrío y dejo el marco. Debe de resultarle complicado hablar de él. Prefiero no hacerle pasar un mal trago, así que continúo deslizándome por su dormitorio en silencio mientras él se queda apoyado en el escritorio, mirándome.

Y cotilleo su colección de cromos de fútbol, libros, algunas medallas.

—Vaya, eras bueno en atletismo.

—Soy bueno en atletismo.

—¿Hay algo que no hagas bien?

—Tocar el piano.

—Eso es cosa mía.

Levanto el mentón con orgullo.

Él sonrío y comienza a acercarse, pero su móvil interrumpe su paso. Por la conversación que mantiene, supongo que es trabajo, así que no me quejo cuando cuelga y me informa que tiene que marcharse. Parece algo cabreado.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Mi representante. Te veo esta noche, ¿de acuerdo?

Ambos volvemos al salón y, una vez se despide de nosotros y de su madre, besando su mejilla, sale de allí con prisa. Nosotros nos quedamos algo descolocados, pero Adriana es una mujer maravillosa, y nos acoge con gusto aunque su hijo no esté. De hecho, nos acoge hasta la cena, nos cocina una sopa de arroz, nos habla de Yon con aprecio, y nos dice adiós con una sonrisa y promesas de volver a vernos cuando creemos que ya es hora de marcharnos.

Caminamos los tres en silencio hasta el hotel. Rob lleva mi carrito. Yo le agradezco ese pequeño gesto. Pero cuando llegamos, le pido que me lo devuelva, que me apetece pasear un rato sin rumbo fijo. Cat no parece muy segura de dejarme sola, así que comparto mi ubicación en tiempo real con ella por si me pasa algo, que a veces se pone muy madre conmigo.

Mis pies caminan lentos, con el viento fresco en contra. No soy consciente de hacia dónde estaba caminando hasta que me topo de frente con el hotel de Yon. Me asombra que mi subconsciente encontrara ese pequeño recuerdo en el que eché un rápido vistazo a la localización oculto en algún lugar recóndito de la memoria. Deben de ser las cosas del corazón.

Me ha dicho que nos íbamos a ver esta noche, pero son las diez y media y aún no sé nada de él. Quizá por eso mi subconsciente me ha llevado hasta aquí. Dudo que en el mostrador me digan el número de habitación de Yon Malcolm, así que ni siquiera lo intento. En su lugar, continúo caminando, decidida a volver ya a mi hotel. Pero entonces los veo. A Yon y a Amanda Sol. Cenando. En el restaurante acristalado que hay bajo el hotel. Mi subconsciente está bastante seguro de que existe una explicación coherente, pero hay otros sentimientos que tratan de callarlo,

le ponen una mordaza y le amenazan con una navaja para que deje de decir tonterías. Porque Yon podría haberme avisado. Porque Yon había dicho algo de su representante, pero nada de la Sol. Porque Yon parece divertirse mucho y no parece pensar en verme esta noche. No parece pensar en que mañana me voy y él sigue con su promoción dos semanas más para después volver a marcharse. Sé que podemos pasar dos semanas sin vernos y que no nos vamos a morir. Pero saberlo no es lo mismo que ver la indiferencia. Ni siquiera aunque horas atrás haya asegurado querer abandonar temporalmente su carrera de actor para poder pasar tiempo conmigo. A la inseguridad esos detalles no les importan. La inseguridad no mira el pasado, siempre se fija más en el presente. Es muy tiquismiquis.

Carraspeo, tratando de que una pelota que se ha formado en mi garganta se deshaga. Pero no hay manera.

Así que decido irme.

Cuando regreso a nuestro hotel, encuentro el dormitorio vacío. Sonrío, porque sé que tengo a Cat y Rob a unos pasos, disfrutándose el uno al otro. Me pongo el pijama y me echo sobre la cama. No tardo mucho en quedarme dormida con el suave sonido de la tele.

Me despierto asustada. Hay alguien en la habitación, y no es Cat.

—Tranquila, soy yo —dice la voz de Yon. Su cuerpo se sienta sobre la cama. Yo siento el corazón en las sienes del susto.

—¿Cómo has entrado? —le pregunto. Poco a poco, mis ojos comienzan a espabilarse.

—Cat me ha dado la tarjeta por la tarde.

Suspiro. Esta chica...

—¿Y qué haces aquí?

—Te he dicho que nos veríamos esta noche.

—Te he visto con la Sol.

Yon sonrío.

—¿Has estado acosándome?

—Podría haber sido peor. Podría haberme presentado en el restaurante y haber armado un espectáculo.

—Habría sido muy impropio de ti.

—Aún existe la posibilidad de que sea una fanática tuya haciendo un buen papel.

—Si lo fueras, te habrías presentado en el restaurante.

—Queda entonces solo otra alternativa más.

—Sorpréndeme.

—Una periodista, tratando de sacarte tus secretos.

—Demasiado joven.

—¿Una becaria?

Yon vuelve a sonreír y se inclina para besar mi nariz. Yo me abrazo a su mano y le beso los nudillos.

—Estabas cabreado esta tarde. ¿Ya estás bien?

—Más bien estaban cabreados conmigo. He cancelado la entrevista y también una sesión de fotos. Mi representante estaba un poco encendido. Además, le he comunicado hoy mi retiro temporal de los escenarios.

—No le habrá hecho mucha gracia.

—Ninguna. Amanda tuvo un problema parecido hace tiempo. Me ha echado un pequeño cable con eso.

—Entiendo.

—¿Estabas celosa?

—Preocupada.

Mentira. Eran celos puros y duros.

Yon amplía su sonrisa.

—¿Me haces un hueco? —me pregunta.

Y se lo hago.

Él se mete bajo las sábanas y me lleva hacia él. Nos quedamos mirándonos en silencio. Una fina lluvia comienza a caer en el exterior, creando una melodía suave, lo único que rompe la quietud de la habitación.

Sus dedos me acarician el pelo y los carrillos. Los míos acarician sus ojos y sus labios. Resulta desconcertante el movimiento sincronizado de nuestros actos, cómo nos acercamos el uno al otro, cómo nos tocamos sin ser conscientes.

—Te quiero, Daniela.

Sonrío. Y pienso en lo absurdo de los celos y la desconfianza.

—Te quiero, Yon.

Y me besa, despacio, como si fuera la primera vez. Yo me deslizo entre las sábanas hasta colocarme sobre su cintura, sin dejar de besarle. Me quita la camiseta, y pasea sus labios por mis pechos. Y yo gimo, al ritmo de la lentitud de sus pasos. Me echa con cuidado de nuevo sobre la cama y se quita su camiseta. Poco a poco, de esa forma cuidada, paciente, nos quedamos desnudos el uno frente al otro.

Pero aún no busca hundirse en mi interior. Aún continúa besándome despacio. Y sentir su piel contra mi piel es la sensación más maravillosa que he vivido, porque siento que no hay fronteras, que puedo abrazarlo a él en esencia. Sin armaduras, sin más presencia que la suya y la mía.

Sus dedos dibujan mi cuerpo desde el cuello hasta mis nalgas, hasta mis piernas, entre ellas, y sus labios siguen más tarde ese camino que sus dedos han trazado. Le detengo, sin embargo, antes de que lleguen al último lugar.

—¿Qué...? —logro decir.

Yon sonrío y asciende hasta mis labios.

—Déjame besarte —me dice.

—Pero es... —me interrumpo cuando siento sus dedos empezar a acariciarme lentamente. Y mi frase termina en un inevitable gemido.

Yon pasea sus labios de nuevo alrededor de los míos, por mi barbilla, por mi cuello, cada vez más abajo, hasta que sustituyen a sus dedos.

Mis manos se aferran a las sábanas ante ese extraño contacto.

—Yon... —gimo. Y, unos instantes después, estallo con intensidad.

Yon me permite un instante para recuperarme mientras se coloca un preservativo y, después, me penetra suavemente. Posa sus labios sobre los míos, tan delicadamente, que no llegan más que a rozarse. Y bebemos ambos de nuestros alientos, mientras el movimiento nos recompensa en ocasiones con esa caricia que su boca le hace a la mía.

Me despierto entre sus brazos, con sus labios respirando sobre mi nuca, y yo creo que no existe en el mundo lugar más bonito que ese.

Los rayos de sol ya alcanzan la ventana. El móvil marca las ocho. Nuestro tren sale a las once y media. Yo desearía poder quedarme con Yon en este colchón eternamente, pero eso no es posible.

Así que me levanto, me visto, y empiezo a recoger. No me doy cuenta de que él también se ha despertado y de que me está observando embobado hasta que me giro para mirarle.

—Buenos días —me dice.

Yo me sonrojo un poco, porque la intimidad de anoche fue algo diferente. Así que sigo haciendo la maleta con una sonrisa tonta, evitando sus ojos. Le informo con un leve carraspeo de que Cat llegará enseguida para recoger también, y que debería vestirse. Pero él no parece muy por la labor. Se levanta con pausa y sale de entre las sábanas para envolverme con sus brazos por detrás. Yo me giro, exaltada.

—Yon, como Cat abra la puerta, te va a ver... —Bajo sin querer la mirada y la vuelvo a subir al instante—. Todo.

Yon se ríe.

—Su tarjeta la tengo yo.

Mierda. Es verdad.

—Aun así...

—Daniela, ¿te da vergüenza? ¿Por lo de anoche?

—N... no. —Carraspeo—. Puede.

Yon besa mis labios suavemente.

—No volveré a hacerlo.

—Bueno...

Tampoco quería eso.

Yon sonrío *abieñamente* y a mí me deja tonta. Así no se puede.

—No haré nada que te incomode, Daniela.

Yo estoy a punto de decirle que no importa cuando unos golpes en la puerta me sobresaltan e interrumpen mi iniciativa. Ahora solo puedo pensar en que mi novio está desnudo y mi mejor amiga a un paso de verle el juguete.

Le empujo hacia el baño —con la puerta destrozada— y le lanzo la ropa. Él se ríe, pero no se queja.

Cuando abro, le hago una seña a Cat para que no diga ninguna sandez, porque Yon está en el baño. Ella me susurra con voz cantarina que va a abrir la puerta porque quiere ver cómo la tiene. Yo le pellizco el brazo, y Yon sale ya vestido.

—Buenos días, Cat —dice con la mayor naturalidad del mundo.

Ella sonrío, me da un azote en el culo y se centra en su maleta.

Yon se dirige hacia mí y me acaricia la mejilla.

—Te veo en dos semanas —me susurra sobre los labios. Y, después, en silencio, me abraza con fuerza.

Trato de no emparanoiarme. Sé que es absurdo que haya un paparazzi a las puertas de mi edificio. Pero ese señor lleva con una cámara visitando esta calle al menos un mes. Yo no quiero preocupar a Yon, porque está muy ocupado yendo y viniendo de sus viajes, pero resulta bastante sospechoso.

Me pregunto en qué momento habrán podido sospechar. Hemos tenido mucho cuidado para que no nos vean juntos, y Yon sigue muy cariñoso con la Sol. Si no supiera que está saliendo conmigo, pensaría que está saliendo con ella. Yo me cago en su puta madre, con perdón para su madre. Pero sé que solo trata de protegerme. Mientras no la bese ni se la tire, puedo pasar por ello.

Las fotos, sin embargo, me taladran un poco el pecho. Cat me repite cada día que deje de suicidarme viendo eso, pero es como una droga. Yon en la alfombra roja es un modelazo. Los abrazos y las miraditas con la Sol son lo de menos. Cat me dice que no me mienta a mí misma y que cierre el jodido ordenador. Y que, si tanto me molesta, se lo diga a Yon, que una relación sin comunicación es una mierda.

Tal vez tenga razón. Así que espero a que llegue de su último viaje en diciembre para hablarle sobre ello.

—¿Me echas de menos? —me pregunta cuando me llama antes de embarcar.

—Mucho.

—¿Pero?

—¿Qué?

—Llevas unos días rara, Daniela. ¿Vas a decirme ya lo que ocurre?

—Sí. Cuando llegues.

Yon se queda en silencio. Yo miro el móvil, pensando que se ha cortado. Pero su voz vuelve a salir, y me golpea un poco.

—¿Vas a dejarme?

¡Dejarle!

—¡No!

Casi puedo escuchar un suspiro de alivio al otro lado. Pero pronto vuelve la preocupación.

—¿Has empeorado?

—No, ¿quieres dejar de lanzar hipótesis? Solo quiero hablar de Amanda.

Otro silencio. Me empiezo a poner de los nervios. ¿Si hay silencio es por algo?

—De acuerdo. Cuando llegue, voy a tu casa.

—¡No! No, a mi casa no.

Paparazzi. Otro tema que tendré que comentarle. Pero por ahora me centraré en mi indignación ante su cercanía con la dichosa actriz.

Así que quedamos en el bar de su tío. Yo tengo cuidado y miro constantemente a mi alrededor para afianzarme de que nadie me persigue. Mi paranoia está alcanzando límites exagerados. Pero al menos tienen fundamento. Podría ser peor, podría creer que me persiguen paparazzis sin haber visto nada parecido.

El taxi me deja a un paso del bar. Yon me está esperando en la puerta. Está más moreno, y recuerdo entonces que ha estado en el sur. Han publicado fotos tuyas con el equipo de la película en la playa. Los músculos de Yon están por toda la red, y las curvas de la Sol también. Al menos en esta ocasión no se han tocado ni un pelo, solo se reían a una distancia prudente y brindaban con refrescos.

Su sonrisa ilumina su cara al verme, y yo no puedo evitar contagiarme de esa felicidad por

reunirnos de nuevo. En esta ocasión han sido tres semanas, y a mí se me han hecho eternas.

Yon no duda en rodearme con sus brazos en cuanto llego hasta él y levantarme del suelo para besarme. A mí con eso ya me gana, siempre es la misma historia.

Coge mi carrito del oxígeno y entramos ambos al bar. Su tío nos sirve en una mesa al fondo, para que tengamos más intimidad, nos dice, que aunque los adultos no se interesen por Yon, siempre puede pasar alguien por la calle que le eche el ojo. Alguna nieta de algún vecino.

—¿Qué has hecho estos días? —me pregunta.

Ya lo sabe, hemos hablado todas las noches. Pero siempre nos ponemos algo nerviosos al vernos después de varios días, como dos tontos vergonzosos. Y uno tiene que romper el hielo.

—He estado con Cat y Rob. Y con Rock.

—Al final va a quererte más a ti que a mí.

Yo sonrío, porque Rock es un perrito muy bueno y le estoy cogiendo cariño. Los últimos días en el loft solo ha querido estar conmigo en el sofá. También es verdad que le doy palomitas a escondidas. Los perros son muy listos.

—Antes de que digas nada, quiero disculparme —me dice Yon de repente.

Disculparse. Mi corazón late un poquito más rápido. ¿Disculparse por qué?

—¿Dis... culparte?

—Si quieres hablar de Amanda, debe de tratarse de nuestra relación.

Yo asiento y carraspeo, porque quiero explicarme lo mejor que pueda.

—Me quema vuestra cercanía —digo—. Entiendo la situación, pero no puedo... Vuestro trato es demasiado cercano. Tenéis fotos hablando a centímetros.

—¿Crees que he traspasado la línea?

—No, sé que no.

—Bien. Mi trato con Amanda se acabó. No quiero que estés mal, Daniela. Si he hecho eso ha sido para que el mundo se olvide de aquella dichosa foto, porque no quiero que nadie, jamás, te asocie conmigo.

—Bueno, respecto a eso, quería...

Pero no puedo terminar. La vista de Yon se ha quedado fija en algo detrás de mí, casi desenchajada, y, después, Yon ha salido disparado al exterior.

A mí me parece que mi cerebro se cortocircuita mientras mis ojos se vuelven para perseguirle. Su tío, de pie a mi lado, se ha quedado tan estupefacto como yo. Tratamos ambos de mirar a través de los cristales qué demonios está haciendo. Y, entonces, mi respiración se corta bruscamente: el supuesto paparazzi de casa. Está ahí fuera. Y Yon... Yon parece muy enervado. Yo creo que me voy a meter en un buen lío, así que cojo mi refresco y lo saboreo, tratando de ignorar lo que sucede a mi espalda.

Su tío murmura algo en vasco. Parece un taco.

Se mete en la cocina cuando Yon vuelve. Creo que prefiere no soportar a Yon enfadado. Y cuando veo sus ojos, puedo comprenderlo. Jamás había visto a Yon así. Está realmente fuera de sí, alterado, furioso. Me dice que me ponga el abrigo, coge mi carrito y a mí de la mano, y me obliga a ir a la parte de atrás del bar, a la zona restringida al público. Yo me doy cuenta de que ha vuelto con una cámara de fotos.

—Había un jodido paparazzi ahí fuera —dice—. He tenido que comprarle la puñetera cámara por el doble de precio que le darían por las fotos. No sé cómo cojones ha llegado hasta aquí.

—Yo... Creo que es culpa mía.

—¿Cómo?

—No quería preocuparte, pero lleva un mes por mi calle. Lo siento.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Estabas de promoción, lejos de aquí.

Dicho así, parece una excusa de mierda.

—¿Lejos de...? —Frunce el ceño—. ¿Esto es por Amanda?

—¿Qué?

—¿Querías que nos fotografiaran para terminar con el numerito de Amanda?

Parece bastante convencido de su acusación. Así que mi aflicción por haber metido la pata, como es natural, desaparece para transformarse en algo más enérgico y desagradable. A mí no me gusta sentir estas cosas, pero las acusaciones como esa me provocan un extraño sentimiento de rabia. Y, como no suelo sentir eso, controlarlo me parece que va a ser complicado.

—¿Hablas en serio? —replico.

Él parece igual de enérgico que yo. Es posible que esto acabe muy mal. Las discusiones enérgicas siempre empañan la mente.

—Dímelo tú. ¿En qué demonios estabas pensando? Me preocupo por protegerte durante tantos meses de la locura de mi entorno, y un jodido paparazzi que lleva en tu puerta un mes por poco te saca a la luz. ¿Era eso lo que querías? ¿Cuál era la idea? —Abre los ojos con... ¿miedo?—. ¿Querías un momento de fama?

—¿Fama?

Fama. Llegado a este punto, creo que a este chico se le ha ido la cabeza. Mi subconsciente trata de justificarlo, porque toda su vida ha sido un circo, porque los que se acercaban a él siempre era

por interés, porque es sencillo desconfiar después de tantos años de palos. Si estás acostumbrado a que un árbol de un camino te golpee con las ramas, empiezas a evitarlo. Si más adelante, te encuentras con otro árbol diferente, no podrás evitar temer que te pueda golpear también.

Pero otra parte de mí calla a mi subconsciente. Esa parte aún no la conozco, pero me cae bien. Ella opina que siempre hay que pensar antes de herir. Y Yon no ha pensado.

Respiro hondo. Esa parte cree que no vale la pena seguir hablando, así que me ayuda a coger mi carrito y dirigirme a la salida más próxima, la de detrás del bar. Creo que es la sensatez. Yo la confundo un poco con el orgullo, pero a ese hace tiempo que no le veo.

La mano de Yon me sujeta con cuidado para detener mi paso mientras él pronuncia una especie de disculpa. Pero yo no puedo disculparle. Aparto mi brazo y le miro con intensidad, mostrando mi claro disgusto.

—Daniela...

—No.

Yon traga con dificultad.

—De acuerdo, pero deja que mi tío te lleve a casa. No sé si hay más fotografías fuera...

Pero no puedo esperar. Giro el pomo y salgo.

Sé que no es recomendable retirarte en plena discusión. Sé que siempre he criticado que Yon no quiera hablar cuando hay problemas. Pero Yon ha insinuado que mi interés por él es solo por conseguir fama. Yon ha insinuado que mis sentimientos son inexistentes, que todo lo que hemos vivido es una farsa, que soy una mentira.

Comprendo el hilo de sus pensamientos y su temor. Lo que no comprendo es que le diera credibilidad y me lo echara en cara, no comprendo que no vea en nosotros lo que yo veo.

Camino solo unos pasos hasta que Yon vuelve a detenerme.

—Daniela, por favor.

Me doy cuenta de que estoy temblando.

—No, Yon.

—Daniela...

—Crees que busco fama. Fama. ¿Yo? Yon, te he dado lo más preciado que tengo: te he dado mi tiempo. —He empezado a llorar, lógicamente—. No me sobra, Yon, y te lo he entregado por completo. Porque he querido. Por voluntad propia.

Yon se pasa las manos por el pelo. Yo me doy cuenta de que últimamente hemos discutido bastante. Creo que cuando empiezas una relación, la importancia que le das a las cosas es menor. Pero la importancia va aumentando en la misma línea que aumenta el amor. Es complicado. Y es más complicado si te vas a morir en menos de un año. Porque todo se vuelve mucho más sensible. En mi caso, no estoy para perder el tiempo con sufrimientos. En mi caso, prefiero terminar mi vida con una sonrisa. Tal vez en otras circunstancias habría abierto mis oídos a las excusas de Yon. Pero en mi realidad, me está costando bastante.

—Yon —lo intento, descansando por un momento mi llanto—, si piensas realmente que no te quiero, dímelo ahora. No quiero malgastar más mi tiempo.

Yon sigue agitado, y siento que trata de calmarse antes de responder.

—Sé que me quieres —dice—, pero por un momento... He pensado en Yon Malcolm.

Yo fijo mis ojos en los suyos.

—¿Crees que te quiero por lo que eres?

—Recuerdo tu rechazo cuando nos conocimos. Pero también recuerdo a Cat, diciendo que me seguías igual que ella desde hace años. Hace tiempo que me perdí en Yon Malcolm y ya no sé a quién se acerca la gente.

—Yon, si de verdad crees que pienso en ese dichoso actor cuando estoy contigo, es que tú y yo no nos hemos entendido en ningún momento. Si crees que podría besar a Yon Malcolm, es que tú no te has enterado de nada.

Yon parpadea varias veces. Parece confuso. Yo también lo estoy. Creo que las discusiones no deberían ser habituales en una pareja. Creo que debería haber intercambios de puntos de vista, conversaciones, pero no discusiones. Las discusiones no sirven para nada, porque de ellas nunca sale nada bueno, de ellas nunca se obtiene nada positivo. Si Yon hubiera explicado lo que opinaba y su temor a que yo hubiera podido utilizarle de algún modo o engañarle respecto a ese dichoso fotógrafo, ahora yo no estaría llorando ni temblando y él no estaría al borde de un infarto. Yo le habría explicado todo y le habría dado un beso. Habríamos conseguido solucionar el problema.

Pero ahora... ahora en vez de un problema, hay varios. Yo estoy herida, él está aterrado, y ambos casi no podemos mirarnos.

Pero entonces Yon me abraza. No es un abrazo común, es un abrazo con fuerza. Y parece que el viento se frena, que la luz sale entre las nubes y que el silencio se impone, expectante.

Yo levanto la mirada y apoyo el mentón en su pecho. Las lágrimas no se detienen, pero al menos me siento capaz de hablar. Yon me mira y me acaricia el pelo, trata de secar mis lágrimas un poco, aunque ve que es una tontería, porque van a llegar otras después.

—Vivo en una ficción constante, Daniela —susurra—. Tú eres la única historia real que he tenido en mi vida.

El miedo a la pérdida. Siempre tenemos miedo a la pérdida. Perder un bebé, perder una pareja, perder un trabajo, perder un familiar anciano, perder tu realidad. Yo creo que el temor es natural, pero que la vida se pasa con más penas que felicidad. Sufrimos el doble sin ser conscientes. Sufrimos por el riesgo a perder y sufrimos cuando se pierde. Y, finalmente, no disfrutamos de lo que tenemos mientras lo tenemos. O disfrutamos la mitad, creyendo perderlo cuando nunca lo perderemos. La confianza para eso es buena, te da la mano y se lleva de la oreja los pensamientos de ese tipo. Creo que deberíamos dejar a la confianza trabajar más a menudo con el subconsciente.

—Lo siento tanto, Daniela —dice Yon, con su frente sobre la mía y sus brazos rodeándome—. No sé por qué lo he dicho. Jamás he pensado que quisieras estar conmigo por eso. Estaba...

—Siendo un cretino —le corto con un hilo de voz.

Sorbo por la nariz y me paso la manga del abrigo por la cara para limpiarme. Sé que no es muy atractivo, pero ahora mismo me da igual.

Yon asiente levemente.

—Si quieres marcharte, no voy a detenerte. Pero, por favor, deja que te lleve mi tío. No te marches sola.

Yo acepto que el tío Antxon me acompañe a casa. Quisiera decirle a Yon que quiero quedarme con él, que no importa nada de lo que ha pasado y que le quiero muchísimo. Pero el amor propio está demasiado empoderado, y me acaricia por dentro para decirme que busque la felicidad en mí misma, que mi felicidad no puede depender de él, que las faltas hay que censurarlas, que piense, que medite y que resuelva.

Y yo, como no hay nadie en el mundo que me quiera más que el amor propio, hago caso a sus recomendaciones.

Así que me subo al coche.

Yon da la mano a su tío, parece asegurarle que va a cuidar del negocio hasta que vuelva. Su parte responsable siempre me ha gustado.

Después me mira.

Y cierra los ojos con fuerza cuando cierro la puerta del coche.

Cat me mira y me remira. Mueve la cabeza de un lado a otro. Aún está algo escéptica. Yo le he dicho que lo mire con objetividad y deje de pensar que es Yon Malcolm. Ella me ha sentado en su cama como siempre y se ha quedado en el suelo, abrazada a sus rodillas. Cuando se pone así parece una desequilibrada.

—Voy a aceptar —empieza a decir lentamente— que sus palabras no han sido del todo correctas.

—¡Cat!

—Está bien, no han sido correctas. ¿Qué demonios le pasa a ese tío? Cualquiera que te conozca es incapaz de pensar que maquinarias semejante plan. Eres demasiado boba como para pensar algo tan maquiavélico.

—Gracias.

—Ese tío tiene un problema gordo.

—¿Un problema?

—Está paranoico. Vale que yo le lama el culo porque, joder, es el maldito Yon Malcolm. Pero tú... tú pasas de eso. Si tuve que empujarte para que quedaras con él la primera vez. Creo que se piensa en serio que, excepto Rob, todos le quieren por ser famoso. Se le ha subido un poco a la cabeza, ¿no? Pero hay que ser imbécil para creer eso de ti. Y mira que lleváis ya tiempo juntos. La madre que le parió.

No me está ayudando una mierda.

—Cat, no me estás ayudando.

—De acuerdo, esto es lo que yo haría: abandonarle y que no sepa nada de mí en días para que se lo curre un poco, y que se joda. Pero —dice, antes de que me queje— como no es muy propio de ti ser tan rencorosa y mala, escríbele mañana y hablád las cosas. Aclárate primero. Me has dicho que te ha sentado mal, que te ha dolido que desconfiara de lo que sientes. Diselo, y que él se explique. Obviamente se ha cagado y ha creído que todo el mundo iba en su contra. Creo que vas a tener que abrirte un poco a sus razones, aunque no las encuentres razonables. Al final cada persona tiene dentro un mundito pequeño en el que viven muchas hormiguitas llamadas sentimientos que conforman una comunidad que se llama personalidad. Y no hay un mundo igual a otro, Dani. Lo que tú no comprendes, para él puede ser lógico. Deja claro lo que piensa tu mundito respecto a eso y conocea también en ese aspecto. No tienes que ceder, ni él tampoco. Tenéis que *comprenderos*.

Cat a veces es madura.

—Esto no era tan complicado antes.

—Bienvenida a las relaciones. —Se levanta del suelo—. A mí no me gusta que seas tan mojigata y a ti no te gusta que yo sea tan intensa. Pero nos aguantamos y nos queremos. —Me besa la cabeza—. Y siempre será así.

Siempre. Me pregunto si siempre para Cat es hasta que muera yo o hasta que se muera ella.

Pero no me parece apropiado preguntarlo, así que solo puedo sonreír.

Vuelvo a casa con mejor ánimo. Lo malo de salir con una celebridad es que tengo a mi disposición un amplio catálogo de imágenes en internet para morirme del asco admirándole. Me doy cuenta de que no tenemos muchas fotos juntos. Creo que Yon es bastante reacio a tener recuerdos conmigo porque me voy a morir y será doloroso para él vernos. A mí me parece que la muerte de una persona no debería suponer su desaparición. Los recuerdos, los vea o no, seguirán estando dentro de él.

De pronto me apena todo lo que ha sucedido. Me apena Yon y me apena el futuro que le espera. Si fuera al contrario, la perspectiva de perder a Yon y no volver a poder abrazarlo me mataría. No comprendo cómo puede sonreírme teniendo esa certeza. Supongo que no debe de pensar en ello a menudo, supongo que esa realidad debe de tenerla apartada, en un rincón profundo y oscuro, encerrada, para que no le devore por dentro.

Se me forma un nudo en la garganta. Porque esa realidad también es la mía, aunque no viva para sufrirla: voy a perder a Yon. Voy a perder a mi padre. Voy a perder a Cat. Y, de pronto, me aterrorizo. Y grito sin poder evitarlo. El portátil cae al suelo, mis manos golpean el sofá con frustración, con rabia, una y otra vez. Mis lágrimas brotan descontroladas. Mis pulmones se quejan, se quejan con agonía. Pero yo no puedo dejar de gritar.

Estoy sufriendo un ataque de pánico. Nunca me había ocurrido.

Mi padre aparece de su biblioteca espantado. Trata de tranquilizarme, me envuelve con fuerza entre sus brazos. Me pregunta desesperado qué me ocurre. Pero yo no puedo hablar, no puedo decir nada, y empiezo a asfixiarme. Todo el aire que ha salido con fuerza de mis pulmones para chillar ya no vuelve a entrar. Me están castigando, y supongo que me merezco su castigo, por haberlos herido.

La puerta empieza a sonar. Es Cat. Cat y algún vecino. Preguntan qué ocurre.

Yo no escucho, ya casi no siento. Empiezo a sentir un cosquilleo por mis manos. Se me están durmiendo.

Mi padre trata de ponerme la mascarilla del oxígeno mientras llama a una ambulancia, pero está demasiado nervioso. No atina.

La vista se me nubla.

Y todo se oscurece.

Abro los ojos. Todo blanco. Estoy harta del hospital. Y, por un instante, pienso que también estoy harta de despertar. Una enfermera llama a mi doctora cuando ve que he abierto los ojos, y me deja sola, esperando. Aprovecho para cerrar los ojos de nuevo, solo un poco, hasta acostumbrarme a la luz que se proyecta desde todas direcciones. Y, después, los dirijo a la ventana.

Hay un pájaro apoyado en el alfeizar, piando sobre el lienzo azul que se proyecta tras él. El cielo está limpio y claro. Y me hace sonreír. Por un momento, siento que no existe nada más, me contemplo en un espacio vacío, sin nada que me conecte con nadie. No existe ni mi padre, ni Cat, ni Yon. Ojalá fuera tan sencillo. Pero también sería muy triste. La magia de este mundo también reside en el amor.

La doctora Ortega entra a la habitación. Mis ojos tardan en dirigirse a ella.

—Daniela, ¿cómo te encuentras? —Las mismas preguntas, siempre las mismas preguntas.

—Bien. Aunque, por su cara, no lo creo.

Sus ojos parecen graves. La penúltima vez perdí medio mes de vida. Creo que esta vez estoy más jodida. Y sé que ya no me queda un año. Y cuando presto más atención a mis pulmones, ellos parecen estar de acuerdo con mi sospecha, parecen decirme con voz cansada que he dado en el clavo, que están hasta las narices de esforzarse.

—¿Ha sido por el ataque de pánico? —le pregunto, antes de que me confirme lo que pienso.

La doctora tarda en responder.

—No ha sido lo único.

Entonces comprendo. Mis años han pasado sin mucha andanza, mis pulmones no han trabajado nunca mucho, casi siempre encerrados en casa. Pero desde que conocí a Yon, todo cambió. No me arrepiento. Habría preferido mil veces un solo mes a su lado que una vida sin él. Sé que parece absurdo, querer a alguien por encima de tu vida. ¿Pero qué sentido tiene la vida si pasa de largo vacía? Cada emoción, cada sentimiento, cada sensación, todo lo vivido con él ha merecido el gasto de cada fracción adicional de mi oxígeno. Sus manos en mi cuerpo, sus labios en los míos, su abrazo, su amor. Toda una vida sin vivir todo eso... Jamás la cambiaría.

—¿Cuánto? —le pregunto.

—Seis meses, tal vez. Lo siento mucho, Daniela.

Yo sonrío.

—¿Puedo irme?

La doctora me recomienda estar hasta mañana, y me informa de que a partir de ahora tendré que estar enchufada al oxígeno siempre. Yo le digo que la mascarilla es una mierda, ella coincide conmigo, y me dice que lo cambiarán por una cánula nasal, que resulta menos molesta. Pero a mí me parece que tener un plástico metido por la nariz durante el resto de mi vida debe de ser una lata.

—Te acostumbrarás.

Trata de sonreír, pero no se le da muy bien hacerlo cuando su paciente va a palmar en unos

meses.

Le pido que llame a mi padre y a Cat. Doy por sentado que están ambos. Siempre están. Pero el primero que aparece es Yon, y cae de rodillas al lado de mi cama, y se echa a llorar, apoyando su frente sobre mi hombro.

Yo no sé qué hacer. Me ha pillado desprevenida. Levanto la mano en la que tengo la vía y la paso por su pelo. Porque la otra la está aplastando.

No me doy cuenta de que he empezado a llorar yo también hasta que hablo.

—Yon...

—Lo siento. Lo siento. Por favor, perdóname, Daniela. Creí que habías... Creí que te habías marchado odiándome. Te quiero, te quiero tanto.

—Yo nunca... nunca podría odiarte, Yon.

Él me mira. El dolor es tan inmenso en sus ojos, que se me clava en el pecho.

Me quita un momento la mascarilla para unir brevemente sus labios a los míos. Y el dolor de sus ojos me parece una nimiedad en comparación con el que me transmite su beso.

Sabe que está cerca, que está muy cerca. Mi marcha puede sentirse ya en el ambiente. Y eso hace que ambos temblemos. Nos miramos intensamente, atravesándonos, llenándonos de lo que sentimos y nos conecta. Y me doy cuenta de que le he perdonado, de que le perdoné en el momento mismo que me tomó del brazo cuando me disponía a salir del bar.

Supongo que al amor nos hace estúpidos y débiles a veces. Pero esta vez el amor propio no discute que atraiga hacia mí a Yon y lo abraza.

—Te amo —susurro en su oído.

Él se yergue un poco, muy cerca de mí, y me mira con sorpresa.

—Daniela... —Me acaricia el pelo, la frente, la barbilla, su sorpresa va desapareciendo. Lo comprende. Comprende que Lizarraga puede ser amado, más allá de Malcolm. Y sonrío—. Yo también te amo.

Y yo me pregunto cómo algo tan fuerte puede nacer en meses, y me pregunto también si algo tan fuerte habría sobrevivido durante años, si algo tan fuerte habría sobrevivido para siempre. Pero eso jamás lo sabremos.

Le hago un hueco en la cama y se echa junto a mí. Me abraza, y yo me acurruco en su abrazo. Sé que Cat no dejará entrar a mi padre hasta que Yon se haya marchado. Yo se lo agradezco en silencio y, poco a poco, en esa seguridad junto al cuerpo de Yon, voy quedándome dormida.

Tal y como esperaba, la cánula nasal es una mierda. Pero tal y como aseguró la doctora, empiezo a acostumbrarme. Es más cómoda que la jodida mascarilla, pero estoy convencida de que moriré ahorcada con los tubos durante la noche mientras duermo. Yo se lo digo a mi padre, pero mi padre opina que los cuerpos son inteligentes, que, si no lo fueran, nos caeríamos de la cama. Yo discrepo. Creo que mis pulmones están hartos de funcionar y que podrían llevar a mi cuerpo a suicidarse.

Me siento en el sofá. Los primeros días tras la noticia de mi corta vida han sido raros. Mi padre no ha hablado mucho, y Cat se ha pegado a mí como una lapa. Yon se pasa por mi casa cada día. Yo desearía que sus visitas no tuvieran el nombre de la FPI, pero no se pueden pedir peras al olmo.

La Navidad llega así más triste que feliz. No me gustan las Navidades grises, pero no puedo cambiar sus sentimientos, no puedo obligarles a que se olviden del dolor. Pero podemos apartarlo un poco. Y eso hacemos. Nos reunimos en el loft de Yon y Rob para Nochebuena. Somos más de lo habitual: Rob y sus padres, Yon y su madre, Cat y sus padres, mi padre, y yo. Y, aunque sean las últimas Navidades, a mí me parecen las segundas mejores de toda mi vida. El primer puesto se lo lleva la última Nochevieja con mi madre. Porque mi madre es mi madre, y ella es más importante que esto. Desearía que pudiera compartir con nosotros esta noche, pero se machó, demasiado pronto, pero se marchó.

Yon besa mi nuca mientras estoy poniendo los cubiertos.

—¿No tenéis algo más elegante? —me quejo, mientras coloco un tenedor rallado.

Él se encoge de hombros.

—Nunca hemos celebrado nada aquí.

—Nunca hemos celebrado nada *elegante* aquí —le corrige Rob, rascando las orejas a Rock.

Cat le mira desde el otro lado de la mesa.

—Habéis celebrado muchas fiestas, ¿eh? Seguro que te divertías mucho en ellas.

Le lanza el paquete de servilletas que estaba repartiendo, y le da al pobre Rock en la cabeza.

—¡Cat! —salto.

Rob se ríe y se dirige hacia ella.

—Se divertía más él —comenta.

Yon le fulmina con la mirada.

—Vaya... —digo. Había olvidado su época loca. Y me pincha un poco.

—Ya sabes que fue hace mucho —se excusa Yon.

—Ya...

Le pego un tortazo en el hombro y él me abraza por detrás riendo.

—No irás a ponerte celosa a estas alturas, ¿no?

—No.

Besa mi mejilla y me libera.

—Déjame ayudarte.

Ambos nos ponemos entonces a repartir los cubiertos. Yo no puedo evitar fijar mis ojos en Cat y Rob, que se miran como tontos. Me gustaría decirle a Cat que deje de hacer el idiota y termine de poner las servilletas, pero cuando sus ojos están tan iluminados, no soy capaz de quitarles la luz.

Dirijo mi mirada a nuestros padres. Parece que todos están encantados de conocerse. Me doy cuenta de que a veces me miran, pero yo no me quejo. Estoy acostumbrada a la lástima. Por eso me gusta Yon. Yon no siente lástima por mí, solo dolor por él. Daría todo por cambiar eso, por cambiar su dolor por lástima. Pero no puedo hacerlo, igual que no puedo cambiar la realidad.

Cuando la mesa está lista, nos sentamos. Los cuatro más jóvenes ocupamos un extremo, los padres el otro. Ha sido mi padre quien ha cocinado. Tiene mucha práctica, y a mí me hace feliz que haya tenido ganas de ello. Últimamente estaba muy ausente y oscuro. Debe de ser porque en unos meses perderá a su hija. La que fue su familia desaparecerá ya por completo. Yo creo que debe buscarse otra. Pero nunca me atrevo a decirselo.

La cena es amena. Hay risas. Y yo disfruto de ellas como si fueran algo excepcional, algo de otro mundo. Creo que la risa es el sonido más maravilloso que existe. Creo que un grito se puede contener, creo que un llanto, con esfuerzo, también. Pero la risa no. La risa nunca. Una carcajada tiene vida propia. Y una carcajada tiene el poder de crear otras. Y, en un momento, todos reímos. Y reímos porque Yon es un narrador fantástico. Debe de ser cosa de la profesión. Nos cuenta historias tontas de las grabaciones, sus momentos en blanco, sus invenciones. Me sorprende saber que algunas de las escenas que tanto he visto han sido improvisadas.

Entonces Cat hace una pregunta que me hubiese gustado que se tragara y —con un poco de suerte— atragantara con ella.

—Y las escenas subidas de tono, ¿también las improvisáis?

Yon carraspea. Porque está delante su madre, el padre de su novia, y su novia.

Le pego a Caterina una patada por debajo de la mesa. Ella se da cuenta entonces de que es imbécil. Y, aunque se disculpa con la mirada, la pregunta ya está en el aire, y todos esperamos la respuesta.

—No —dice, algo ronco—. Esas escenas están estudiadas. Coreografiadas.

—Entiendo.

Y el tema se corta de raíz. Yo me imagino a la Sol encima de él, comiéndoselo, y me arde la sangre. Pero, cuando le miro, cuando miro su sincero afecto hacia mí, recuerdo que Malcolm está muy lejos de aquí.

—¿Estás bien? —susurra en mi oído.

Yo sonrío y beso su mejilla.

—Perfectamente.

—Bien, pues ven conmigo.

Y, de repente, me coge de la mano, y ambos salimos del loft con prisa, dejando atrás los ojos confusos de sus invitados.

Coge mi carrito y comenzamos a subir el último tramo de escalera, que lleva a la azotea. Hace frío allí arriba, pero Yon parece tener todo bien montado, y unos enormes pufs con mantas de pelo blanco nos esperan muy cerca del borde del edificio. Yo doy gracias por que exista esa valla de cristal que nos separa del abismo; si no, ya podrían ser esos pufs los más cómodos del mundo, que no me sentaba en ellos ni aunque me pagaran.

—¿Estas cosas son tuyas?

—Y también de Rob. La llave de la azotea la tenemos nosotros. Pagamos a la comunidad el doble para que nadie más pueda acceder aquí. No sé si es legal, pero a los vecinos les da igual.

—¿A qué se dedica Rob? Nunca se lo he preguntado —digo, mientras me acerco a la valla. Yon me sigue.

—Está estudiando. Quiere ser arquitecto.

—¿Y quién le paga esto?

—Sus padres tienen mucho dinero.

—Ya veo.

Yon me pone la manta por encima y pasa su brazo por mis hombros mientras mira al horizonte. Entro en calor al instante abrazándome a él.

—¿Estoy muy fea? —le pregunto. Soy consciente de lo que está haciendo en mí la enfermedad, de mi palidez, de mis ojeras, del cansancio. Y creo que a Yon podría darle un poco de reparo besarme. Más aún sabiendo que no hay día que no tosa y escupa sangre. Debe de ser muy asqueroso.

Yon me mira con sorpresa.

—¿Fea?

Me acaricia.

—Hace mucho que no me bes...

Sus labios presionando los míos interrumpen por completo mi queja. Se separa de mí un instante después.

—Si no te beso, Daniela, es porque no quiero que te asfixies.

—¿Entonces te sigo gustando?

Yon se ríe.

—Hasta el último día de mi vida.

Fija sus ojos en los míos y vuelve a aproximarse, pero esta vez no lo hace rápido, sino lento. Y sus labios vuelven a tocar los míos. Yo paso mis manos por su cuello y libero mi lengua. Porque hace mucho que está encerrada, hace mucho que no se encuentra con la de Yon, y lo necesita, necesita volver a hacerlo.

Yon corresponde a mi beso de la misma forma.

Pero esta vez... esta vez todo es diferente.

Me alejo de él, afectada, con los ojos vidriosos. Trato de ocultar mi sentimiento volviéndome

de nuevo hacia la ciudad, que se expande ante nosotros. Pero Yon no es imbécil.

—¿Qué ocurre?

Yo niego con la cabeza.

—Daniela.

—No te gusto como antes.

—¿Por qué dices eso?

Me froto los ojos y le miro. Y después, sin querer, mi mirada se desliza hacia abajo, hacia su entrepierna. Me doy la vuelta rápidamente para ocultarme entre la manta. Mi subconsciente está alucinando. La lujuria ha tomado todo el control y en este momento manda, manda sobre la tristeza, sobre la frustración, sobre la rabia. Y va haciéndolas cantar a todas una a una. La madre que la parió.

—¿Qué? ¿Es porque no me empalmo? —le oigo decir al otro lado de la manta—. Daniela eso no es por tí.

—Mientes —digo desde la seguridad de mi cueva de pelo.

Siento cómo intenta quitarme la manta de la cara. Yo me niego.

—Vamos, Daniela, mírame. No seas infantil.

Bufo y me destapo un poco los ojos, pero no del todo.

—Antes...

—Antes nada. Estoy triste y me dueles. Y en este estado, a mi cuerpo le da igual lo buena que estés o no.

Mi corazón se queja. La lujuria se ha quedado muda. Sin querer, le he obligado a mirar su interior, a contemplar ese estado en el que se encuentra desde que salí del hospital. Mi subconsciente suelta tacos a diestro y siniestro. Yo le digo que cierre la boca, que bien que se ha callado cuando ha entrado la lujuria por la puerta. No puede evitar darme la razón.

Me quito la manta por completo de la cara.

—Lo siento —digo. Yon suspira y se apoya en la valla—. Entonces, ¿sí que te gusto como antes?

Yon parece frustrado, pero es la única forma que tengo para distraerle de su dolor.

—Maldita sea, dame la mano —dice, y con un movimiento rápido, me la pone en su bragueta. No pasan ni cinco segundos cuando empiezo a sentir cómo crece y se endurece. Quito la mano avergonzada. Yon se ríe—. ¿Y ahora qué?

—¿Qué?

—Eras tú la que querías que pasara esto.

Carraspeo y miro a mi alrededor.

—¿No estarás pensando...?

—Algo querrás hacer, Daniela. No puedes dejarme así.

—Yo no... No quería... Es decir...

—Aaaah... que solo era orgullo... —dice Yon, como si se acabara de dar cuenta. Pero yo sé que se está haciendo el idiota para incomodarme. Le tiro la manta a la cabeza.

Yon la deja en el puff y me envuelve entre sus brazos, riendo. Sigue empalmado.

—Quería darte una cosa —me dice, besando mi mejilla, mi barbilla, mi frente. Me suelta un momento para echar su mano a los bolsillos de atrás, y saca un folio doblado dos veces.

—¿Qué es eso?

—No sabía si debía, pero... —dice mientras me tiende el papel—. Es un viaje. No tienes por qué aceptar, Daniela. Entiendo que lo más sensato es quedarte por si algo se complica. Quedarte con tu padre.

Yo desdoble la hoja y leo.

Cuatro días. Santorini.

Mi corazón late con precipitación. Nunca he salido del país, nunca he visto nada más allá de estas fronteras, nada más que Bilbao, donde finalmente no visitamos ni la playa, donde no pude ver más que el mar a lo lejos. Nunca he montado en avión. Quizá no sea buena idea. Quizá mis pulmones exploten con la presión.

Yo se lo digo a Yon, pero él opina que es la tontería más grande que ha escuchado en su vida y que no ponga excusas tan débiles, que tengo más imaginación que eso.

Yo me tapo la boca con el folio y suelto una risa más histérica que alegre. Pero a Yon se la contagio igual.

—¿Eso significa que quieres? Tal vez tu padre me odie para siempre.

—Mi padre no es capaz de odiar. Se lo diré yo.

Y se lo digo. Se lo digo y se molesta. Yo me pregunto por qué Yon siempre tiene razón. Pero luego veo que no está enfadado con él, sino con la vida en general.

—Cariño, ¿y si te pasa algo estando allí? —dice.

Nos hemos apartado un poco, porque es una conversación privada.

—Allí o aquí, no cambiará lo que va a suceder.

Mi padre cierra los ojos con fuerza.

—Pero yo necesito...

—Papá. Te prometo que podrás despedirte de mí antes de que me vaya. —No me refiero a irme de viaje, y él comprende lo que le digo.

—Eso no puedes prometerlo.

—Claro que sí. —Sonrío—. Lo estoy haciendo.

Mi padre bufá. Es la primera vez que le veo hacer eso. Me pregunto si se lo he pegado yo o me lo ha pegado él a mí y no me he enterado. Pero antes de que pueda encontrar respuesta, Cat se mete entre nosotros sin ningún reparo. Está como loca. ¿Qué demonios le pasa a esta chica?

—Lo siento —dice—, solo... necesito un momento a tu hija.

Me coge de la mano y me arrastra.

Mi padre se queda a cuadros.

—Cat, ¿pero qué haces?

Me pone el móvil en la cara.

Oh, no.

Mi abrazo con Yon frente al bar del tío Antxon. Está por internet, por todas partes. Mi cara expuesta en la red, mi cara besando a Yon Malcolm. Mi carrito de oxígeno.

Busco a Yon con la mirada. Está hablando con Rob, comiéndose el postre tranquilamente en la mesa. Yo me cago en la puta madre del fotógrafo, con perdón para su madre. Porque además de sacar fotos con la cámara, debió de sacar alguna con el móvil. Yon se va a cabrear.

—Eh, espabila. —Cat chasca los dedos delante de mi cara—. Tienes que avisarle.

—¿Cómo demonios has encontrado esas fotos?

—Están en una cuenta de Instagram fanática. Las han sacado de alguna web de esas de salseo.

—Buitres...

Yon me mira y me sonrío. Yo trato de imitarle, pero me sale una mueca rara que hace que se levante de golpe, dejando su postre a la mitad. Rob le sigue para ver qué le pasa. Ahora tengo demasiados espectadores. La noticia sobre nuestra relación pública va a ser más complicada de revelar.

—Os han pillado dándoos el lote.

Gracias, Cat.

Yon no parece sorprendido.

—Estaban tardando —comenta—. Ese imbécil me dio la cámara demasiado fácil. Sospechaba que tarde o temprano saldría algo. ¿Estás bien? —Me mira.

—Sí.

—No te preocupes, no dejaré que te acosen. —Yo asiento. Creo que estoy un poco ida—. Pero hazme un favor, Daniela: no te metas en ninguna página ni leas nada de lo que dicen sobre ti. Yo aprendí con el tiempo. Esa gentuza solo escupe mierda.

Yo estoy dispuesta a obedecer, porque si Yon lo dice, es por mi bien.

Así que trato de contenerme cuando llegamos por fin a casa. La tentación casi hace que caiga en el error. Pero confío en Yon, y aguanto.

En lugar de eso, miro el papel del viaje. En una semana estaremos cogiendo el vuelo. A mí me parece que la vida me está haciendo demasiados regalos antes de marcharme, me está llenando de caprichos. Eso me da miedo. Cuando vives una vida sin intensidad, no tienes tanto pánico a perderla. Pero ahora todo es diferente, y el miedo se ha instalado en mi pecho.

No pienso mucho en él, no quiero darle importancia. El miedo nace de la pérdida de control. Una persona puede tener miedo a volar, porque no puede controlar el avión ni la opción de sobrevivir si algo falla. Una persona puede tener miedo a tirarse desde un acantilado al agua, porque no puede controlar si cae mal y se rompe la cabeza. Una persona puede tener miedo a muchas cosas. Pero no se puede tener miedo a vivir.

Sonrío y dejo en mi mesilla el folio antes de apagar la lamparita.

Poco después me quedo dormida entre los tubos del oxígeno.

El aeropuerto es como una cacerola en ebullición llena de arroz. Las personas se mueven de un lado para otro, nerviosas, impacientes por llegar a los controles de seguridad y a su destino. A mí sus nervios me dan igual, a mí me importan los míos. Porque voy a montar en avión por primera vez. Y esos nervios son más importantes que los nervios tontos de la gente.

—Cálmate —me dice Yon.

Yo creo que no lo entiende.

Lleva gafas de sol y una braga hasta la nariz. Yo estoy más o menos en las mismas condiciones ahora que mi cara también circula por internet. Tenemos que pasar los dos desapercibidos si no queremos que nos acosen.

Mi padre y Cat no han venido a despedirnos. Cat cree que es una gilipollez. Mi padre prefiere no verme marchar. A mí las dos excusas me parecen una mierda, pero puedo aceptar su decisión sin molestarme, que tampoco me voy un mes.

Yon me agarra de la mano y me dirige al control. Nos ponemos en la fila.

Yo tengo que recuperarme un poco del esfuerzo, que mis pulmones están ya en sus últimas.

—Tendremos que quitarnos todo esto para pasar —me dice.

—Oh. ¿Entonces...?

—Entonces esperemos que pasemos de largo y ninguno de los dos pite.

—¿Por qué íbamos a pitar? No llevamos nada.

—Porque estos trastos pitan con detectar un pendiente del tamaño de una hormiga —responde, y trata de ver mis orejas entre el pelo.

Yo me quito los dos aros al instante y los meto en mi bolsa de viaje. Él parece quedarse más tranquilo.

—Supongo que te pedirán que pases antes la bombona de oxígeno y luego tú.

Yo asiento mientras la fila avanza, y me voy poniendo más nerviosa. Me sudan las manos. Yo creo que los de seguridad van a pensar que oculto algo, porque mi actitud no es la actitud normal de un inocente.

Yon se quita su braga y sus gafas y los deja sobre la cinta, que se las lleva hasta la máquina de rayos que hay más adelante. Yo le imito, sin darme la vuelta. Creo que ambos estamos pensando lo mismo. Ambos pensamos que es mejor no girarse y dar la cara a la gente que viene por detrás, que es mejor salir corriendo en cuanto tengamos de nuevo todas nuestras cosas.

Yon pasa y no pita.

Mi alivio es momentáneo. El hombre de seguridad me hace un gesto con la mano para que pase mientras Yon vuelve a taparse la cara. Yo doy un paso, y otro.

Tal como ha dicho Yon, me piden que deje la bombona de oxígeno un momento. Yo me quito los tubos. No sé si el protocolo permite que una persona que necesita oxígeno se quede sin él un momento para pasar un dichoso control. Pero obedezco y paso sin quejarme.

Suspiro hasta que mis pulmones se vacían: tampoco he pitado.

Doy gracias por que los de seguridad tengan la edad de mi padre y no les interese una mierda Yon Malcolm, y empezamos a caminar cubiertos de nuevo como delincuentes. Mi cánula nasal también está de nuevo en su sitio.

Pronto nos encontramos sentados en la sala de embarque. Aún falta media hora para que salga el avión, y nos entretenemos escuchando música. Él un auricular y yo el otro. Luchamos por poner las canciones que más nos gustan, y al final acordamos que pondrá una él y dos yo. Porque yo soy la que está nerviosa y la que necesita más distracción.

—Qué cara tienes —se queja.

Yo sonrío con aire triunfal, aunque no pueda verme. Mis ojos me delatan.

Él me da un beso en la frente y yo apoyo mi mejilla en su hombro.

El tiempo pasa rápido. Cuando no quieres que algo llegue, llega con más velocidad. Y, cuando ya estás en ese algo, entonces se ralentiza. El tiempo juega contigo como quiere.

Miro a mi alrededor cuando entro en el avión.

No es un avión grande. Hileras de dos asientos a un lado y dos asientos al otro. Yo esperaba otra en el centro, pero supongo que esos aviones tan grandes son para grandes distancias.

Agarro fuerte la mano de Yon cuando nos sentamos. Me ha dejado la ventanilla. Dice que se tiene menos miedo mirando el cielo y admirando las vistas. Yo creo que ver la distancia que me separa de la Tierra no es en absoluto algo tranquilizador, pero acepto su consideración.

Los motores empiezan a sonar cuando todos los pasajeros están a bordo. Y empezamos a movernos hacia la pista de despegue.

Mientras avanzamos, pienso en el funcionamiento del avión, en cómo es posible que se levante pesando tanto, y se lo cuento a Yon. Él me dice que me calle, que ahora le estoy acojonando a él y al resto de la gente. Yo le digo que el conocimiento no debería aterrar a la gente y que son todos unos críos por negarse a escuchar.

Y despegamos.

Siento como mi cerebro parece ir hacia abajo un instante, hasta que comprende que nos hemos inclinado hacia arriba y reestructura su sensación. Yo cierro los ojos con fuerza. Se me han taponado los oídos.

Yon se ríe a mi lado.

—Vamos, Daniela, mira por la ventanilla.

Yo niego con la cabeza. Pero, inconscientemente mis ojos empiezan a abrirse y a dirigirse hacia el cielo azul que se expande sobre toda la ciudad.

Y ya no vuelvo a apartar la vista en todo el trayecto.

Un coche nos lleva hasta el hotel. Yo admiro la isla fascinada. Es todo blanco, de casas pequeñas y distribuidas sin orden ni uniformidad. La luz se refleja en ellas como en el hospital, pero en este lugar no me importa: el paisaje que crea es único.

Las calles se curvan a veces mucho, y al coche le cuesta en ocasiones avanzar. Es todo irregular. Y creo que por eso me gusta tanto.

—¿Qué te parece? —me dice Yon, poniendo una mano sobre mi rodilla.

Yo le miro con los ojos chispeando. Ninguno de los dos llevamos ya la cara tapada. Aquí no hace falta. No nos conocen.

—Es increíble —digo.

Yon tampoco ha estado antes aquí, así que podemos admirar los dos la isla con el mismo interés. Así no estamos en desigualdad de condiciones.

El tiempo aquí es cálido, muy lejos del frío invernal del que venimos. Mi último invierno va a ser con sol y playa.

Cuando llegamos al hotel, la mandíbula se me desencaja. Es un complejo de lujo, o a mí me lo parece. Todo es limpio, todo es blanco, tan en concordancia con la isla. No puedo dejar de mirar a mi alrededor mientras Yon pide nuestra habitación.

Me doy cuenta de que la señorita de recepción le hace ojitos, pero a mí me da igual. Seguramente se pregunta qué hace alguien como él conmigo, de aspecto tan enfermizo y pálido, y tal vez se sienta mal por pensar eso de una enferma. Y digo tal vez porque no se le nota mucho el arrepentimiento con tanta sonrisita como le suelta.

Yon se vuelve hacia mí y me ayuda con mis cosas, y caminamos hasta nuestra habitación, guiados por la señorita entrometida, que me hace un repaso de arriba abajo antes de marcharse.

—¿Vas a cogerme en brazos para entrar? —bromeo.

Yon sonrío.

—¿Eso no es propio de las lunas de miel?

Me encojo de hombros y atravieso el umbral con el carrito del oxígeno, curiosa. Pero los brazos de Yon me levantan de pronto para recogerme contra su pecho. Yo me río y me quejo al mismo tiempo de que va a cargarse el oxígeno, los tubos, y todo.

Pero él no escucha. Y no sé de qué manera es capaz de coger el carrito y llevarme a la cama al mismo tiempo.

—Yon, vamos a caernos.

Y nos caemos en el colchón.

La bombona se cae también al suelo, y yo agradezco que haya una pequeña alfombra blanca junto a la cama para que no destroce la cerámica.

Trato de levantarme riéndome, pero Yon me obliga a permanecer a su lado.

—Te quiero, Daniela —me dice, y me acaricia como si nunca antes lo hubiera hecho. Yo siento que puedo morir de amor ahora mismo.

—Y yo a ti, Yon —le respondo.

Y me besa.

Cuando se separa, me mira con una sonrisa llena de luz.

—Vamos a ponernos el bañador.

Y nos lo ponemos. Y corremos hacia la playa lo que la bombona de oxígeno nos permite. Y yo maldigo ese trasto, pero sin él ya me habría ahogado por la carrera. Ahora, sin embargo, solo estoy más cansada que la media con un esfuerzo como este. Así que me dejo caer en la toalla con la lengua fuera mientras Yon se da un chapuzón en el mar.

Sus músculos llaman la atención de los grupos de chicas. Mi delgadez extrema también. Pero me siento en consonancia con este lugar. Las casas son tan blancas como yo. Eso ellas no lo pueden decir.

Miro hacia Yon y sonrío. Porque sus ojos solo me miran a mí.

El día pasa lento, por suerte, y me da tiempo a saborearlo con gusto. Me he bañado una vez, a pesar de la crispación de Yon por que me quitara la cánula nasal. Pero a mí me apetecía probar el mar, y por unos minutos no iba a morirme de repente. Así que he chapoteado como una niña de diez años, he hecho una ahogadilla a Yon —creo que me ha dejado hacérsela, es imposible que yo haya podido con esa bestia que me saca dos cuerpos—, y he jugado con las pocas olas que había.

Me hubiese gustado ser una chica normal para poder pasar el día con Yon en el agua, pero no puedo más que conformarme con algo que jamás creí llegar a tener.

Lo malo de obtener cosas es que siempre se quiere más. Cuando no tenía nada, me habría bastado con cenar con Yon de vez en cuando en el bar de su tío. Ahora, sin embargo, mis expectativas han crecido, y, aunque me gusta cenar con Yon de vez en cuando en el bar de su tío, no sería suficiente. Querría más.

Supongo que ese sentimiento tiene que ver con la codicia. El ser humano nunca se conforma con lo que tiene.

—Brindemos —dice Yon.

Estamos cenando en el restaurante del hotel, con vistas al mar. A mí me parece que estoy en el paraíso.

—¿Por qué?

—Por nosotros.

Yo sonrío.

—Prefiero brindar por ti.

—Bien. Brindemos el uno por el otro.

Y chocamos nuestros vasos. No es champán ni nada parecido. Son dos refrescos. Porque me he negado a que Yon gaste más dinero del necesario, que ya bastante le ha debido de costar el hotel. A él eso le da igual, porque le sale dinero de debajo de las piedras. Pero a mí no.

—Quiero darte las gracias, Yon.

—Yo también quería hacer este viaje...

—No me refiero... —Suspiro. Vuelvo a empezar—. Quiero darte las gracias por haberte quedado en mi vida.

Yon me mira con sorpresa.

—No fue una decisión difícil, Daniela. Quise quedarme en tu vida desde que te sentaste sobre mi chaqueta en esa discoteca.

—¿Solo por ese instante?

Yon extiende su mano para que le dé la mía, y entonces la estrecha con fuerza.

—Creo que dos personas solo necesitan un instante para conectar. El resto ya lo construirá el

tiempo.

Yo sonrío. Yon a veces se pone muy filosófico. Eso me gusta de él. Siento que dentro de su mundo aún quedan muchas islas que descubrir, y me apena saber que no podré pisarlas todas. Espero que pueda descubrirlas por sí mismo, que explore y encuentre todas sus posibilidades como persona. Porque creo que aún no se ha descubierto. Creo que su vida no se lo ha permitido.

Toso un poco. Cojo un pañuelo para no manchar nada de sangre. No me gustaría armar un espectáculo en este hotel tan bonito.

Bebo un poco de refresco y ambos seguimos cenando.

Las palabras que nos dedicamos son pocas. Lo único que hacemos es mirarnos. Supongo que son las últimas miradas que podremos compartir solos, en un ambiente tranquilo. Cuando volvamos, ya no me separaré de mi padre, ni de Cat, ni de mi casa. Y en poco tiempo tampoco del hospital.

Trato de apartar esos pensamientos de mi cabeza, y, cuando llegamos a la habitación, nos desnudamos y nos abrazamos en la cama. No hacemos nada, no tiene sentido. Yo no tengo fuerzas, él no quiere herirme. Pero en sus brazos, piel con piel, cierro los ojos en paz.

Dormir con alguien enganchada a esos tubos es un rollo, pero Yon los aparta y me coloca sin quejarse. Porque Yon es Yon. Y yo apoyo mi mejilla sobre su brazo. Creo que se le cortará la circulación y que amanecerá mañana con la sensación de tener el brazo muerto. Eso me hace pensar en la primera vez que hicimos el amor. Este chico acabará con alguna extremidad amputada a lo largo de su vida.

—Buenas noches, Daniela —me susurra en el oído—. Te quiero.

No hace falta que responda. Sabe lo que siento.

Sus brazos me abrazan con más fuerza.

Y una lágrima se escapa imparables para recorrer mi mejilla hasta la almohada.

La oscuridad es cada vez más densa. Siento mi pecho arder y mi cabeza explotar. Quiero gritar, pero es imposible. Los segundos en ese vacío son eternos. Y todo gira. Y todo se precipita.

Y, por fin, respiro.

Cuando abro los ojos, ya no estoy en el hotel. No. Todo es blanco, pero no es blanco bonito, es blanco enfermedad. Quiero incorporarme, pero no puedo. Yon aparece entonces con una sonrisa más triste que feliz, y me toma de la mano.

—Daniela, ¿cómo estás?

Todo el mundo me pregunta siempre lo mismo al despertar. Yo espero que no aguarden una respuesta larga y detallada, porque nunca saldrá de mis labios más que “bien”. ¿Qué demonios quieren que diga habiendo abierto los ojos hace dos segundos? Pero a Yon no se lo tengo en cuenta, porque Yon no es sanitario.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde estamos?

Por un momento creo que hemos vuelto a España. Pero Yon sigue con ropa de verano. Dudo que lleve pantalones cortos en pleno invierno.

—Estamos en el hospital de Santorini. —Su gesto parece grave. Trata de contenerse y de ocultar su expresión sonriendo. Pero se le da fatal, y yo se lo digo, porque tiene que saber que su esfuerzo no sirve de nada.

—¿Pensabas que me había muerto cuando te has despertado?

—No. No he dormido en toda la noche. Me he dado cuenta de madrugada de que no respirabas.

—¿Y qué has hecho?

Yon suspira. Aún está temblando un poco. Yo aprieto con mis dedos los suyos.

—Primeros auxilios —dice—. Y llamar a recepción para que pidieran...

—Espera. —Me incorporo un poco con su ayuda—. ¿Primeros auxilios?

—Aprendí hace algún... Creí que sería necesario en caso... —Apoya su frente sobre la mía. No quiere llorar, pero sus ojos a veces son muy transparentes—. No estoy preparado, Daniela, creí que sí, pero no lo estoy. Dios, no quiero perderte. —Besa mi frente y me abraza con fuerza—. No puedo. No puedo...

Negación. No sale de esa fase. Yon tiene que salir de ahí. Tiene que salir cuanto antes. Porque si no sale, se perderá, se quedará dañado para siempre, se quedará en este tiempo estancado y siempre lo llevará consigo de forma hiriente, y no podrá recordarme de forma bonita. Solo podrá recordarme con dolor. Y evitará entonces volver a mirar atrás.

—Yon.

Se lleva las manos a la cara. No puede evitar el llanto. Y yo puedo sentir su agonía, su dolor.

—Yon, mírame.

Él se sienta en la cama y me mira con esfuerzo, tomando mis manos entre las suyas.

—Yon, no te diré que no llores y que no lo pases mal. Vas a llorar y vas a sufrir. Los duelos son

duros. Pero tienes que entender que voy a marcharme, y que está bien. Tienes que entender que debes seguir tu vida, que debes seguir riendo, que debes seguir amando. —Él niega con la cabeza y besa mis nudillos—. Yon, lo harás. Y no quiero que jamás te sientas culpable por ser feliz. Quiero que me recuerdes con una sonrisa. —Me tomo un momento para respirar—. Yon, esto escapa a tu control, es un hecho. Solo puedes coger mi mano cuando me marche. Y seguir caminando. ¿Lo harás?

Yon tarda un instante en responder.

Después, asiente, y sus brazos vuelven a abrazarme con fuerza.

—Te quiero, Daniela.

Es sencillo hablar. Siempre es más sencillo hablar que sentir. Es sencillo decir que no estás nervioso de cara a un examen, pero no es difícil estarlo cuando llega. Es sencillo decir que no tienes miedo a hablar en público, pero difícil cagarte en el último momento. Es sencillo decir que no te emocionarás en una boda, pero difícil aguantar el llanto una vez estás en ella.

Siempre ha sido más sencillo decir que espero mi marcha sin titubeo.

Siempre ha sido sencillo ver la muerte de lejos.

Pero mi pecho se agita cuando volvemos a España. Se agita cuando me ingresan, porque sé que ya no volveré a salir de allí, y se agita cuando veo a mi padre, porque sé que en poco tiempo le abandonaré.

Él me sonríe. Y Cat también.

Yon ha dejado de hacerlo, porque entiende que no hay razón para ello y que a mí no me engaña.

—Vaya pérdida de vacaciones —me suelta Cat junto a la cama—. Podrías haber cogido algo de color.

Yo me río como puedo.

—Eres una envidiosa, Caterina.

—Y tú una impaciente. Aun te queda medio año. Más te vale aguantarlo.

Pero no lo aguantaré. Mis pulmones se mueren, ya no pueden dar más de sí. Murieron en Santorini, a pesar de que Yon lograra revivirlos. Pero ya no tardarán en volver a marcharse. Y me insisten una y otra vez, ahogando mi garganta con sangre, estrangulando mi pecho con ardor. Quieren descansar y yo no les dejo. Les pido que aguanten un poco más, solo un poco más, que ahora tenemos morfina. Ellos se hacen un poco los remolones, pero parecen aceptar la petición.

—Creo que eso no va a ser posible —le respondo a Cat. Porque por mucho que mis pulmones acepten, no me dejarán todo un medio año en pie. A eso parecen negarse en rotundo. Quizá, con un poco de suerte, me dicen, te demos una semana.

La madre que los parió.

Cat sonríe y me peina un poco. Siempre ha sido muy pesada con esas cosas, y el hecho de que vaya a morirme no va a restarle estupidez a estas alturas.

—Chicos, por favor, dejadme con mi hija —dice mi padre de pronto.

Yon asiente y separa entonces sus manos de mi pelo y de mi mejilla, y Cat se marcha con él sin decir nada.

Mi padre se acerca a la cama. Su gesto es serio, pero parece tranquilo. Eso me tranquiliza a mí también.

—Otra vez aquí —le digo, por cortar un poco el hielo.

Él sonríe. Y yo creo que no hay sonrisa más bonita que la del amor de un padre a una hija. La de mi madre también tenía la misma luz, pero ahora ya no está para regalármela.

—Quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti —me dice mientras se sienta en una silla. Me besa la mano—. Estás siendo muy valiente. Siempre has sido muy valiente... —Pone mi mano en

su frente y cierra los ojos con fuerza—. Ya lo eras de niña, y lo sigues siendo ahora. Y testaruda, también testaruda. —Abre los ojos y los fija en los míos—. Gracias, Daniela. Porque no podría llevar solo el peso del dolor de ambos. Si no fuera por ti... Hace tiempo que me habría derrumbado. —Silencio—. Hija, eres mi sol, mi vida. —Sus ojos se empañan—. Quiero que lo sepas.

—Lo sé, papá.

—Siempre lo has sido y siempre lo serás. Cuando todo esto acabe. Hasta mi último día. Tu madre y tú siempre seréis mis soles.

Le acaricio con la otra mano.

—Te quiero, papá.

Él asiente y vuelve a cerrar los ojos.

Dos finas lágrimas caen por sus mejillas antes de hundir sus ojos en la mano que sostiene.

Y yo aguanto mi llanto.

Lo aguanto hasta el final.

La morfina cada vez es más necesaria. Pasados tres días, el dolor me taladra como si fuera fuego. No quiero que me seden, aún no. No quiero cuidados paliativos, quiero aguantar, aguantar. Quiero seguir viendo los ojos de mi padre, las impertinencias de Cat, el amor de Yon.

Pero hay un momento en el que el cuerpo dice basta.

Hay un momento en el que comprendes. Comprendes que ya no se puede luchar. Que el dolor es insoportable. Que necesitas descansar.

Nadie cree que necesita descanso hasta que realmente lo necesita.

Y mis últimos días no quiero pasarlos entre sufrimiento, entre dolor punzante, entre lágrimas por el fuego que mis pulmones irradian para que deje de intentar respirar.

Todos los que me quieren sufren por verme así. Y yo no quiero que me recuerden con agonía. Quiero que me recuerden en calma. Quiero que me recuerden en un sueño pacífico.

Y la sedación llega como un ave que levanta su vuelo tras escapar de una jaula. Mi cuerpo se relaja, y la paz empieza a ser absoluta. Los párpados me pesan.

Me aferro a la mano de Yon como si fuera un aliento en un mar profundo. Y miro a mi padre y a Cat. Él está tranquilo, pero sus ojos me confiesan haber pasado mala noche, haber llorado hasta vaciarse. No quiere parecer triste delante de mí, quiere seguir firme. Yo pienso que lo de testaruda me viene de él.

Me acaricia la mejilla y el pelo, besa mi frente. Y, entonces, me lo dice. Por primera y última vez: "Te quiero, Daniela". Y yo sé que es el final. Quiero tardar un poco más en dormirme, porque sé que ya no despertaré. Pero el sueño es más fuerte que yo.

Siento la mano de Yon sobre las mías y su aliento sobre mis labios en un último beso. Siento las manos de mi padre en mi pelo y las de Cat en mi pierna. Y encuentro la fuerza necesaria para hablar una última vez. "Os quiero mucho". Y cierro los ojos, llenos de lágrimas, rodeada por las únicas personas que me quieren en este mundo, por las únicas que yo quiero, sabiendo que, al otro lado, tal vez me esperen los brazos de mi madre.

Y, así, poco a poco, con esa esperanza, el cielo termina apagándose sobre mí.